UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 00180392 3

BIBLIOTECA ANDRES BELLO

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

SANGRE PATRICIA

(NOVELA)

MADRID
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
LIBERTAD, 7.

SANGRE PATRICIA

IMPRENTA DE JUAN PUEYO.—MESONERO ROMANOS, 34

BIBLIOTECA ANDRÉS BELLO

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

SANGRE PATRICIA

MADRID
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
LIBERTAD, 7

BILIOTECA ANDRÉS BELLO

Obras publicadas (á 3,50 ptas. tomo).

I.—M. Gutiérrez Nájera: *Sus mejores poesías.*
II.—M. Díaz Rodríguez: *Sangre patricia.* (Novela.)

En prensa.

M. González Prada: *Páginas libres.*
J. E. Rodó: *Cinco ensayos.*

PQ
8549
D5S3

LIBRARY
JUL 4
UNIVERSITY OF TORONTO

Fué al zarpar el trasatlántico de la última antilla francesa, y rumbo á Francia, cuando los pasajeros admiraron, en su esplendidez más viva, aquella presencia milagrosa. Tan milagrosa, que, sobre todos los de á bordo, y en rápidos instantes, obró como un sortilegio.

Alguno la había columbrado, al embarcarse ella en La Guaira, en el saloncito del vapor y entre un grupo de señoras y muchachas, á las que repartía abrazos, besos y adioses. Alguno, en Fort-de-France, la había visto bajo los árboles, en la misma ribera, tal una diosa del mar venida de las ondas, ó como una visión de sediento en medio á la árida turba de aquellas cargadoras de carbón, de aquellas mujeres de la Martinica, de carnes flacas y muy negras y trajes rotos y muy sucios, las cuales, por su uniforme delgadez, por sus modos y su hablar, en vez de hembras humanas, parecen más bien seres ambiguos ó seres aún más extraños, desprovistos de sexo.

Pero los otros ni siquiera sospechaban su vecindad, y aun los mismos que antes la vieron á cierta distancia ó de paso, no se habían formado una idea muy justa de su persona. Así fué que su aparición en la cubierta del buque, al zarpar de la última antilla, cayó en todas las almas como un rayo de belleza. Jamás, ante una belleza de mujer, se puso de rodillas una admiración tan unánime. Y como fué de unánime, así fué en sus principios de espontánea y pura. No la había precedido el pálido espejismo de amor con que suelen muchos viajeros engañarse durante las travesías largas y enojosas.

Muchos hombres, en efecto, en el curso de esas largas travesías, ya para satisfacer un hábito galante inveterado, ya por el simple deseo de admirar—necesidad, más que deseo, de las almas bien nacidas,—ya, y es lo más frecuente, por un deseo menos puro, especie de embozado grito de la sexualidad hipócrita, son llevados inconscientemente á elegir, entre las viajeras, una viajera digna de amor y palmas.

Así, como la sociedad femenina de á bordo es por fuerza escasa, la escasez de términos de comparación, en complicidad con la poesía de las aguas y del cielo, hacen que los hombres encuentren á una mujer de belleza vulgar digna de homenaje y de coronas. Así,

cualquiera belleza mediocre es elevada al rango de cosa divina. ¡Y cuánta anémica flor de idilio no abre y sonríe, y da su fragancia y color sobre el agua azul, entre las jarcias, bajo las blancas velas, hasta ir á languidecer y marchitarse de súbito en el puerto más próximo!

Pero no se trataba entonces de espejismo, sino de realidad cuasi perfecta, y bien podían la admiración espontánea, la simpatía ingenua y hasta los deseos, tributarla el homenaje más rendido, sin temor á sonrojos futuros.

Blanco de todas las miradas y tiros de la curiosidad se hizo aquel espacio de cubierta, adonde ella subió á sentarse por primera vez, entre una señora vencida del mareo y un caballero joven, alto, moreno y pálido, á un paso del *fumoir* y más bien á estribor y hacia popa. Y la curiosidad quedó muy pronto satisfecha. Muy pronto supo de la amable desconocida nombre y circunstancias. Llamábase Belén Montenegro. Venía de Caracas, y un hermano casado, aquel joven alto, pálido y moreno, y la mujer de este hermano suyo, la acompañaban á Europa. En Saint-Nazaire, puerto de arribo del vapor correo, la esperaba Tulio Arcos, quien si á la verdad no podía llamarse aún su esposo, tampoco podía nombrarse ya su prometido. Tulio Arcos y Belén

Montenegro, en efecto, se habían casado *por poder* algunos días antes.

Merced á esta circunstancia, la admiración por la belleza de Belén cambió de carácter en casi todos los viajeros. Tiñóse en unos de melancolía. En otros, una recóndita furia de celos la avivó con la vida vertiginosa de la llama. Los jóvenes, aquéllos en quienes el deseo andaba ya transformando la candidez de la admiración en viva flor de púrpura, pensaban con envidia en Tulio Arcos y no se lo podían imaginar sino feo, antipático ó ridículo, en tanto que los más viejos pensaban en él con sabia ironía, ó con el fácil desprendimiento con que un padre ve sobre la frente filial desgajándose á besos la gloria ó la ventura.

Tan sólo dos viajeros, aunque de modos muy distintos, parecían escapar á la tiránica fascinación de la belleza. El uno, compatriota de Belén y de ella conocido viejo, era un hombre de cabellos grises, de estatura mediana, de elegante presencia á pesar de su estatura, delgado y muy fino en sus modales y persona. En sus gestos, en su hablar y en su vestir había una verdadera ciencia de la mesura y del tacto. Pero todo él respiraba una frialdad irreductible. Cuando posaba la vista en una viajera, su frialdad iba hasta la injuria: así mirase á Belén como la más ruin criolla antillana, los mismos hielos veían por sus ojos. El

otro, un colombiano de Bogotá, que se excedía en lo amable y lo cortés, desdeñaba de confundirse en un mismo sentimiento de admiración con sus compañeros de viaje. Decía no explicarse aquel entusiasmo sino por la falta de otras mujeres bellas á bordo. Según aseguraba él, á estar ahí presentes unas pocas muchachas de las tres ó cuatro docenas de muy *célebres* que él conocía en Bogotá, la ensalzada belleza de Belén se habría quedado tamañita y confusa; lo cual no le impedía seguir, cuando no lo observaban, los pasos y movimientos de Belén con ojos dormidos, tiernos y adulones, consumirse en heroicos esfuerzos por descarriar en un *flirt*, siquiera el más insulso, á la recién casada, y hasta abrigar en su interior, escondidos y profundos, muy serios conatos de cometer un gran pecado en verso.

En cambio, los más de los otros abiertamente adoraban. En su adoración, un mozo del Perú que iba á París á estudiar medicina y vivía maldiciendo de lo fastidioso y largo de su viaje, olvidaba maldecir y más bien se lamentaba de no ser unas dos veces más largo el trayecto de las Antillas á Europa. En su adoración, un comerciante ecuatoriano, señor algo maduro y muy temeroso de la mar, hasta pasársela espiando el mudable cariz del tiempo, descuidaba de consultar como antes, y

para hastío de él y de los otros, el color de las nubes, lo denso de las nieblas y la fuerza de las brisas. Y así como éstos, otros muchos, tan suspensos y cautivos estaban de los encantos de Belén, que no hubieran comprendido á quien de pronto les dijese de posibles tormentas y naufragios, ya porque la fascinación de la hermosura bastara á distraerles el pensamiento de los peligros y asechanzas del océano, ya porque en la viajera adivinasen una deidad marina, contra la cual no podían prevalecer ni tempestades ni ciclones. Ilusión, esta última, fácil de concebir ante aquella novia que mostraba en su belleza algo del color, un poco de la sal y mucho del misterio de los mares. Bien se podía ver en su abundante y ensortijada cabellera la obra de muchas nereidas artistas que, tejiendo y trenzando un alga, reluciente como la seda y negra como la endrina, encantaron el ocio de las bahías y las grutas; al milagro de su carne parecían haber asistido el alma de la espuma y el alma de la perla abrazadas hasta fundirse en la sangre de los más pálidos corales rosas; y sus ojos verdes eran como dos minúsculos remansos limpísimos, cuajados de sueño, en una costa virgen toda llena de camelias blancas.

Cuantos en ella presumían la naturaleza de una deidad, estuvieron á punto de creer con-

firmada su presunción una mañana, la del cuarto día de viaje, en que Belén, contra su hábito de las mañanas anteriores, no subió á cubierta, y ni en esa mañana ni en el resto del día fué vista de nadie, cual si hubiese desaparecido como primera vez apareció, de manera misteriosa y brusca.

Otros, más llanos, más prácticos, ó de más fuerza imaginativa, entre ellos algunas damas jóvenes, en vez de buscarle motivos hondos y arcanos, atribuyeron á la desaparición de Belén causas muy naturales, como la timidez y el recato propios de su original situación de casada y doncella, ó causas más vulgares aún, como el retraimiento de la cuñada enferma, cuyo mareo llevaba trazas de no quitársele hasta Europa; tan duro y terco se mantenía.

Una viajera, la más jamona, y por eso mismo tal vez la menos benigna, achacó la ausencia de Belén á mañas y artificios de coqueta para encender el deseo de los hombres. Pero nadie acertó á dar con la causa de su alejamiento ó desaparición, y si la conocieron al cabo, en la noche de ese día, fué porque el médico de á bordo se la dijo, con la reserva que á los de su profesión conviene, al capitán y al segundo piloto, y aquél se la comunicó, en el seno de la confianza, á un oficial francés de infantería de marina, y éste á un amigo íntimo, también francés de nación, quien se la

declaró con gran sigilo al joven colombiano de Bogotá, el cual, siempre muy discretamente, se la participó á toda la colonia hispano-parlante del buque. De este modo llegó á saberse cómo Belén estaba en su camarote recluída y enferma de muchísimo cuidado. El médico, bretón joven, simpático y muy tímido, cuyos accesos de timidez podían estudiarse en las vicisitudes de un angustioso tic de los párpados y la frente, se mostró, al dar la noticia y por lo extremo del caso, bastante apurado y confuso. Cuando estuvieron todos enterados del suceso, á nadie escondió sus temores. De una parte, su saber, tan escaso como el de casi todos sus colegas los médicos marinos; de otra parte, el hecho de ser aquél su primer viaje entre Saint-Nazaire y Colón, pues nunca hasta esa vez había viajado sino en los vapores de la línea del Havre á la República de Haití, y el tener la cabeza atiborrada de historias, á cual más espeluznante, sobre las fiebres de la costa septentrional de la América del Sur, como la fiebre amarilla y las más terribles formas de la fiebre palúdica, le pusieron á temer y á sospechar, en el caso de la recién casada, una de esas fiebres. De lo que sí estaba seguro el mediquillo era del pronóstico, muy malo, porque nada bueno podía anunciar la fiebre alta acompañada de grandísima disnea, de intenso rubor y de un

suave é importuno delirio, interrumpido á ratos de un sueño pesado y hondo.

Las malas previsiones del médico se realizaron hasta donde era posible. De un modo casi repentino, dejando en las almas, como al aparecer de su belleza, la impresión de algo sobrenatural y misterioso. Belén murió en la mañana siguiente, algunas horas después de conocerse lo enferma que estaba. Pero ese algo misterioso produjo entonces una impresión de pena y espanto, si de igual poder, muy distinta de la primera impresión, que fué de pasmo y deleite.

No pudiéndose ocultar—como suele hacerse con la muerte de marineros humildes y maquinistas obscuros, echados al agua después de media noche, para no alterar el reposo y la digestión de las personas de calidad que viajan en primera—la noticia de la muerte de Belén, llenó en un vuelo todo el buque. En todos, del capitán al último criado y del viajero de más distinción al último viajante de comercio, causó una sorpresa infinita. Confundidos, lanzaban exclamaciones y no lograban explicarse la trágica violencia de la muerte:

—¡Si anteayer estaba sentada aquí á esta misma hora!

—¡Llena de salud!

Y como sucede en casos parecidos, alguien habló de envenenamiento, de medicinas trocadas, y por ese estilo se inventaron especies, á cual más fabulosa.

Pasada la sorpresa, desvanecido el recelo de un tremendo contagio, y con éste el miedo por la propia existencia en peligro, empezaron todos á lamentarse, á compadecerse de la belleza muerta en flor, del tesoro virgen destinado al frío abrazo de las ondas, á compadecerse del hermano, cuya desesperación era muy viva, y hasta de la mujer del hermano, en la que un estupor doloroso había de un golpe dominado el mareo. Luego, la piedad se volvió hacia el que esperaba inútilmente, abiertos los brazos, en un lejano puerto francés, la belleza y el amor de la esposa. Y al pensar en su espera inútil, en sus brazos tendidos y abiertos para no estrechar sino un fantasma, cuantos le habían envidiado sin conocerle, entonces le compadecieron, sin conocerle, como á un amigo. La misma jamona que culpó á Belén de coqueteos, arrepentida de los malos impulsos de su alma, empleó su tiempo y diligencia en fabricar, de papel y de trapos, muchos lirios, á fin de exornar con ellos la caja mortuoria.

Á bordo había un ataúd: lo llevaba consigo, cuando iba el vapor hacia América, una familia colombiana, en previsión de la muerte en

alta mar de uno de sus miembros, enfermo de tisis; pero como el enfermo llegó todavía muy entero á su país, la familia dejó á bordo la fúnebre caja. En ese ataúd encerrarían á Belén para sepultarla en el océano. La falta de los ingredientes requeridos para embalsamarla—además del dictamen del médico, no desembarazado de incertidumbre—se oponía á llevar el cadáver hasta Europa.

Á la tarde siguiente, en el punto y la hora señalados, aún en pleno día, paró la máquina y el barco se detuvo. Á poco trajeron á cubierta la urna, pobremente vestida con flores de trapo y de papel entrelazadas con unas pocas flores naturales casi marchitas, procedentes de Guadalupe, y con algunas ramas frescas.

Arriba, por encima del vapor y de su cordaje, el cálido azul intenso de los cielos del trópico. Abajo, la mar, impávida y de un azul turquí á los costados de la embarcación, tomaba en el horizonte la obscura tinta del acero. Y sobre la mar, cerca y lejos del vapor, muchas algas, de las llamadas *uvas del trópico*, dispuestas caprichosamente, ya en guirnaldas, ya en coronas, ya en deleznables islas.

Cuando apareció la urna, saludaron marinos y viajeros. Todos los viajeros asistían, vestidos en general con sus mejores ropas y los rostros compuestos en una expresión melancólica y grave. Un sacerdote y misionero fran-

cés, de hirsuta barba y ojos risueños, dijo un responso. Ya por milagro, como pensaron unos, ya por la mala disposición del peso, como creyeron los más, la caja, descendida hasta el agua, quedó algún tiempo á flote: al fin se inclinó de un lado, luego del otro, y la mar cerró su boca insaciable y azul sobre aquel fruto de belleza.

Arriba, en el puente, rompió en gemidos el hermano; la mujer del hermano arrojó un grito y cayó en una crisis nerviosa; y muchas damas llevaron á los ojos el pañuelo, mostrando en seguida los ojos hinchados y húmedos. Abajo, sobre la urna desaparecida, subió un blanco borbotón, bien pronto deshecho; muchas flores de papel y de trapo se enredaron en las algas, las cuales, al remolinar, fingieron un epitafio misterioso. Y después el vapor continuó su interrumpida marcha, en medio á la gloria del día, sobre la sonrisa del agua azul, profunda y serena, tan serena, que sólo á muy largos trechos gallardeaba en la cándida vanidad fugitiva de su espuma.

"Un Tulio Arcos no podía quedarse viendo correr la vida, como se queda viendo pasar el agua del torrente un soñador ó un idiota."

Así gritaba dentro de él, llegado á los veinticinco años de su edad, toda una larga ascendencia de varones ilustres. Porque no en balde aquel segundón andaluz, tronco originario de la familia, venido á tierras de América, se puso á dar flores. Éstas fueron, en el principio, de sólo púrpura: la sangre les daba color, el heroísmo fragancia. El segundón andaluz fue guerrero, únicamente guerrero. Vivió de luchar con los hombres, con las bestias, con las montañas y los ríos.

La más natural de las acciones tomaba en él de repente un relieve heroico: se la había de considerar como una hazaña. Á cada mandoble de su espada nacía una leyenda; y en la punta de sus armas, como en el centro de su genio, resplandecía la promesa de un Dorado enorme y prodigioso.

Luego, las flores dejaron de ser de sólo púrpura. Un Arcos fundó ciudades y cristianizó indios. Llamósele, entre los Arcos, el gran Encomendero. Otros del mismo nombre, depuestas las armas de la conquista, se consagraron á educar á las gentes, y en el alma nueva de la colonia pusieron la aspiración á la más excelsa cultura. Así uno de ellos, al romper en toda América el grito de la guerra libertadora, esparcía en Venezuela, entre los jóvenes, el grano de luz de la enseñanza.

La guerra por la independencia marcó, en la ya numerosa familia, una división profunda: algunos, fieles á España, á España emigraron; los otros recogieron las armas de la Conquista y pelearon por la libertad, formando en la brava y corta falange de emancipadores de pueblos. Dos de los últimos dejaron bien puestos sus nombres entre los más altos de aquella generación imcomparable. Por algo entró la fuerza de su estirpe en la bondad y madurez de ese fruto americano de la raza española.

Establecida la República, partida en tres la Gran Colombia, los que sobrevivieron á la lucha contra España se dedicaron á la política y las letras. Entonces fué cuando la familia de los Arcos despidió su mejor brillo en la persona de un orador y estadista famoso cuyo

nombre quedó simbolizando una época, ilustrando una política y dando perenne elogio y resonancia á dos congresos de la República. Éste y el conquistador estaban como en los dos polos de energía de la raza. Al estadista siguió un gran silencio. Su único hijo, el padre de Tulio, aunque acertó á llevar el peso de su nombre, sin obscurecer con ninguna mala acción lo claro de su estirpe, no sucedió en virtud y merecimientos al padre, ya por lo temprano de su muerte, ya porque hallase el campo, con la ruina de su partido, cerrado á sus aptitudes, ya porque la fuerza de la raza en él se eclipsó, pasando bajo una generación, desviándose de su cauce visible y natural hacia un cauce invisible y tenebroso, para más adelante reaparecer, como hacen algunos ríos, con mayor pujanza y estrépito.

La última hipótesis, la más verosímil, consolaba é impacientaba á la vez á Tulio Arcos. En verdad, su linaje no parecía acreedor á la misma suerte de aquellos linajes acabados en punta de que se habla en la historia de Alonso Quijano el Bueno. Su familia, por la línea paterna, era una de las raras familias de patricios en el seno de las cuales, desde su origen más remoto, venían heredándose, con el nombre, el talento, la dignidad y la entereza de los repúblicos. En ella no había caído el germen de la más implacable disolución que cayó en

la mayor parte de las otras, reduciéndolas, después de lenta y lastimosa agonía, á vil pretexto de escarnio. Una de éstas, y de las más esclarecidas, era ya para entonces mirada como infecto amasijo de rufianes, marisabidillas y tahures. Otras, tal vez por inevitable degeneración, tal vez por la falta de ejercio de sus nobles aptitudes heredadas, habían llegado á una incapacidad obscura y completa, rayana del oprobio. Algunas arrastraban sus tradiciones á un tiempo en la obscuridad y en la ignominia.

Muchos de los hombres de esas familias, al principio de su naufragio político y social, buscaron un refugio, y como una derivación á sus aptitudes políticas ociosas, en el comercio. Sólo unos pocos, ejerciendo de mercadantes, conservaron, si no los talentos del abuelo ni el brillo de la alcurnia, por lo menos la pulcritud originaria del nombre. Y todavía entre esos pocos hubo más de uno en quien tan adentro se insinuó el instinto del mercader que, mientras alardeaba de hidalgo á las puertas de su casa de negocios, pactaba con los más viles y traficaba con su honor en la penumbra de la trastienda.

En el seno de su propia familia, Tulio se llegó á rozar con la vileza y el escándalo: á uno de sus más allegados entre los de su línea materna, también de origen patricio, le tenían

por mediador complaciente en las galantes aventuras fáciles del déspota de entonces. Miserias por ese estilo tenía él ocasión de observar muy cerca de sí, pero ninguna de ellas obscurecía como una sombra ni desfiguraba como una lepra el nombre de los Arcos. Es cierto que el círculo de miseria y de ruina iba estrechándose cada vez más alrededor de los nombres aún puros, como el implacable círculo de una invasión de parásitos que amenazaran ceñir con sus abrazos mortales á los pocos árboles todavía enteros de una selva antiguamente lozana y gloriosa. Es cierto que en esos mismos árboles había ramas colaterales marchitas, ramas completamente secas, ó pobres de hojas, lánguidas, inútiles, porque hasta ellas no subía la fuerza del tronco, y si alguna vez florecieron, sus flores no cuajaron. Así, en el linaje de los Arcos, había de esas ramas muertas ó enfermizas. Pero la rama principal, aquella adonde la fuerza del raigamen ascendía como una ola, se presentaba siempre, á la cita de la cosecha, con su carga de talentos y virtudes. Y en Tulio, último brote de esa rama, la conciencia del valer de su estirpe despertó la conciencia de su responsabilidad abrumadora. De ahí la reflexión abierta en su espíritu como una flor de orgullo:

"Un Arcos no podía quedarse viendo pasar

la vida, como se queda un soñador ó un idiota viendo pasar el agua del torrente."

La hora de la cosecha estaba por llegar: ¿para entonces, daría frutos de gloria la última rama de aquel árbol glorioso? ¿ó para entonces, habrían ya volado en alas del viento las no cuajadas flores inútiles? De presentarse la rama llena de frutos á la cita de la cosecha, ¿tendrían esos frutos el alma acerba y roja de los primeros de la raza? ¿Serían como purpúreo racimo de acciones heroicas? ¿Ó bien el heroísmo, en vez de palpitar y moverse en la sangre de la acción, llegaría á fijarse en ese noble y tranquilo heroísmo de la palabra que hace una espada del verbo? En suma, ¿continuaría él, Tulio Arcos, la epopeya color de sangre de su abuelo de la Conquista y de sus demás abuelos libertadores, ó bien recogería, prolongándola, enriqueciéndola con su propia riqueza, la tradición de luz, de enseñanza y de bravura, personificada en el último de sus abuelos insignes? Tal vez las dos tradiciones llegarían en él á su fin más alto, confundidas en una sola unidad perfecta, como un perfecto fruto ambiguo que fuese á la vez rojo y blanco, acerbo y dulce. Ó tal vez, extinguida en una locura de actividad la fuerza de la raza, ésta no daría en él sino vanas flores. Bien podía ser, bien podía todo reducirse á una floración de sueños vanos, La historia

de su familia, ¿no hacía muy probable esta hipótesis? Desde el origen, su familia había venido en hazañas múltiples despilfarrando su capacidad para la acción; y así como ésta disminuía, bien podía en grado igual, y de insensible modo, haber venido aumentando su capacidad para el sueño.

En verdad, su estirpe guerrera, al través de muchas generaciones, apenas había consagrado al sueño breves pausas y raros individuos. De todos los Arcos, numerosos como un ejército, apenas hubo dos que penetraron el secreto de la miel escondida en la copa insondable y azul del ensueño.

Uno de ellos fué el más joven de los emigrados á España. Nació á la belleza bajo el cielo granadino. El ambiente de armonía y luz de la Vega lo inició en el misterio doloroso de la Belleza y del Arte. Quiso, en cuadros imperecederos, poner el alma, el aroma y el color de la tierra andaluza. Nutrióse con la alegría transparente de la Vega, alegría un tanto melancólica, porque hay en su fondo un resabio de lágrimas; se bañó en la lluvia de azahares que, de los naranjos ribereños del Guadalquivir, baja como lluvia de fragante granizo á perfumar la tierra; vió florecer en los balcones sevillanos, al igual de geranios y claveles, auténticas vírgenes de Murillo; bebió, como ebrio sitibundo, la tristeza del pai-

saje cordobés, y enfermó de la tristeza y de su voluptuosidad, hasta morir en ese mismo paisaje, soñando sueños imposibles como los de un califa insano y voluptuoso.

En los días de la colonia floreció una Arcos que tuvo fama de santidad y cuya vida fué también como un sólo sueño. Joven, rica y bella, se hundió en el regocijo silencioso del claustro. Pasó por entre las meditaciones del convento como una aparecida blanca y dulce. Nadie oyó el rumor de sus pasos, ni vió la huella de sus pies en el polvo. Era un sueño que pasaba... Desde muy pronto la descarnó el ayuno, la maltrató el cilicio, y el fresco lirio de su belleza fué poco á poco enrojeciéndose, hasta ser una sangrienta rosa expiatoria. La sangre de su crufixión estaba oculta bajo muy cándidas tocas monjiles. Pero si sus tocas monjiles eran cándidas, aún más cándidas eran las palomas que volaban dentro de su corazón como en un cielo muy puro. Un sueño largo y un largo beso fué su vida, sueño y beso fijos, con fijeza heroica, hasta el último aliento, en los pies del Crucificado.

Ningún otro Arcos probó el suave martirio del sueño, después de la santa y del artista. Y la capacidad para el sueño, sin empleo ninguno, había venido tal vez acumulándose, reservándose en el seno obscuro de la raza, hasta romper en él, Tulio, como una rica vena

de agua impetuosa. Así, en vez del héroe, como lo quería y admiraba él, quizás le tocase realizar el tipo de héroe más humilde, quizás le tocara ser un miserable héroe del sueño. Pero, nunca dentro de su corazón volaron las albas palomas místicas, y si á la verdad pensaba con deleite en cosas de arte, cuando la palabra "artista" se asomaba á su espíritu algo tímida y recelosa, la fulminaba con un rayo de soberbia y la ahuyentaba y perseguía con su desdén más profundo: "¡Eso jamás! ¡jamás! ¡jamás!"

Y como una flor de orgullo rompía de nuevo en su espíritu la misma reflexión:

"Un Arcos no podía quedarse viendo pasar la vida, como se queda un soñador ó un idiota viendo pasar el agua del torrente."

La idea fija le obscureció el carácter, volviéndoselo á la vez más irritable y quisquilloso. Por sus modos de ser, ya desde muy atrás algunos le consideraban como "un hombre original ó muy "extraño". Esos mismos no tardaron entonces en averiguarle un cierto extravío del cerebro. Su extrañeza consistía en no sentir y pensar como los otros. Y los otros no se lo perdonaban, como no le perdonaban sus actos de generosidad, porque veían en ellos una injuria.

Aún de muchacho, cuando en la calle se

tropezaba con una riña, siempre se puso de la parte del débil. Hombre ya, no alcanzaba á divisar un ciego, balanceándose en el vaivén de la incertidumbre temerosa, que no acudiera pronto á sostenerle con el apoyo de su mano y de su vista. Una vez, en un barrio extremo de la ciudad, barrio de pobres, por donde él pasaba á menudo, cayó el techo de una casa. La habitaba una familia de obreros. En el primer instante, las mujeres y los niños de la casa corrieron gesticulando y gritando su dolor; pero después, disipado el susto, regresaron á la casa en ruina, y llorando y gimiendo, se dieron á mudar las pavesas del menaje á la plaza pública más próxima. Y él, Tulio Arcos, no se desdeñó de cargar sobre su espalda los resentidos trastos de la pobre gente. La curiosidad malévola olfateó y comentó el caso, entre las risas de muchas boquitas rojas: "¡Era caso de chiste!" "¡Un Tulio Arcos, en pleno día, cargando viejos muebles y ropa sucia!" "¡Nada más original!" "¡Ya se ve, un hombre tan raro!" Todo porque no pensaba ni sentía como ellos. Tomaba muy en serio las cosas. Amaba de todo corazón, y de igual manera odiaba ó despreciaba. Huía de la chacota, del dicho vulgar, del hombre vulgar; y quería ver en todas partes actitudes y almas bellas. Tenía el entusiasmo fácil, y la justicia pronta. Su juicio, ya sobre cosas, ya sobre

personas, era como un chorro de pasión, caliente y brusco. Ignoraba en sus juicios, como en lo demás, las encogidas atenuaciones y el cobarde término medio. Su alabanza era siempre llena y rotunda, como un aplauso estentóreo; y la censura partía de su boca silbando y rugiendo como un latigazo formidable.

Con su cambio de carácter, y exagerando ese cambio, coincidió un fenómeno peregrino. La casa en donde vivía se convirtió para él en una prolongación de su conciencia, ó como en una segunda conciencia muy vasta.

La casa era antigua y solariega: la misma de sus mayores. Fuera del conquistador y de alguno más, todos los Arcos habían nacido y muerto en ella. Por entre sus paredes había pasado, como un amplio raudal fecundo, la clara historia de la estirpe. De uno en otro, con el nombre, vino de herencia á Tulio Arcos, y éste la disfrutaba con una tía abuela, sobreviviente de la última generación, y una tía materna que, á la muerte del marido, se acogió al amparo de Tulio, pobre de hacienda y rica de prole. Y de uno en otro la casa había llegado á Tulio, conservándose así como floreció en el duro corazón de la colonia, con su rigidez conventual y sus aires de patricia. Entre las de su especie, era de las pocas aún enteras, porque las otras habían recibido ya,

en sus altas frentes de patricias, el beso impuro de los bárbaros. Era grande y fuerte, como las generaciones que nacieron y pasaron á la sombra de sus muros. Cada una de sus paredes era un espeso y eminente murallón que había mantenido intacto su orgullo señorial sobre la ira de los terremotos; un franco y severo soplo varonil llenaba sus habitaciones vastísimas; en sus corredores largos y asombrados, la más ardiente llama del estío se anegaba como en un pozo de frescura; un patio con un pulido estanque de piedra en cuya concavidad sonora el agua del Catuche, se la pasaba cantando el secreto del Avila en su lengua cristalina; otro patio, el principal, lleno de arbustos y flores, y en el medio un ciprés que tenía más de un siglo señalando el cielo azul con su flecha de esmeralda; un salón de techo artesonado como de alcázar ó de iglesia; y en su fachada, rudas y anchas ventanas imponentes, como ojos llenos de majestad y grandeza melancólica.

Tulio, como sus antepasados, la respetó, no haciéndole nunca sino las reparaciones más precisas. Ni una vez pensó en dejarse guiar de la moda, la voluble tirana extranjera. Porque de una parte la moda, y de la otra el comercio, desde muy atrás venían transformando lo nobles casones antiguos en viviendas comunes. Uno tras otro se desfiguraban, de-

cayendo de su esplendor, perdiendo su belleza propia; aquella firme serenidad robusta que tenían del convento ó del Palacio. Muchos lucían ya en sus fachadas, en vez de las recias y angulosas ventanas de abolengo, ventanillas frágiles y balconcetes ridículos. Poco á poco, una sonrisa de afeminados disfrazaba, como una máscara impúdica, las augustas reliquias de la antigua fuerza.

Tal parecía á Tulio. Para él, todo aquello significaba profanación y ultraje; para él, aquellas ventanas y balcones de títeres, en la fachada severa de una casa de origen semejante al de la suya, eran como un afeite grotesco en las graves mejillas de una anciana heroica. Pecado artístico por pecado artístico, respetaba aquél gracias al cual llegaría, hasta los más lejanos pósteros, el alma de las generaciones conservada como un perfume en elsutil encanto de las cosas viejas.

Por su propia casa, hasta de la brocha del enjalbegador temía, de suerte que las paredes mostraban desnudo su esqueleto sólido. La brocha, ó el pincel, podía inconscientemente mutilar con un borrón quién sabe qué página de luz y de nobleza. Porque en las habitaciones, en las paredes, en los corredores obscuros, estaba escrita la historía de los Arcos. Tulio conocía el punto preciso en donde nació éste, en donde murió aquél, en donde se alzó

como excelsa colina de amor el alto lecho nupcial del otro. Cada ángulo, cada muro, cada fresco pasadizo tenía viva sangre de historia, hechizo azul de fábula, ó pálida fragancia de anécdota. La tía abuela, en cuentos de graciosa levedad, le había dicho toda el alma de la casa.

Y toda el alma de la casa empezó de súbito á vivir para él, con vida poderosa y múltiple. Cada ángulo, cada pilar, cada pasadizo tomó para él una figura, un semblante, una voz; y la voz innumerable decía de tradiciones olvidadas y de glorias muertas, á veces imperiosa como voz de conjuro, otras áspera como de reproche, ó humilde y queda como de plegaria. Día tras día, lentamente, se le insinuó á Tulio, turbó su alma y lo poseyó como un íncubo. Desde entonces, no sólo escuchaba la voz: veía detrás de cada pilar, una sombra, en el clarobscuro de cada rincón un espectro, y extendiéndose por toda la altura de cada pared un fantasma. Eran sombras de héroes: las sombras de los Arcos muertos que volvían de la tumba, trayendo cada cual, en el gesto y la actitud, la leyenda magna de su vida. Una sola armonía suntuosa enlazaba sombras y gestos, como si todos los héroes hubiesen comulgado en la sangre del mismo ideal, desde los conquistadores vestidos de la coraza con que llegaron á tierras de América, hasta los más re-

cientes é infortunados paladines de la república.

Tulio llegó á sentirse como solo entre una legión de fantasmas, ó más bien como un fantasma entre una falange de vivos, pues *alguien* en su interior empezó á decirle cómo aquellos muertos vivían con más vida que él, porque estaban resplandecientes de gloria.

Se puso á dudar de sí mismo. Vivió largos días medroso, humillado y perplejo. En su perplejidad, acabó por no saber si la reflexión abierta como espontánea flor de orgullo en su espíritu, había nacido realmente en su espíritu, ó si entró en él con el alma de la casa. Esta, al fin, lo atormentaba como una obsesión abrumadora. Sobre todo en la noche, todas las noches, ponía en sus huesos el gélido vacío del espanto. La sombra y el silencio de la noche parecían multiplicar al infinito la vida fantástica de la piedra. Apenas llegaba él, teniendo todavía en los labios las últimas palabras de amor blandamente murmuradas á la novia, cuando una sorda irritación comenzaba á palpitar y á correr en el suelo y en los muros. Era como si la casa estuviese apercibida á rechazar la invasión de un extraño. La sorda hostilidad se propagaba por las paredes, penetrando en las habitaciones, meciendo los pilares, invadiéndolo todo, hasta colmar la casa con un sólo vórtice de ira. Á cada paso

bajo sus pies, nacían miles de voces, no de reproche ni de ruego, sino de amenaza, que iban tras él, acompañándole, persiguiéndole, como un coro implacable de furias. Á veces, ni bajo el dulce beso de la sábana lograba sofocar su espanto, porque el grito de la fuente lo seguía á lo largo de la noche. Las voces, después de ser innumerables y de formar coros distintos, acababan por fundirse en una sola voz: en la voz del chorro de agua del Catuche, que, en vez de cantar con lengua cristalina el secreto del Ávila, entonces, como furiosa lengua infernal, llenaba de imprecaciones el silencio.

De un modo insensible, Tulio dejó de regresar en la noche á la hora acostumbrada, y á fin de regresar más tarde cada vez, abandoón el hábito de volver de casa de la novia á su casa directamente, y se habituó á los largos rodeos, á caminar sin rumbo por la ciudad, pretextando á veces un coloquio imprescindible con un amigo noctámbulo, inventando, para engañarse á sí mismo, otras mil estratagemas fútiles, como si alejándola, ó aplazándola, pudiese esquivar la tortura de aquel encantamiento diabólico. Y al cabo, las noches de insomnio, los días turbios, tristes, llenos con el recuerdo cruel de la noche pasada y con la cruel perspectiva de la noche futura, quebrantaron su frágil salud, después de ha-

cer aún más pálido el moreno árabe de sus mejillas y de inflamar, en la desesperada sombra de sus ojos, las fogatas de la fiebre.

De tiempo en tiempo gozaba de paz en el amor de la novia. Pero su confianza no renacía, ni se disipaban su angustia y su terror, sino escuchando á la tía abuela. Porque la voz de la tía abuela encerraba para él una gran virtud secreta: lo refrescaba como un rocío ó como un bálsamo. En su voz, muy suave, eran suaves las cosas más duras. Tocadas de su íntima suavidad, como de un fino ácido celeste, se disolvían las asperezas de las cosas. Pero la suavidad no era un atributo de la voz: la voz la servía como al torrente el cauce. Venía de lo más hondo de la abuela, y de toda ella se exhalaba como un perfume. Tal vez era el alma fresca y fugaz de algunas fuentes invisibles. Porque dentro de la abuela había fuentes selladas, hermanas de las que corren, silenciosas y obscuras, por las entrañas de la tierra, soñando con beber un poco de sol y copiar la gloria del azur á través de la verde sonrisa de un prado. ¿Fuentes de lágrimas, ó de miel? nadie lo sabía. Nadie conocía tampoco la canción de las fuentes.

Como la abuela hablaba rara vez de sí misma, en su historia—pues ella también tenía su historia—había, para los demás, páginas y

fragmentos muy obscuros. Tulio sabía leer tan sólo en algunas de esas páginas, y entre ellas en la de un amor que, en el abril de su belleza, la tía abuela inspiró á uno de sus primos. Ella no le amó, ó más bien creyó no amarle. Él no se manifestó vencido: insistió una, y otra, y otra vez; y cada vez tropezaba con un muro de firmeza, que tenía suavidades de rosa. Y no fué la firmeza misma, sino la dulzura de la firmeza, lo que en él mató la esperanza. Entonces, buscó el olvido ó la muerte en una existencia de aventuras. Fué soldado; estuvo siempre en lo más recio de la pelea, en donde caía la lluvia liberadora; y la muerte huyó de él en el campo de batalla. Sus compañeros de armas le seguían con orgullo, ponderaban sus proezas, cantaban su gloria: no adivinaron bajo su loco denuedo la desesperación del suicida. Luego arrastró por "los llanos" una vida errabunda de bohemio criollo. Se bañó en los ríos caudalosos, donde hierven los caimanes. Probó toda la tristeza de la llanura, el desolado paisaje verde, y saboreó el deleite sano de reducir el potro cerrero y de tumbar toros bravíos. Llevó de rancho á rancho la locura del amor en su presencia, y la locura del joropo en su guitarra. Fué bailador de fandango y guitarrista coplero. Por último, no hallando la muerte, ni pudiendo, sobre todo, olvidar aquella firmeza

obstinada, suave y dulce como una muralla de flor, tronchó de un golpe su vida. Y contaban que, al saber la tía abuela tan desastrado fin, se agitaron un momento sus párpados como asustadizas mariposas, rodaron por sus mejillas inmóviles dos lágrimas, y sus labios guardaron silencio.

Si algo pasó en su alma, nadie lo supo: quedó por siempre sellado. Después, nunca aludió á esa historia.

Muy poco y rara vez hablaba de sí misma. De su propia vida oculta, solamente se conocía la imponderable suavidad con que narraba la vida de los otros. De los otros hablaba mucho y siempre: del hermano, de los tíos, de su padre y de los contemporáneos de su padre. De modo invariable, por sus reminiscencias pasaban la silueta y el nombre de algún personaje ilustre. Y de modo invariable, sus narraciones las balbuceaba con un principio ingenuo:

—Tal día, á tal hora, estaba el Libertador...

Ó bien:

—Tal día, á tal hora, el Libertador me sentó sobre sus rodillas, y dijo...

Pero Tulio, muy pocas veces hubiera podido recordar en dónde estaba *aquel* día el Libertador, ni repetir las palabras que el Libertador dijo á la abuela. Él no existía sino para la caricia de aquella voz que lo refrescaba como un bálsamo. Se entregaba á la ca-

ricia de la voz, y á ver en los ojos y la cara de la abuela. Porque la abuela tenía ojos maravillosamente francos y puros como los de un niño: la sombra de la vejez no había osado en ellos marchitar el candor de la infancia. En sus mejillas despertaba el soplo de una muerta primavera, y con el soplo de la primavera, entre los pliegues de la piel apergaminada, pasaba cantando la sonrisa como un agua clara por el surco.

Entregado á la caricia de la voz y á contemplar la sonrisa infantil de la anciana, Tulio olvidaba la angustia y el pavor de sus noches. Entonces, por algún tiempo, en vez de rugir imprecaciones con la voz misteriosa de la casa, las mil sombras de los antepasados parecían tomar la voz y la figura de la abuela. Y en los ojos de la abuela fulguraba el sol de una promesa divina.

Entre la duda y la confianza, entre la amenaza y la promesa, creció y fué poco á poco robusteciéndose en Tulio una resolución inquebrantable. Cuando, al cabo de vacilar mucho, se decidió á comunicársela á Belén, su prometida, ésta se inclinó á dar crédito al rumor que, llegando hasta ella bajo la hipócrita forma del consejo, le representaba á Tulio como un original, venático, ó medio loco.

Advertida por vagas preguntas y enigmáti-

cas frases de Belén, su familia se propuso forzarla á destruir de una vez por todas, haciéndolo pedazos, el sereno cristal de su idilio. Pero Belén no se atrevió ni á la más tímida advertencia, porque en los ojos del amante vislumbró una fuerza desconocida, capaz de seguir imperturbable y cruel por sobre todas las rupturas. Antes bien cedió á Tulio, comprendiéndolo, ó aparentando comprenderle: paloma enamorada de un águila, fingió concebir las audacias del águila, para salvar su tierno amor de paloma.

Difícilmente podía ella entender un lenguaje como el de Tulio, extraño á su medio y á sus preocupaciones de clase y familia. En ese lenguaje se exaltaba lo que ella, por su educación y el espíritu de su familia, tenía en menosprecio: la carrera de las armas. "¿Podía ella sospechar que en Tulio despertara nunca el deseo de seguir semejante carrera?" "¿Eso, acaso podía llamarse carrera? Y de poderse llamar carrera, ¿cómo seguirla?" Belén juzgaba con el prejuicio de los otros. La palabra soldado, para ella, apenas evocaba la figura del matón analfabeto y sanguinario. Sus iguales, todos los hombres de su clase, habían dejado caer la espada invencible de los abuelos en las manos de la chusma. La habían dejado caer, ó se la habían dejado arrebatar, y desde entonces poco á poco se acogieron al misera-

ble recurso de menospreciar lo perdido. Menospreciando la pluma y la espada, terminaron por no saber manejar la espada ni la pluma.

Y Tulio pretendía nada menos que recoger las armas, lavarlas de su afrenta y renovar sus glorias. La pluma y la espada, ó solamente la espada. Sin él advertirlo, se había contagiado un tanto del menosprecio por la primera de esas armas gloriosas. Además, á la pluma lograban vencerla á cada momento con la mordaza, el calabozo ó el exilio. Y el ideal, en aquella época obscura, tampoco florecería en cándidas imágenes de belleza, como un jazmín: daría flores como el rosal, en un incendio de púrpura. No rompería con timidez bajo la pluma, en cada palabra, como un azahar ó una violeta: surgiría en el extremo de la espada con el triunfo de la rosa. La vara del ideal había de ser una limpia hoja de acero; su flor, una rosa de sangre. La cruz de las espadas era la cruz de la única redención posible. Porque de haber alguna redención reservada á su país, estaba en la guerra. Todos los sucesos, todas las cosas lo decían muy claro. Y las almas empezaban á descifrar con sencillez aquella lengua de las cosas que antes imaginaban sabia y confusa como una lengua de sibilas.

Por todo el ámbito del país rondaba siempre la revolución, como hostigada fiera en la noche. De cuando en cuando aparecía y des-

aparecía, para más tarde aparecer y desaparecer de nuevo, semejante á la fiebre anunciadora del mal clavado como una saeta en las vísceras profundas. Ella, por sí sola, no era el mal, sino un síntoma del mal. Y exagerando el síntoma, la fiebre que iba y venía por todo el país, de cuando en cuando sofocada, pero no extinguida nunca, se caminaba á la salud, aunque se creyese paradoja. Sólo por la guerra se crea y se redime. Y Tulio se indignaba entonces, pensando en aquel postulado de cobardes, por el cual se reconoce preferible á la mejor de las revoluciones el peor de los gobiernos. Invención del político ducho y del comerciante su cómplice, para abastecer tranquilamente las arcas, tal postulado lo acogieron los pobres de espíritu, los vencidos bajo la férula de una moral de esclavos, y los próximos á delinquir; unos, porque hallaron en él un pretexto fácil á su inacción y vileza, otros, porque en él hallaron preparada, como por manos complacientes, la mejor de las excusas. ¡Los cobardes! Nada sin la guerra se crea. En la naturaleza, una guerra perpetua es la perpetua creadora. La guerra forma pueblos, constituye naciones, hace la unidad y grandeza de las razas. Da vida, pan, oro y belleza. Cuando parece destruir, construye; cuando parece empobrecer, acumula tesoros. Como hermanas gemelas, de su pródigo vien-

tre nacen la gloria del capitán y la gloria del artista: el laurel tinto en sangre y la obra de arte vestida de candidéz impoluta. Y así como nada se crea sin la guerra, porque sólo ella es creadora, sin la guerra nada se rescata, porque sólo ella sabe cancelar todas las injusticias. ¿Cómo, sin ella, redimir á los pueblos de sus miserias y dolores? ¿Cómo, sin ella, desbaratar la montaña de sombras que oprimía la frente de su patria?

Y Tulio consideraba, con una sola ojeada, la montaña de sombra y de tristeza. Arriba, muy arriba, el primero que por traición y de asalto llegó hasta ahí con sus instintos de lobo; á su alrededor, lo más impuro de todas las clases, desde el renegado hijo de próceres hasta la hez de la plebe; debajo, muchas almas pálidas á cuyo honor pusieron sitio con el fuego y la sed; más abajo, un pueblo moribundo de tristeza y de hambre; y más abajo todavía, la simple honradez, la dignidad, la entereza, todas las virtudes heroicas, escondiéndose en la penumbra como tímidas pobres vergonzantes, ó aherrojadas en el calabozo, ó camino del destierro.

Sin ver hacia atrás, Tulio entró, y fué recibido con júbilo en las filas de los eternos custodios de la esperanza bajo aquel montón de tristezas é ignominia.

Ayudó con su fortuna, dió y comunicó su entusiasmo. Y mientras llegaba la ocasión de sacrificar hasta la vida, se empeñó en atraer á sus iguales á la causa redentora. Fué á ellos, y por entre ellos marchó como entre zarzas armadas de hostiles púas. No le comprendían. "¿Qué ha pasado?—le preguntaban.—¡Si no hay nada que redimir! ¡Si no hay nada que cancelar! ¡Si todo está perfecto!" No le comprendían, porque no conservaban ni una centella del alma de sus abuelos libertadores. Vivían en su país como extranjeros. En ellos alentaba un alma nueva de hebreo cosmopolita. Para ellos no existía redención fuera del trabajo, y llamaban así al *trabajo* del judío: el interés á tanto por ciento, la usura... Soñó hallarse en Florencia, y despertó en Cartago. De la tienda florentina, del mercader florentino salieron los *condottieri*, los capitanes, los príncipes, los grandes políticos, los grandes humanistas y, flor la más alta, el poeta. En su patria, la misma evolución, pero invertida. Así, del poeta, del humanista, del político, del capitán, salió una turba inacabable de mercaderes.

Ese torpe hallazgo no fué sino el principio de un largo aprendizaje doloroso. Conoció falsedades contra las cuales no había sino otra falsedad; conoció perfidias contra las cuales era necesaria otra perfidia. Pero él no supo valerse de las armas innobles.

De súbito, un día, la traición desconcertó las filas de los nuevos cruzados. La red, tendida en la sombra, enredó en sus mallas al de voluntad más fuerte. La mayor parte de los otros, desalentados, locos de temor, se desbandaron, buscando la salvación en la fuga.

Sólo unos pocos prefirieron, á la deshonra de la fuga, caer como paladines en el campo. Eran muy pocos, porque eran la falange del ideal... Y largo tiempo caminaron, de peñasco en peñasco, de sierra en sierra, desgarrándose la ropa, desgarrándose la carne, sufriendo hambre y sed, los nuevos paladines. Confiaban en sus fuerzas y en el triunfo, porque eran la simple honradez, la dignidad, el amor patrio, la entereza, todas las virtudes heroicas. Pero el tiempo corría, corría, y nadie les contestaba. Mientras ellos marchaban de risco en risco, desgarrándose la carne, sufriendo hambre y sed, la indiferencia de la ciudad iba á sentarse á la plaza pública, y en la plaza pública reía, disertando de cosas ligeras. Nadie les contestaba. No les respondían sino el eco de la montaña y la desolación de la llanura. Tal vez porque eran la corta falange del ideal...

Por fin se vieron acosados de muy cerca, y los envolvió en su círculo de salvaje clamor la rabia de la jauría. Tulio cayó prisionero: le cargaron los pies de grillos y las manos de esposas. No le faltaba ya sino la última gota

de hiel: su libertad inmediata, recabada con el valimiento del hombre que él despreciaba más en toda su familia.

Se le ponía en libertad bajo fianza, con la expresa condición de abandonar el país por algún tiempo: era el destierro, un destierro benigno, como para él, adversario de escasamonta.

Pasado su primer ímpetu de indignación y repulsa, reflexionó y aceptó, representándose la lejana playa extranjera como una buena invitación al trabajo, ó como un lugar de reposo y olvido. Desde lejos, tal vez trabajaría mejor para su obra. Rico, aprovecharía su tiempo en viajar, en aprender cosas útiles, en reunir materiales para la obra futura de redención y vida. Se casaría, para no estar muy solo. Y quién sabe si, casándose y quedándose á vivir por allá lejos, tal vez olvidaría. Quién sabe si, al correr del tiempo, acabaría en la jaula de una oficina de cónsul, como un buen cachorro de león domesticado. Quién sabe si, como otros, acabaría por olvidar el dolor de su patria, viviendo de ella y lejos de ella, en un dulce apartamiento egoísta. Quién sabe si olvidaría hasta el reclamo de la raza. Tal vez, con un poco de buena voluntad, se arrancaría á su propia estirpe, se arrancaría á su propia casta, para salir de ella transformado en un sér distinto y nuevo, como la mariposa de la oruga.

Los viajeros desembarcarían á pasar la noche en tierra. Por la tarda hora del arribo, no se libertarían sino al amanecer el día siguiente de los lentos enojos de la aduana. Con excepción de algunos, resueltos á quedarse á bordo, la mayor parte se preparaban á ir á tierra en el vaporcito de la Compañía. Éste avanzaba hacia el trasatlántico inmóvil, cortando la onda como un ala de golondrina, y rasgando el aire con un silbido intermitente y agudo, cada vez más agudo, como una risa traviesa y despreocupada de chiquitín, con la cual saludaba el vaporcito á su majestuoso hermano mayor, apenas recién llegado de la remota América.

Los pasajeros, prontos al desembarco, pensaban en la tierra con interna delicia: ya se veían paseando por las calles de la ciudad, sin el mareante balanceo de á bordo; ya se miraban comiendo, alrededor de una mesa de *restaurant*, una comida algo diferente, por lo menos, de la saboreada todos los días ante-

riores en medio á la promiscuidad no siempre grata de la mesa común; ya, sobre todo, se consideraban camino de un buen hotel, á dormir en una cama ancha, fresca y muelle, en donde los miembros pudieran extenderse y desperezarse con toda holgura, hasta olvidar el nido de impaciencias, incomodidades y estrechez del camarote.

Algunos pensaban con melancolía en la dispersión inminente de las almas, unidas y casi hermanadas por la intimidad forzosa de la cárcel errabunda.

Pero sobre todos los pensamientos y deseos aparecía una curiosidad malsana, impura mezcla de placer y temor, que lleva á muchos hombres al paraje en donde se vertió la sangre de un crimen, y los inclina, con irresistible y morboso halago, á escudriñar el rostro de los moribundos y los muertos. Casi todos los viajeros, mientras para el próximo desembarco adelantaban sus preparativos, prometían á esa curiosidad impura un espectáculo precioso, á fuerza de ser ingenuo y raro. Sin confesárselo á sí mismos, casi todos abrigaban la cruel esperanza de ver cómo saltaría, en los ojos y el alma de un hombre, un gran dolor improviso y desnudo, sin la sombra de un velo. La ocasión no permitiría las reticencias, el disfraz ni el disimulo. No verían rastro de alma, ó verían un alma, toda convulsa y tré-

mula, asomada á la puerta de unos ojos, como una tímida vieja mendicante. No verían rastro de dolor, ó verían un gran dolor desbordarse y correr, saltando por entre ellos como un torrente libre. Verían el torrente anegar los ojos, ahondar las mejillas y devastar alma y cuerpo del que esperaba, del prometido que, ahí cerca, en balde esperaba á la prometida, del esposo que, ahí cerca, en balde esperaba á la esposa; en balde, porque ellos la habían dejado atrás, muy atrás y por siempre, sepultada bajo una lápida movediza y frágil, sin la tierna señal de una cruz, de un mármol ó una piedra, en un lugar dudoso, en una indecisa ondulación del interminable camino azul, sobre cuyo tenue polvo de zafiros no se imprime la huella de los pasos.

Involuntariamente, con los ojos, buscaron al que esperaba en balde ahí cerca. Lo buscaron en el muelle, muy largo, que penetra mar adentro, rompiendo las aguas como el gigantesco brazo de un cíclope. Sobre el muelle habia grupos de curiosos; y ninguno de los curiosos agitaba las manos ó el pañuelo en señal de bienvenida. Ahí no estaba Tulio. Luego lo supusieron esperando en el muelle de la Compañía, para inmediatamente desechar, apenas formulada, esa hipótesis. Él debía saber, como todos, que el vapor no atracaría hasta doce horas después al muelle de

la Trasatlántica. Entonces pensaron si Tulio vendría en el vaporcito que se aproximaba ligero y retozón, desconcertando la tristeza crepuscular con su alta risa estridente. Pero el vaporcito llegó, se acostó al trasatlántico, y entre sus pasajeros, ya escala arriba, nadie vió ni sospechó á Tulio.

Y los ánimos empezaban á impacientarse ante lo inútil de la espera, cuando sobrecogiéndolos, desgarrándolos, entró en ellos el sonoro y agudo estilete de un grito:

—¡Belén! ¡Belén! ¡Belén!

Era Tulio Arcos. ¿Cuándo y cómo llegó? ¿Quién le dió la noticia? Junto á él estaban su cuñado y la mujer de su cuñado, llorando silenciosas lágrimas dulces. El tiempo, consolador, había templado poco á poco sus lágrimas. Algunas mujeres lloraban envidiando á la muerta, con una cierta envidia generosa. Algunos hombres, pálidos, conturbados, volvían los ojos á la tierra. El viajero de frialdad irreductible, que se había hecho una verdadera ciencia de tacto y de mesura, saludó con insólita efusión á Tulio Arcos. A cubierta, con su colega de la sanidad, llegó el médico de á bordo: conmovido, se descubrió la cabeza y consideró un instante el duelo de aquel grupo. Creyóse obligado á ir hasta el grupo con una palabra de pésame, como con una limosna; pero vaciló, reflexionó, ante el dolor

del esposo recordó á la esposa muerta y sepultada en el indeciso y largo camino azul, pensó con ternura en la propia novia que lo aguardaba en Nantes; y entregado á esas vacilaciones y reflexiones, el doctorcito bretón, cada vez más confundido, no se resolvía á interrumpir la solemnidad augusta del duelo, mientras, aguijoneado por su misma timidez, el tic de sus párpados y frente se precipitaba, magullándole los ojos, en una danza vertiginosa y terrible.

—¡Belén! ¡Belén! ¡Belén!

El grito, obstinado como una acusación tremenda, no cesaba de caer en las aguas: cabalgaba sobre la ola, cabalgaba hacia el horizonte, reclamándole al mar su conquista; y el mar, sobre la ola, balanceaba el grito, cual si fuese la más vana flor de la espuma. Viejo vencedor codicioso, el mar no oye reclamos, ni devuelve casi nunca á la playa su botín de belleza. Impávido, seguía batiendo los costados del vapor con sus olas breves, turbias y agitadas.

Las aguas del Loira, entrando en el mar con un rico tributo de limo, conmovían la ola: quebraban su cuerpo diáfano, y empañaban su luminosa alma verde. Y la ola, quebrantada y turbia, iba y venía, llevando sobre su dorso trémulo el grito de la acusación implacable. Pero el mar no replicaba sino cantando su

eterna antífona ronca, dilatando su eterna sonrisa indiferente bajo el cárdeno suplicio del crepúsculo.

—¡Belén! ¡Belén! ¡Belén!

En el dolor de aquel grito había algo de inhumano, algo de extrahumano, que la mayor parte de los hombres no entendían, y que sin embargo parecía hablar con una clara lengua perfecta al corazón mismo de las rocas. Tal vez lo entendía el misionero que bendijo la sepultura glauca, porque él sabía mucho y sonreía siempre. De seguro lo entendía el marinero que estaba tirando de una cuerda con sus manos callosas, y de tiempo en tiempo miraba hacia la escena triste con ojo esquivo, encapotado y húmedo. De seguro lo entendía el marinero de alma simple y de cuerpo, como el cuerpo de las piedras, obtuso y basto. Si él no comprendía las palabras, porque no eran palabras de su idioma, conocía muy bien el dolor y la música del grito. Los había oído en playas distantes, junto á islas desiertas. Los había oído siempre después del temporal que despedaza velas de buques y alas de gaviotas. Los había oído, navegando por los mares del trópico después de un temporal, en el grito de una gaviota abandonada. Sobre un peñasco abrupto, saliente y solo, como una angustia de náufrago en medio del océano, la gaviota blanca revoloteaba, clamando su viudez, con

vano clamor desesperado, sobre el desierto azul é impasible.

—¡Belén! ¡Belén! ¡Belén!

Y el grito cabalgaba, cabalgaba, sobre la ola turbia.

Tulio emprendió el regreso á París aquella misma noche. No quiso esperar á que los pasajeros del buque se viesen libres de los lentos enojos de la aduana. Le repugnaba la perspectiva de viajar en un mismo tren hacia París con alguno de ellos. Esquivaba la presencia de su cuñado, y de la mujer de su cuñado: más tarde, en París, ellos le buscarían á él, ó él iría á ellos, y tiempo tendrían entonces de lamentarse y de llorar juntos.

Quería estar solo, con su dolor y con sus lágrimas. Le hacía daño ver la cara de los que asistieron á los funerales de la novia. Cada uno de ellos, espectadores indiferentes, le había robado algo irrecuperable y divino: algo como el destello de belleza que debió despedir, como el rastro de fragancia que debió dejar su blanca estrella de amor, al caer y extinguirse en la noche azul del océano.

Recogido en un ángulo de un compartimiento del tren, lloró y sollozó mucho, escondiendo bajo el *plaid* su rostro anegado en lá-

grimas, tratando de ahogar con su pañuelo el sollozo precipitado y creciente, cuyo ritmo pareció poco á poco seguir el ritmo del hierro trepidante, de suerte que, á medida avanzaba el tren, la música del sollozo fué una misma con la música bárbara de la rueda torturada y arrastrada en una cárcel de metal inflexible. Pero su llanto no se desahogó y fluyó con soltura, ni su continuo sollozo perdió la rigidez y el ritmo áspero del hierro, sino á la llegada á la estación de París, en el tierno abrazo de Ocampo, su amigo y compatriota.

Ocampo era médico y joven, tan joven como Tulio. Aunque unidos por un cierto lazo débil de parentesco, pues cosa de un siglo atrás emparentaron sus familias, hasta el momento de encontrarse en Europa se conocían apenas. Fué en París donde en realidad se conocieron, donde una seguida frecuentación, llevada con gusto recíproco, los convirtió en dos buenos amigos cordiales. Gran semejanza de origen, y pasiones é ideas comunes, trabaron con solidez el cimiento de su amistad, á pesar de alguna diferencia en el carácter, ó á causa tal vez de esa misma diferencia. De grado en grado, Tulio permitió á su nuevo amigo entrar en el secreto de su vida, hasta dejarle ver en el alma de sus proyectos de gloria. Cuando no se iba de viaje, habitaba con él, en serena intimidad, el mismo piso de una casa

cuyas ventanas caían sobre el claro verde y luminoso del jardín del Luxemburgo.

Ocampo, avisado por telégrafo, esperaba en la estación el violento regreso de su amigo. Ya él sabía del triunfo siniestro de la onda. Al verse, los dos amigos, en el mismo andén se abrazaron; y abrazados estuvieron largo rato, llorando en silencio. Fueron hasta un coche sin cambiar palabra. Ocampo se apartó á decir una dirección al cochero. Luego, ya en el coche, cuando éste empezó á rodar, dijo:

—Iremos á casa, ¿no es verdad, Tulio?

—No, no; vamos á la *Avenue Montaigne.*

—¿Para qué á *Avenue Montaigne?* ¿No es un dolor inútil? ¿Por qué no á casa? Al fin has de volver. ¿Por qué no desde hoy? En casa puedo estar mucho más tiempo contigo. La *Avenue Montaigne* me queda para todo muy distante. Además, en casa, todo está como á tu partida, todo te espera con un buen saludo afectuoso. Te espera tu mismo cuarto, aquel que da sobre el jardín; te espera la misma vieja patrona; te esperan nuestros buenos hábitos antiguos, nuestras conversaciones de siempre y nuestros paseos del anochecer, bajo los árboles amigos del Luxemburgo, por entre las estatuas amigas de las reinas de Francia.

—No, no. Llévame á la *Avenue Montaigne.*

—¿Por qué no á casa? De ocurrírsete disponer algo en la *Avenue Montaigne*, puedo ha-

cerlo yo mismo. Puedo ir á allá, en un momento libre, y disponerlo todo: despedir la sirvienta y recoger las llaves. Me parece lo mejor, Tulio.

Y Tulio volvió á negársele. No quería escucharlo de ningún modo. Quería ir con la sombra de la muerta adonde pensó llegar con el tesoro de gracias de la viva. El departamentico de la *Avenue Montaigne* se le aparecía como una estación forzosa en el viacrucis de su duelo. El principio de las exequias había de ser en donde mismo debió cantar el beso de las nupcias. Pues aquel departamento, al través de largos días embellecido y ordenado, se prometía resplandecer y exultar en la verdadera fiesta de las bodas.

Ahí comenzaría á borrarse la impresión de fórmula pálida y fría de un matrimonio celebrado á través del Océano, con un simple poder, á la manera yanqui, tal un feo negocio triste.

Luego, la frialdad insulsa de la fórmula se desvanecería, sin dejar ni un rastro, con el viaje de novios emprendido hacia Italia, ó hacia la Suiza, ó hacia otro cualquier paisaje de belleza.

Sin embargo, á su llegada á la *Avenue Montaigne,* Tulio vaciló, tal vez arrepintiéndose de no haber seguido el consejo de Ocampo. De toda la casa, y de cuanto había en ella,

algo voló á su encuentro con el vuelo convulsivo del sollozo. Acostumbrado á ver en las cosas la promesa de jubilantes paraninfos, ahora las cosas lo acogían como inconsolables plañideras. Para él no había duda; los muebles, los espejos, los tapices, todas las cosas del departamento sollozaban. Las conocía muy bien; largo tiempo las había acariciado con las manos y los ojos. Él mismo las fué á buscar al fondo de vastos almacenes, asfixiantes y obscuros. Y Tulio, recordándolo, se representó su larga y vana peregrinación á través de los bazares de París, de tienda en tienda.

Todo el tiempo de esa peregrinación, vivió como quien se estuviera iniciando en un misterio gozoso y divino. A veces lo acompañaba, y lo ayudaba con sus luces y experiencia, una anciana compatriota. Pero nunca anduvo solo; siempre iba en un perpetuo coloquio interior con la adorada. Evocaba el gesto, las palabras y las conversaciones de Belén, para descubrir sus preferencias y adivinar sus gustos. Evocaba todas las maravillas de su cuerpo y de su alma, para con ellas armonizar el estilo y color de los muebles, el encaje y sutileza de las cortinas y el matiz de las alfombras. Largo tiempo tanteaba las cosas con los ojos y las manos, combinando sus formas, grandezas, colores y matices. Los objetos, en su imaginación, llegaban á ser un conjunto

armonioso y muy suave, sin sombra de brusquedad, con las líneas, la voz y el alma de la ausente. Y los combinaba una y otra vez, en una incesante recomposición de escenas de íntima vida futura. Quería que los muebles tuviesen algo de soberbia real, como para una soberana, siendo á un tiempo blandos, muy blandos, para con su terneza proteger la endeblez primorosa de un niño. Le preocupaba la forma de los espejos y el agua tersa de sus lunas. Los quería de forma arcaica, semejante á la de algunos raros tipos de la época de oro de Venecia, de cristales diáfanos, límpidos, como un agua pura, en cuyo éxtasis perenne pudiese entrar, sin temer de mancillas, la casta imagen de la novia. Le preocupaba, sobre todo, la elección de alfombras y tapices. Con amorosa terquedad manifiesta les palpaba su dócil vellón, lo arrugaba y desarrugaba, lo enredaba y desenredaba como una cabellera, buscando la aspereza más oculta. Nunca le parecía bastante dulce y tierno el pelaje de la alfombra; lo quería de una dulzura y suavidad infinita, como si por la alfombra no fuesen á correr sino vivos lirios frágiles.

Antes, y aun después de elegir, prolongaba, retardaba sobre los objetos la caricia de las manos y los ojos. Como una flor, sobre las cosas deshojaba la caricia. Entretanto, su co-

loquio interior con la adorada proseguía resonando como un himno, como una plegaria, ó como un beso. Y tanto de su coloquio interior como de la caricia de sus manos, pasaba á las cosas algo de él, algo íntimo de él: una centella de su alma. En cada cosa—mueble, tapiz ó espejo—quedaba un alma, hija de la suya. Con su vibración, cada alma comunicaba al cuerpo muerto de la cosa la inquietud viva de la espera. Así, espejos, muebles, tapices, todos los objetos de la casa eran como voces acordadas en el silencio y prevenidas á romper, á la aparición de la novia, en música de inmarcesible epitalamio.

Pero los objetos y las almas de los objetos, burlados en su espera, en vez de romper en un concierto epitalámico, prorrumpieron, desgarrada su armonía, en la música disonante del sollozo. Este fué el sollozo que voló con vuelo convulsivo al encuentro de Tulio.

Y Tulio contestó al sollozo con una explosión de llanto:

—¿Lo ves? ¿Lo ves? Yo lo sabía, Tulio. Vámonos á casa. Al fin has de volver... ¿Por qué no desde hoy? Aquí no puedes quedarte. Este departamento no evoca en ti sino tristezas. La calle es triste, el mismo barrio es triste. Vas á estar aquí como un desterrado que á nadie conoce. Allá, al contrario, todo es alegre, todo tiene un aire bondadoso de familia,

y se vive como en una prolongación ideal de la patria. Allí, desde tu cuarto verás el jardín del Luxemburgo. Los árboles casi todos están ya vestidos de hojas nuevas.

Pero Tulio volvió á negarse. Ya estaba ahí; ahí se quedaría. Se quedaría una semana, muy poco, el tiempo de permitir á la curiosidad indiferente ó piadosa de sus conterráneos desfilar por delante de él, llevándole en cada cual un poco de olvido ó una palabra de consuelo. Además, debía también despedirse de aquellas cosas. No en balde en cada una dejó un latido, una parcela de su alma. Debía deshacerse de ellas, abandonarlas muy pronto, dejándolas pasar, con algo de lo más puro de su sér, á las manos de algún revendedor insensible.

Ocampo no insistió de nuevo; antes bien, como el llanto de Tulio poco á poco degradase en una pausa larga y tranquila, decidió acudir á sus quehaceres más indispensables. Más tarde, tan luego como saliera del laboratorio adonde iba, regresaría á la *Avenue Montaigne*. Caso de adivinar lo que estaba por sobrevenir, nunca se habría marchado. Porque apenas él se alejó, por la misma puerta la vida entró hacia Tulio en una ironía monstruosa.

Cuando la sirvienta le anunció á dos hombres de casa de Labrousse, Tulio no percibió el sentido sino el rumor de las palabras. No comprendía las palabras de la sirvienta. No

conservaba recuerdo ninguno de su encargo hecho á la casa florista. Según ese encargo, la tienda de flores proveería á que el departamento de la *Avenue Montaigne* estuviese en la precisa ocasión dispuesto á recibir el cortejo de las nupcias como un estrecho vergel rebosante. Con inconscientes ojos vagos, Tulio vió entrar á los dos hombres. Entraron y salieron varias veces; y al entrar, siempre iban cargados con ramilletes de flores, con cestillos de flores, con manojos de flores, todas bellas. Orquídeas raras, violetas de Parma, rosas de Niza: flores de invernadero, hijas de la más extremada solicitud, é ingenuas flores frescas, hijas del sol, recién abiertas al primer soplo tibio en los jardines mediterráneos. Unas y otras abundaban en fragancia, triunfal aspiración del zumo de la tierra; y unas y otras abundaban en música, en la rica música de las rimas que Abril acababa de componer en sus corolas. Y todas llegaban, prevenidas también á deshacerse, á los pies de la novia, en epitalamios de perfume.

Al aparecérsele á Tulio, como en un relámpago de conciencia, toda la verdad, se arrebató en ira. Entró en la salita, abrió una de las ventanas, y empezó á echar afuera manojos de flores. Éstas, durante largo tiempo, cayeron sobre la calzada, sobre la acera y los árboles de la avenida. Arrojadas cada vez con

más prisa, caían con la precipitación creciente de una lluvia.

—¡Señor, no haga usted eso! ¡no haga usted eso!—gritó azorada la sirvienta, mientras corría á cerrar la ventana.

Tulio, sin decir palabra, extenuado del esfuerzo, palidísimo, se retiró de la ventana á desmadejarse en una poltrona.

Entretanto caían las últimas flores, y una rosa y una orquídea se enredaban, al caer, en el sombrero de una bella transeunte. Al ver las flores, la dama sonrió, la cara al cielo, á la fragante lluvia imprevista. Como era el mes de Abril, y todo, arriba, era azul, quizás pensó en un vuelo de la Primavera, en el vuelo de una primavera que, al volar, esparciese rosas, como en la sencilla pintura de Sandro.

Tulio lloraba y sollozaba en la poltrona. Su arrebato pueril se resolvía en lágrimas y quejas. Mucho daño le habían hecho aquellas flores. En su color y en su fragancia le trajeron la más cruel de las injurias. Le insultaron con sus pétalos, porque sus pétalos llevaban para él una tremenda ironía, como debe de ser la ironía de un dios, muda y perfumada.

¿A qué venir aquellas flores, cuando ya no le era dado consagrarlas ni á la viva, ni á la muerta? No podía con ellas envolver el cadáver de la novia como en una mortaja de perfumes; no las podía tender sobre su ataúd

cómo un paramento de seda florecida, ni siquiera se las podía ofrendar á sus reliquias, en un rincón de cementerio, hacinándolas como un túmulo, ó desparramándolas como una losa. Ningún cementerio guardaba las reliquias de Belén, ó las guardaba el cementerio más vasto y menos compasivo, aquel que sobre sus muertos no permite ni la ruin señal de un número.

Y Tulio, de pensar en las flores, fué poco á poco llevado á pensar en la muerte. Jamás la consideró con los ojos nublados de miedo, á través de las angustias del cristiano. En cosas de religión, había compartido con la tía abuela una cierta indiferencia dulce. En la biblioteca de la tía abuela eran muy escasos los libros devotos, mientras que los heterodoxos de españoles y franceses resultaban, en comparación, casi infinitos. Algunos de los últimos estaban ahí desde fines del siglo diez y ocho, ó desde los principios del diez y nueve, de tal suerte que Tulio delante de ellos, fué asaltado varias veces de la duda, no sabiendo si atribuir á tolerancia, ó á descuido de los gobernantes hispanos de entonces, la introducción de unos libros en cuyas prosas, entre hojarasca de sensiblerías, iban gérmenes de incendios y gritos de tempestades.

Como al pensar en cosas de religión, si alguna vez pensó en la muerte, fué con la mis-

ma indiferencia dulce. De su estirpe batalladora conservaba quizás el desapego á la vida, ó bien la muerte no lo había cercado nunca en el horror de sus tinieblas. Era él muy niño cuando perdió padre y madre. La muerte no había hecho sino rozarlo, al pasar, como una viajera silenciosa. Ahora, al contrario, acababa de herirlo en medio del corazón, desconcertándolo como una noche que plantara de súbito su tienda de sombras en el centro del día.

Tulio se encontró de improviso en una obscuridad preñada de misterio. El misterio lo aumentaba la circunstancia de aquella muerte en plena juventud y en plena mar, como el extinguirse de una viva exhalación al beso de la onda. Aquella muerte ¿no revelaba entre la existencia del mar y el destino de Belén una perfecta armonía profunda? Belén tenía los ojos como glaucos remansos limpísimos cuajados de sueño, y el cabello como un alga rizada y obscura que trenzaron las ondinas con sus diáfanos dedos luminosos. En el fondo del océano, según el creer de los pueblos, hay pérfidas deidades y monstruos malignos. Tal vez con aquella muerte, la mar y sus dioses vengaban antiguas pero inolvidables injurias. Los antepasados de Belén no sólo arrebataron á la mar islas y continentes: uno de ellos penetró hasta sus arcas de zafiro; y sacó á la luz

de las playas incalculables tesoros. La mar, perla tras perla, vió caer la mancilla de la profanación en sus joyas más puras; y mucho tiempo en vano se lamentó entre las rocas de Cubagua y sobre las playas de Margarita. Claras primicias de un mundo, su robador las llevó, como presente magnífico, á los pies de una reina. Y ahora la mar se vengaba, cobrando en una virgen, descendiente la más pura de aquel terrible pirata, la virginidad entera de sus joyas.

Pero quizás no había semejante venganza de la mar: ésta, quizás, no tenía en la muerte de Belén la menor culpa. Aquella muerte bien podía ser la venganza que tomaban de él—Tulio--sus propios antepasados. ¿No merecía el odio y venganza de los abuelos? Había burlado por igual sus amenazas aterradoras y sus promesas divinas. Con el tiempo, había llegado á recordar la cólera augusta que encendía el alma de la casa paterna, como se recuerda una pesadilla remota. Y en la promesa divina que de cuando en cuando lo exaltaba, se acostumbró á no ver sino pobres engañifas del deseo. ¿Qué había hecho en el destierro sino viajar, y adornarse el espíritu como una mujer sus carnes? ¿Qué había hecho sino entregarse en alma y cuerpo á una estéril cultura del yo, afeminada y egoísta? Apenas trabajó al principio en sus proyectos de gloria. Des-

pués, pensó en ellos y habló de ellos con tibieza. Por último, pudiendo volver á su país, prefirió quedarse lejos de él, acogiéndose cobardemente al reposo del olvido, cuando á lo lejos, llamándole, se oía la algazara de la lucha. ¿No había él puesto cada vez más bajo su ideal, hasta hacerlo accesible á toda alma plebeya? Calor de familia, y un seno amoroso, y una blanda quietud interminable: ideal de mercader para cuando realice una fortuna, ó de funcionario poltrón para cuando el Estado lo jubile. ¿Qué había hecho él sino reducir su alto ideal orgulloso á ese ideal de plebeyo?

Y los héroes muertos, vestidos de ira, previnieron la afrenta probable. Se vengaron, quebrando el objeto de amor, el obscuro ideal del último vástago de ellos, débil y enfermízo. Ellos, los rudos, los fuertes, los brutales, pero tambien los gloriosos, no buscaron jamás en el amor sino el descanso breve de una jornada rica de triunfos.

Así, Tulio, fantaseando y fantaseando, empezó á divagar como un loco. Siempre más numerosas y más rápidas, las divagaciones empezaron á correr á través de su espíritu como una desbocada fuga de cuadrigas violentas. Para contenerlas fué preciso que el dolor despuntara en la frente de Tulio. Clavósele en una de las sienes una como punta de dolor, bajo la piel de una de sus mejillas, co-

menzaron luego á deslizarse, hiriéndolo, como infinitas láminas de acero diminutas; y del fondo de uno de sus ojos partieron las primeras moscas de luz de la neuralgia.

Ocampo, al volver, lo halló en el auge de su mal, encorvado de actitud, comprimiéndose con ambas manos el dolor, y refrenando su gemido á duras penas. Bajo la piel de su cara se veía pasar el temblor angustioso de los músculos, tal como raudas y cortas ondulaciones provocadas por el violento y sucesivo caer de innúmeros guijarros en un agua dormida.

—¿Lo ves, lo ves, Tulio? Por no oir mi consejo.

Ocampo no agregó otra cosa: inmediatamente se puso á discurrir un plan de terapéutica formidable: "Morfina y éter: desvanecer el dolor, y alcanzar que el enfermo pase toda la noche durmiendo como un niño. Sobre el ala vaporosa y ágil del éter se van los duelos más graves, los recuerdos más graves, todas las pesadumbres. Desde el siguiente día, proponerse arrancar á Tulio de aquel departamento de la *Avenue Montaigne*. Y más tarde, cuando estuviese ya instalado en su casa frontera al Luxemburgo, vendrían los paseos por los alrededores de París, á las orillas del Sena, bajo las frondas de Meudon; vendrían los baños de campo, de sol, de cielo azul; y al

fin y al cabo, justa corona de una terapéutica sentimental, vendrían también los besos de un amor cualquiera: el amor de cualquiera Manon, Julieta, Blanca, ó Fifina..."

Y Tulio, en efecto, durmió como un niño aquella noche.

Al abrirle á Ocampo, la sirvienta, con aire de misterio, le dijo:

—Le estaba esperando con impaciencia: varias veces he bajado hasta el portal, y ya comenzaba yo á creer que usted no vendría, porque hoy se ha tardado usted como nunca.

—¿Pues qué pasa?

—No, no se asuste usted..... No es nada de particular... Pero he tenido mucho miedo. El señor de Arcos, todo el día se lo ha pasado hablando á solas. En distintas ocasiones he entrado en su cuarto, y en mi presencia continuaba hablando y sonriéndose, como si hablara y se sonriera con una persona invisible. Era como si delirase... Y de pensar esto, recibí nu gran susto.

—¿Pero qué decía?

—No lo sé: musitaba, ó hablaba en alta voz, pero en su lengua. Venciendo mi susto, le hablé, y él contestó de un modo preciso á mis demandas. ¿Tendrá él, como otros, la costumbre de hablar en alta voz consigo mismo? De

todos modos, yo estaba esperándole á usted bastante inquieta. Pase, y véalo: quizás duerme, porque hace rato que no le oigo.

Ocampo entró en la sala, y pasó á la alcoba de Tulio. En la puerta misma de la alcoba le salió al paso un olor conocido. Pero él no se fijó sino en la actitud tranquilizadora del enfermo. "¿La sirvienta no habría soñado?" Tulio no dormía: descansaba, revelando en su perezosa postura la suave fatiga de la convalecencia, más grata que el mismo bienestar; su mirada resplandecía fresca y serena, y todo su rostro se bañaba en esa gran placidez en que germina y despunta la sonrisa, como en el silencio de la tierra germinan y abren las flores. Muy naturalmente respondió al saludo afectuoso del recién llegado:

—Mucho mejor. Creo que no se renovarán las torturas de estos días. Por fin, la neuralgia me deja. Hoy, apenas tuve un ligero amago, y se desvaneció pronto.

La neuralgia, en efecto, no había dejado de asaltarlo un solo día, despedazándole cada vez la frente con sus garras de dolor, hincándole cada vez en una mejilla sus infinitas hojas de acero diminutas.

Las prescripciones de Ocampo suavizaron y espaciaron los accesos. Durante el acceso mismo, el dolor poco á poco se deshacía en la fiebre de una embriaguez ligera, como la em-

briaguez del champagne: tras de la fiebre efímera, disipada, al llegar á su apogeo, en la gloria de luz de un fuego de magia, quedaba envolviendo á Tulio por todas partes un cosquilleo delicioso, como la múltiple caricia de un agua efervescente; después, el cosquilleo cesaba, ó se prolongaba en una somnolencia apacible, merced á la cual todos los recuerdos y tristezas de Tulio se escapaban de él, para presentársele fuera y lejos de él, como un extraño paisaje cuyas líneas fueran coufundiéndose y borrándose hasta desaparecer en la lejanía, entre las nieblas de un vago horizonte; por último, desvanecido el paisaje, borrrada, como se borra un espejismo, aquella proyección fantasmagórica del yo, la somnolencia terminaba por convertirse en un largo sueño dulce.

Del sueño volvía Tulio como de un baño que hubiese refrescado su espíritu y restaurado sus fuerzas. Pero nunca, excepto quizás la primera vez, pasaba sin transición del sueño á la vigilia. Antes de recobrar su plenitud absoluta, la conciencia fluctuaba en un duermevela siempre más largo. Simulando el vaivén de la marea, en ese intervalo se sucedían, en el espíritu de Tulio, momentos de somnolencia y momentos de lucidez maravillosa. Ya veía los objetos con una visión clara, y pensaba con lógica precisa; ya su visión se obscu-

recía, y su pensamiento se enredaba en una madeja inextricable de sueños. Con la somnolencia le volvía el cosquilleo delicioso, la caricia múltiple como el beso del agua. Era á veces una rápida y fugaz inmersión en la onda; otras como el sumegirse rápido ó lento en un agua profunda: y entonces tornaba á la conciencia con el ímpetu del nadador que se entretuvo largo tiempo bajo el agua y surge medio asfixiado á la superficie, ó se quedaba á una gran profundidad, sin tornar á la conciencia sino muy de tarde en tarde, con la extraordinaria sensación de saber el agua más pesada cuando más profunda y de sentirla, sin embargo, arropando su cuerpo como una vestidura tenue y vaporosa.

Así, en esas alternativas de somnolencia y de lucidez, pasó todo el día de aquel último acceso cuyo dolor fué tan solo como un amago indeciso. Poco á poco, las divigaciones de la somnolencia y los pensamientos de la vigilia habían llegado á mezclarse. Los recuerdos que se escapaban de Tulio, para presentársele fuera y lejos de él en un paisaje borroso, aquel día llegaron á confundirse con la rara sensación del baño en un agua profunda, tramando así la fina labor fantástica de un sueño. Tulio soñó descender suavemente á una profundidad que le pareció infinita. Cubierto de agua, rodeado de agua, lo sostenía en su pro-

gresivo descender una lámina de agua siempre más densa, encima de la cual bajaba como balanceándose en una muelle hamaca transparente y viva, sin tocar jamás el fondo. Circundado de tinieblas en su descenso, empezó á iluminársele de improviso la temerosa hondura oceánica. Veía, gracias á una luz que no era la natural tamizada al través de un espeso monte líquido, sino una como luz interior del océano, la cual, difundida en el agua, se mezclaba con ella, hasta ser las dos juntas una misma substancia luminosa, Veía el agua y las cosas que flotaban en ella. Su vista llegó á recorrer inconmensurables distancias, percibiéndolo todo con una claridad inconcebible.

Abajo, en lo más hondo, se le apareció la tierra con sus valles, colinas y montañas. Muy cerca de él pasaron, deslumbrándolo, millares de peces diminutos, de ojos resplandecientes como gemas y de cuerpos en apariencia labrados y pulidos como joyas.

En este mismo instante se interrumpió el sueño.

Tulio examinó una tras otra las cosas de su cuarto, siguió el solícito ir y venir de la sirvienta, contempló un cierto tiempo la ventana por donde entraba en la alcoba la risa del sol, y se preguntó si los peces fulgurantes que acababa de ver no serían en realidad los vividos chispazos de la neuralgia, empeñada to-

davía en describir, en el fondo de los ojos, el círculo de fuego de su ronda importuua.

Pero, apenas formuló esa duda, cuando se halló otra vez en medio á la transparencia del agua, cogido en las redes misteriosas del sueño. Cerca de él volvieron á pasar los peces, refulgentes y exiguos, como joyas que nadasen. Volvió á ver la tierra del fondo, con sus valles, montañas y colinas. La densa lámina de agua, como una hamaca transparente, lo balanceaba en el abismo, transportándolo de una parte á otra. De esta suerte llegó adonde se alzaba de la tierra, penetrando con impetuosidad en las aguas, como un deseo irresistible, una montaña purpúrea. Tal vez una montaña de coral; tal vez alguna inmensa columna de lava salida de las entrañas de la tierra, para cuajarse, en la gloria de su color, al húmedo beso de las linfas. En su mayor altura esplendía algo muy blanco, de extrema candidez, como un gran lirio abierto sobre una montaña de rosas. A muy corta distancia de donde blanqueaba esa cándida flor gigantesca, se dilataron, con el asombro del prodigio, los ojos de Tulio. En el seno de la blancura chispearon, como vivas turquesas, dos ojos glaucos: los glaucos ojos de Belén; se agitaron, como pétalos, dos labios por cuya curva de flor se deslizó el alba de una sonrisa: la sonrisa de Belén; y, en el gran lirio abierto

sobre una montaña de rosas, Tulio reconoció á Belén que lo esperaba, le hablaba, le sonreía. Después de creerla desaparecida por siempre, encontraba á la novia. Y como si de propia voluntad se orientase, dejando de balancearse al capricho del columpio cristalino, en un impulso de amor fué hacia la novia, á echarle los brazos al cuello. Pero en seguida hubo de retroceder con un gesto de angustia, pues, en vez de ceñir el cuerpo de la novia, se encontró ciñendo el de una leberíntica madrépora blanca.

Todavía con la amargura del desengaño volvió del sueño.

Y el sueño se renovó muchas veces con la visión de la montaña de púrpura, en lo más alto de la cual se levantaba la imagen de Belén como un lirio. Tulio no osaba acercarse, temeroso de ver á la novia convertirse en madrépora. Desde lejos hablaba y sonreía á Belén, y ella le sonreía y hablaba. Reanudaban su diálogo de amor interrumpido, como si no los tuviera separados la muerte sino una fútil reyerta de novios. Hablaban y sonreían. Tulio empezó á vaciar su corazón de cuantas cosas dulces habia atesorado en él para la esposa. Y le explicaba á Belén el porqué ya esas cosas no eran muchas: la mayor parte, como nunca llegó la esposa, habían comenzado á morirse dentro de él, cuando no siguieron una

por una el camino de sus ojos, deshechas en lágrimas.

Cuando, por último, el sueño se desvaneció para no renovarse más en todo el día, le pareció á Tulio venir de muy lejos, trayendo en los labios la salsedumbre de la ola. Su cuerpo manifestaba el cansancio de todos los mares, como si todos los hubiese recorrido. Y no vino del sueño como las otras veces: al principio viajó, como antes, cubierto de agua, rodeado de agua, sostenido por una lámina de agua más firme; en seguida erró mucho tiempo sobre la superficie del mar, entre una llamarada de sol, en el fondo negro de un esquife con apariencias de urna, para salir del sueño como si entrase en el silencio de un puerto invadido, á causa de su abandono, de infinitas algas que cedían al paso del esquife, desparramándose á uno y otro lado con suaves ondulaciones de cabelleras. Y Tulio, sobre el encanto de aquel rumoroso desparramarse de cabelleras, despertó, volviendo á ver los objetos de su alcoba, el solícito ir y venir de la sirvienta y las risas del sol en la ventana. Luego, todo su cansancio desapareció, mudado en una dulce modorra de sus miembros y en aquella gran placidez que bañaba su rostro, próxima á despuntar en la sonrisa.

Ocampo, sorprendido, lo observaba y exa-

minaba, haciéndole vagas preguntas. Parecíale Tulio como un hombre que estuviese por dar buenas noticias, y sin embargo las callase. "¿No habría soñado la sirvienta?"—pensó. Y en alta voz:

—¿Por qué no has abierto la ventana? Ya en la atmósfera no queda ni una chispa de frío. Verás.

Al abrir la ventana, Ocampo sintió, si bien mucho más desvanecido, el mismo olor que le salió al paso cuando él entraba en la alcoba.

"¡Ah!" dijo, volviéndose á Tulio. Pero sin expresar lo que en ese instante le atravesó la mente, prosiguió:

—Deliciosa está la temperatura, y el día espléndido. El cielo está azul, muy azul, y el aire tibio. Acuérdate: *fin de Abril, rosas de Mayo:* son los días mejores. Y ninguno como el de hoy para que salgas... Nada, hoy te llevo conmigo, quieras ó no quieras.

—Cuando gustes.

—Pues ahora mismo, ahora mismo. Salgamos antes de que el sol se ponga. No tienes que llevar nada, ó bien lo que desees te lo lleva en un coche la sirvienta: en casa todo está listo esperándote. Nos iremos caminando poco á poco por la orilla del Sena. Caminando, charlaremos, y tú harás ejercicio. Te lo agradecerán mucho las piernas, que las debes de tener como garrotes. En un salto nos

llegaremos á la plaza del Châtelet para donde tengo una cita. Con Borja ¿sabes?... Don Miguel Borja. Conmigo es muy bueno: en cuanto llega á París, ya está invitándome á esto y á lo otro, y yo excusa y más excusa. Pero hoy no cambio por nada la alegría que me das con tu vuelta. Con Borja hablaremos un rato, bebiendo algún aperitivo. Después, tras la indispensable invitación, la indispensable excusa, y á casa. Á casa, á festejar la vuelta del hijo pródigo. En marcha, en marcha, Tulio.

Y salieron.

—Borja es un magnífico sujeto. Llegó en el mismo vapor que tu... familia.

—Es verdad. En Saint Nazaire me saludó.

—¡Ah! ¿Lo conoces?

—Mucho, pero como á tantos otros, muy superficialmente, porque apenas lo he tratado.

—¡Es lástima! Aunque no me extraña, pues él está siempre yendo y viniendo. Tampoco tú has parado mucho en París, y no es de extrañar que no se hayan tropezado ustedes cuando él ha venido, estando tú en Europa. De otro modo, yo los hubiera...

—Aquí nos encontramos tan sólo una vez, muy de paso.

—Nunca se le puede ver sino de paso. Y no aquí únicamente: en dondequiera es lo mismo. Es como alguien que huye... Además, no es nada fácil, ni aun encontrándole muchas veces, poderse decir amigo de Borja. Es de aquella especie de hombres que se aprenden á querer, como se aprende á saborear ciertos manjares de sabor disimulado y ambiguo. Se

requiere maña y tiempo. Su exterior frío no está hecho para atraer, antes repugna. Adivínase una esquivez hostil bajo su urbanidad obsequiosa de viejo cortesano. Detrás de sus modos corteses, la mayor parte de los hombres da contra una muralla imprevista. Algunos guardan, de su primer contacto con él, una indeleble impresión de disgusto. Y me explico ese disgusto por cuanto yo mismo sentí en nuestro primer coloquio. Fué la misma sensación, dulce al principio, enojosa después, de quien bruscamente pasa de la luz y tibieza del día á la húmeda noche de un panteón subterráneo. De su voz, de todo él se exhala una frialdad irreductible; como la de un muerto; y semejante frialdad la he observado después muchas veces, en casi todos los que han sufrido mucho. Es como una máscara de dolor... Borja es casado. ¿No lo sabías? Nada tiene de singular: sé de algunos que con él han viajado y vivido, y como tú lo ignoran. Se trata de una historia de hará un cuarto de siglo, más ó menos. El frisa hoy con los cuarenta y nueve ó cincuenta años, de suerte que para aquel tiempo estaba en la flor de la vida. Joven, rico y soltero, fué de la sociedad caraqueña de entonces prez y orgullo. No se concebía sarao, baile, ni otra fiesta ninguna de la buena sociedad sin Miguel Borja. Él era como el centro necesario adonde todos

convergían, ó como el sol á cuya liberalidad reclamaban la gracia de la luz toda una rendida corte de planetas. El rancio fondo caballeresco de la raza brotaba de él en renuevos de verdor exquisito. Aficionado á la música, el primero en el baile y el primero en lo cortés, ejemplo de discreción, y muy diserto en el decir, tras él iban los petimetres en agraz, remedando sus maneras, mirándose y estudiándose en él como en el dechado y espejo del buen tono, y acatándolo y sometiéndose á él como á un indiscutible maestro de elegancia. Y como su elegancia, ducha en su propia sencillez, la realzaban muy buenas prendas personales y la enjoyaba la riqueza, mariposeaban á su alrededor ganosas de arder en la lumbre de sus ojos, las más tiernas almas femeninas. Ninguno como él para guiar la más complicada contradanza, ni para conducir con bridas de oro la conversación y el galanteo, ni para ejercer de *chevalier servant* á juicio de las damas, ya éstas fuesen jóvenes, viejas ó maduras. Las más rígidas matronas lo deseaban para sus hijas casaderas. Con todo eso, nada frívolo: cuidaba de su haber cuantioso, consagraba largo espacio á la lectura, y profesaba, cosa la más extraña en su medio, una desmedida afición á las ciencias naturales. Y así para sus obligaciones de elegante como para sus demás gustos y obligaciones no le

faltaba nunca el necesario vagar, merced á esa virtud poderosa del método, con la cual prospera y se enriquece una vida, hasta parecer, no una vida sola, sino el compendio de muchas. Herborizaba, y coleccionaba al mismo tiempo cuanto animalejo se cría en la luz de nuestro verde valle deleitoso. Uno por uno visitó los barrancos del Avila. Y paralelamente á sus colecciones de botanista y entomólogo, ordenaba una serie de notas de sabor literario y científico, pergeñadas, al decir de algunos, en un estilo tan sin tilde y claro como el de su elegancia pulcra y neta. Era, pues, un hombre casi perfecto y dichoso hasta donde es posible. Pero un día prefirió, á ser amado de todas, el serlo de una. Se enamoró, se casó, y fué infeliz á la vuelta de tres años. Del blanco sueño de su felicidad lo despertaron su mujer y un amigo. Fué el adulterio vulgar con sus vulgares *marionetas:* el amigo sin escrúpulos y la mujer de cabeza de pájaro y deseos de leona. En Borja la vulgaridad no hizo mella. Ni siquiera el dolor quebrantó en un punto el estilo de su dandysmo impecable. Puso al dolor un disfraz de sonrisa, y esperó hasta dar en la certidumbre. Entonces, tomó á la mujer de la mano y la devolvió á su familia. Al padre de ella le dijo poco más ó menos de este modo: "Ella creyó quererme y se engañó; yo la guardé y honradamente la quise

mientras duro su engañó; hoy la devuelvo á usted, porque ya de hoy en adelante no la podré amar honradamente." Lo demás lo declaró la misma confusión de la culpable. Las bocas malévolas no se abrevaron en la miel del escándalo, porque verdadero escándalo no hubo: nadie se enteró sino al cabo de mucho tiempo de aquel desenlace imprevisto. Cuanto al amigo infidente, con gran sigilo y prontitud se puso en salvo. Y Borja, dos veces burlado, se encerró largos días entre las cuatro paredes de su alcoba. Cuando salió de ahí no había cambiado sino en esa frialdad que deja en quien se le acerca una indeleble impresión de disgusto. Es como una máscara del dolor, si no es el dolor mismo que, después de pasar al través de las más infernales torturas, cuajó en un bloque de hielo. Desde ese momento olvidó muchos de sus muelles hábitos de sociedad, y sus notas y excursiones de entomólogo y botanista, no conservando de toda su vida pasada sino el amor de la lectura, el cuido de su hacienda y la elegancia de su persona. Desde ese momento, va y viene como el judío de la fábula. Es como alguien que huye... Apenas ha llegado, cuando ya está de partida. Una vez, por lo menos, viene á Europa todos los años, pasa unos días en París, viaja dos ó tres meses por alguna comarca adonde lo lleva la curiosidad y el estudio, y luego, otra

vez á la mar, con el propósito de hacer lo mismo el año venidero, ó en ese mismo año, como sucede en ocasiones. Cuenta ya un número enorme de travesías. Ya lo conocen todos los empleados de los vapores trasatlánticos... y hasta las gaviotas del océano.

Por dos veces, mientras narraba de esta manera la historia de Borja, Ocampo creyó distinguir una expresión muy singular en el rostro de Tulio. Este caminaba en silencio junto á él, considerando el verde claro de las hojas en las copas de los árboles, ó el verde turbio del agua en la cuenca del río.

Y como Tulio no rompiera el silencio, Ocampo siguió:

—Cuantas veces pienso en la historia de Borja, mas me afirmo en mi vieja intención de no casarme. Para mí, ese adulterio fué siempre motivo de perplejidad y asombro. ¿Cómo se puede estar libre de engaño, cuando no lo pudo quien, además de tener un corazón bueno y leal, abundaba en el talento que sobre todos los otros loan y ensalzan las mujeres, de la más perfecta á la más frívola? Y luego, luego... el matrimonio se inventó para las gentes pequeñas, muy mediocres, ó muy nulas. No es para quienes buscan la sabiduría; aún menos para quienes llevan algo por dentro, siquiera sea el más humilde germen de una obra. Para éstos, la influencia de la mujer

es detestable, si no es una influencia remota como la de una estrella; lo ha dicho el filósofo, y tanto la razón como la experiencia avaloran su dicho. Su influencia no es benigna sino cuando es como una influencia de astro. Por eso, quienes persiguen la perfección, ó van tras la sabiduría, ó llevan dentro de sí el germen de una obra, han de amar á la mujer como si adorasen al sol, que de muy cerca abrasa y de lejos fecunda. Han de amarla y tenerla presente, pero siempre inaccesible, como la famosa Laura del Petrarca. Imagínate al poeta arrastrando por el mundo, en vez de ese tipo ideal de mujer, á la mujer misma, y en la crátera impoluta de sus cantos beberíamos aguachirle ó vino débil, no exquisita miel de amores. ¿Y si esto acontece con el poeta, cómo no acontecerá con el hombre de lucha? Suponte á Bolívar con hijos y mujer, no viudo á los veinte años; y con sólo formular esta hipótesis, convendrás en que muy otro habría sido el destino de algunos pueblos de América. Aun así, viudo y libre á los veinte años de su edad, gran riesgo corrió de ni siquiera presentir la grandeza de su obra. Víctima del amor y de su estéril tristeza mortal, estuvo á punto de sucumbir á la tristeza. Con su genio, la independencia de su país habría naufragado quizás en una lágrima, si cuando él lloraba su viudez inconsolable en esta misma Europa,

no hubiese tenido junto á él á su maestro, aquel Simón Rodríguez no comprendido de sus contemporáneos—porque se adelantó en la América de su tiempo al europeo socialista de hoy—el cual supo serenar el espíritu del futuro grande hombre, limpiándolo de la duda y la tristeza, hasta enderezarlo poco á poco á los intentos más altos y viriles. Fué Simón Rodríguez quien lo salvó del desencanto prematuro, de la inútil desesperanza, haciéndole ver, más allá del melancólico paisaje de su amor, otros paisajes más dignos de una vida de hombre, en la política, en el arte y en la ciencia. Pero aunque el buen maestro quiso atraerlo, con su fortuna, á las conquistas é investigaciones de la ciencia, el discípulo se dió á buscar por sí mismo su propia vía, hasta entrar en la vía más de acuerdo con aquel momento de la historia, con el mal de su país y con la índole de su raza.

De nuevo distrajo á Ocampo la singular expresión de los ojos de Tulio, fijos en el agua del Sena.

—¿Qué tanto ves en el río?

—Nada—respondió Tulio, pálido y algo trémulo—nada: veo cómo el agua corre.

—Pues debes de tener visión muy perspicaz, porque, á pesar de los diques, para mí es como si no corriera nunca. Apenas me he enterado alguna vez de si el agua del Sena corre

ó no corre, ahí donde el río y el canal se mezclan, después de ceñir el cuerpo de la *cité* con su terco abrazo de siglos. Y si bien no he viajado por ninguna parte de Europa, me imagino que lo mismo ha de parecerme del agua en todos los demás ríos del continente. Quizás yo no la sepa ver sino corriendo entre los diques de nuestros montes, ó á través del escenario de nuestras llanuras.

Á ese punto, cortando el agua del río y alegrando los ojos, pasó un vaporcito como una visión de fiesta. Lleno de pasajeros de proa á popa como un gran racimo humano, relampagueó un segundo, evocando tal vez, en el seno del agua muerta, una pobre ilusión de vida. Sobre el abigarrado tropel de los paseantes, la tibieza primaveral se denunciaba en sombreros de paja numerosos. Luego, el vaporcito y su carga humana se insinuaron bajo una ceja del puente más próximo, desapareciendo en el ojo del puente, como en un ojo de gigante la visión de un policromo insecto minúsculo. De su paso, en la órbita de piedra quedó alargándose, encogiéndose, formando círculos, representando sobre las paredes de la bóveda, entre pálidos reflejos glaucos, heroicas batallas de espectros, la múltiple sombra de los tumbos del agua reciamente conmovida.

—Mañana, si hace buen tiempo, nos iremos

también nosotros á pasar todo un día fuera de París, á Meudon, á Saint-Cloud, no importa á dónde, ¿sabes?

Con Borja, en la plaza del Châtelet, estaba Alejandro Martí, el músico. De algún tiempo atrás no lo veían Tulio ni Ocampo. Á Tulio le había escrito, excusándose de ir hasta la *Avenue Montaigne*, una carta de pésame noblemente comprensiva y cariñosa. Lo absorbía y desbordaba el trabajo, en su empeño de llevar á pronta y feliz coronación la más alta obra de su vida; también lo retenía su diaria y áspera faena por la conquista del pan, y sobre todo, el cuido inquieto y nimio de su casa, con la preocupación constante de no introducir ni la sombra de un recelo en aquella atmósfera de amor, con la preocupación continua de poner siquiera una semblanza de bienestar en el aire de aquel apartamiento pobre y angosto, suspendido en los altos de un hotel de Montrouge, donde su mujer y sus tres hijas, ante el porvenir lleno de incertidumbre y amenazas, para darse confianza y brío, se acurrucaban una contra otra como pobres golondrinas amedrentadas del invierno.

Apenas concurría ya, en la orilla clásica del Sena, á los lugares más frecuentados por sus compatriotas jóvenes. Limitábase á raras apariciones fugitivas. Llegaba y se marchaba de

improviso, dejando en los labios de los otros, al marcharse, el signo de la admiración ó el pliegue de la incredulidad, si no de la ironía ó de la burla. Más bien algo obeso, de rostro apacible, y siempre de levita y vestido de negro de la cabeza á los pies, tenía todas las apariencias de un buen pastor protestante. Sus manos parecían de continuo ocupadas en alguna ceremonia ritual, grave y solemne. Cuando, separadas de su cuerpo, se movían, arrollando y desarrollando algo entre los dedos, con el movimiento de hacer un cigarrillo —movimiento ordinario en ellas, porque él fumaba mucho—nadie las hubiera creído entregadas á una fría ocupación vulgar, sino atentas, con fineza exquisita, á proteger la albura frágil de una hostia. Sus palabras, á compás del ritmo de sus manos, difundían el perfume y el calor de un cristianismo ingenuo. Sin sombras de impureza, el cristianismo suyo estaba hecho de médula blanca de Evangelio amasada con sangre de su corazón y con apotegmas de claros doctores místicos. Lo embalsamaba además, como aroma de floresta virgen, el misterio fragante de una vaga secta obscura.

Sus compatriotas no lo entendían, y aun al principio se imaginaron que él se burlaba de ellos. ¿Cómo explicar á sus años, y en su cultura grande y fuerte, aquella fe tan cando-

rosa? Poco á poco, sin embargo, reconocieron su error, aunque así más bien se les aumentase el desconcierto, aprendiendo á ver en Martí, bajo el agua tersa de una inmutable serenidad, el oro del espíritu. Al través de sus palabras y acciones aprendieron á ver como al través de cristales muy puros. La sinceridad lo envolvía como un arroyo diáfano. Corría de sus labios, de sus ojos, de todo él, en particular de aquella su actitud acostumbrada en la discusión, cuando tendiendo el cuerpo hacia adelante, se apoyaba con las manos en las rodillas. Y á veces, una de las manos iba y venía, empeñada en reducir un reacio mechón de pelo obscuro á la blanda curva de la melena que, desde la frente, muy alta, desparramaba su escaso y liso raudal sobre el cuello, muy corto. En esa actitud se defendía con ardor, y al mismo tiempo con cierta reserva y timidez, como excusándose. Á nadie trataba de imponer sus ideas. No buscaba partidarios, ni los tuvo, á no serlo Pablo Grúas el pintor, llamado "el satánico" por su rara aptitud para desentrañar de la cosa ó el sér más apacible, como oculto germen diabólico, una línea ó rasgo capaz de adquirir, bajo la punta de su lápiz, las proporciones del más alto horror dantesco.

Sólo Ocampo no perdía ocasión de impugnar sus ideas filosóficas, pero al mismo tiempo

le cobraba, por su bondad y excelencia, un cariño profundo. Los demás replicaban afectando aires de burla, incredulidad ó ironía. Y esos mismos aires fueron volviéndose algo muy superficial, hasta convertirse en mera fórmula. Aunque en su mayor parte frívolos aquellos jóvenes, médicos ó estudiantes de medicina algunos, perfectos vividores los más, y unos pocos artistas, ocultaban debajo de sus aires de incredulidad ó ironía—especie de cobarde atenuación—el homenaje de un gran respeto. Respetaban en Martí al artista y al hombre, á un creador de belleza y á un maestro de la voluntad, proclamándole y reconociéndole interiormente superior á todos ellos, por haberse levantado y sostenido á esfuerzos propios, y por sostenerse aún de igual manera en aquella gran ciudad extraña, no como ellos, con el esfuerzo único de recoger la prebenda generosamente servida del ministro ó del padre. Sobre todo, lo respetaron cuando conocieron bien su historia, la más pura odisea de artista.

Había nacido para el vuelo y el canto, como un pájaro del bosque, á la linde de una mata llanera. En íntima comunión con la naturaleza bravía del paisaje natal se deslizó su infancia monótona y dulce. Precozmente, en la misma ternura de su niñez empezó á estremecerse un germen vago, una vaga aspiración, tal como

en el fondo de una campánula silvestre un débil é inesperado repicar de notas cristalinas. Desde entonces compartió su tiempo entre aprender á sacar sones de un violín resquebrajado y vetusto y recoger, tumbado boca arriba durante el grave letargo estival, toda la música dispersa en el silencio de las cosas, cuando no se empeñaba en seguir por el camino azul del cielo, con ojos de envidia ó amor, el viaje de las garzas.

Menos tranquila, su juventud se agitó en el ambiente enfermizo de la capital, desfalleciendo de cansancio y marchitez como una planta exótica. Buen hijo de la provincia, Martí, en la capital, conoció la nostalgia del terruño. Y triunfó de la nostalgia, sin dejarse llevar como la mayor parte de los otros, débiles hijos de la provincia, á un desarraigo funesto. Más bien depuró, conservándolo como un avaro, el buen perfume de tierra condensado en sus nervios de campesino por una larga ascendencia de labradores. En ese perfume estaba todo el secreto de la voluntad que, sin desmayos ni flaquezas, por entre los comienzos más duros, lo llevó hasta la única cima adonde se podía ascender en su país por el camino de su arte. En él, para entonces, ya se había realizado la más completa unión del arte con la vida. El hombre de voluntad y el creador de belleza iban en él como dos gemelos de igual perfec-

ción y distinta hermosura, siempre de acuerdo el uno con el otro. Mientras ganaba el pan de su cuerpo con lecciones de piano á señoritingas obtusas, proveía al sustento de su espíritu en el hogar de su vida interior, cultivando y embelleciendo esta vida como un jardín cerrado. Con la savia de su juventud creaba flores, y con éstas, de tiempo en tiempo celebraba, en todo el ámbito de su jardín, la primavera de la música. Eran flores frágiles, trabajadas con la substancia inmaterial del sonido, vaga y efímera si el arte no la transforma en substancia dura y eterna. Algunas alcanzaban, perdurando, la más gloriosa fijeza artística. Y la mayor parte, sobre todo cuando el jardín, muy pequeño, no bastaba á su carga de flor, se desbordaban de él, en sonora lluvia de pétalos impalpables, á colmar la honda melancolía del violoncello, á mitigar la perenne tortura del violín, ó á danzar por sobre las blancas teclas del piano, entre dulces discreteos amorosos.

Así, creando, trabajando, tropezó una vez con su ágil azadón de jardinero en un hallazgo divino. Y el júbilo del más feliz buscador de tesoros, apenas fué comparable á su júbilo. Como reinas muertas, en áureos lechos bordados de pedrería, entrevió algunas leyes de la música, desconocidas ú olvidadas. En vano cerca de ellas habían pasado innumera-

bles generaciones de artistas. Ninguno las reconoció, ó más bien ellas no se dejaron conocer de ninguno. A nadie, antes de Martí, revelaron su augusto secreto; pero nadie, antes de él, bajo sus ricas mortajas cuajadas de gemas, palpitaron sus cuerpos vivos y armoniosos. Esperaban al artista limpio de corazón y de ojos castos, digno de poseerlas... Y á los ojos puros de Martí no se esquivó ni un punto de sus cuerpos, ligeros como llamas.

Pero si se dejaron poseer del artista limpio de corazón, ellas, á su vez, poseyeron al artista, presentándole como gaje de gratitud, en sus frentes de reinas restauradas, la cifra de su destino y de su gloria. El encontraba en ellas á un tiempo la razón y la obra de su vida. Su obra consistiría en estudiar esas leyes, en comprobarlas y divulgarlas por el mundo. Las verificaría en las obras de los maestros, en la música del pueblo, anónima y sencilla, y en su propia obra de creador, entretejida como un comentario ingenuo al pie de su obra de teorizante. Luego, cumplido este primer trabajo de examen largo y difícil, con un libro que fuese granero de testimonios, las promulgaría desde uno de aquellos focos de arte esparcidos por el mundo, en medio de la fealdad, como solitarias cumbres blancas de belleza. Así bajarían más pronto al alma de las multitudes, ahuyentando de la

faz del arte nuevo, con su mera enunciación, más de una sombra pesimista. Inútil, de otra parte, publicar, en su lengua y en su país, trabajos de aquel género: seguirían siendo inéditos mucho tiempo después de publicados. Y al igual de casi todos los artistas modernos, al escoger entre las grandes capitales del arte, volvió los ojos á París como á la única digna de conceder, con sus manos cargadas de trofeos, el bautismo de la gloria. Víctima de la misma sugestión de tantos otros artistas modernos, pensaba que fuera de París no había, para ninguna gloria, consagración posible. Si París no le otorga derecho de ciudad, el mayor de los genios puede pasar desconocido, así venga al mundo en cualquiera nación populosa como en el fondo de las pampas. Al contrario, á cada instante se ve cómo, apadrinadas de París, la medianía y la misma nulidad ponen bajo su yugo al universo. Apenas balbucea París el nombre de un artista ó de su obra, cuando ya ese nombre discurrió en un vuelo por todas las latitudes, como si la fama, después de hablar en griego, y en seguida en latín, y por último en el español de los Felipes y los Carlos, no hablara ya sino en francés á todos los puntos del horizonte. Apenas los lineamentos de la obra se dibujaron dentro de él, Martí no concibió sino á la orilla del Sena, en el centro de París las pal-

mas y el clamoreo del triunfo; del mismo modo que no los habría concebido sino bajo el azul de la Ciudad Eterna, á la sombra de los laureles ribereños del Tíber, ningún general de Roma vencedor de pueblos apartados.

Llena con el doble designio de acercarse á París y de terminar la obra, su vida fué desde entonces como una preparación larga y paciente. Redobló su eficacia en la lucha por conseguir el pan de su cuerpo y el sustento de su espíritu. Bajo su esfuerzo redoblado fué desarrollando su vida, armoniosamente, como una flor blanca y sonora. La armaba de fe, la vestía de bondad y la colmaba de música. La trabajaba, sin él advertirlo, como la más pura de sus flores de arte. La trabajaba como una azucena, con la seda cándida y firme de su virtud; á la imagen y semejanza de una azucena en cuyo fondo se hubiese alojado, á fabricar panales de miel sabrosa, un enjambre de melodías.

Casado desde muy joven, su mujer, consciente compañera de artista, protegió su vivo sueño de arte, rodeándolo con una muralla de silencio. Alma abnegada y fuerte de varona, puesta de rodillas en el silencio, adoraba. Si él dejaba el sueño por la acción, cuando volvía de ésta chorreando sangre, ella vaciaba sobre él sus palabras como ánforas llenas de óleo. Sus palabras eran ánforas llenas de óleo

y urnas de silencio, porque al ella hablar, el silencio crecía alrededor de él hasta defenderlo como un baluarte. Pero ella no sólo adoraba y protegía al artista con un muro de silencio. Mientras él creaba melodiosas flores frágiles en el jardín cerrado de su vida interior, ella cultivaba otras flores—las hijas—como lirios de pureza en otro jardín, cerrado á los vientos del mundo. Cuando llegó la hora de la prueba, no la encontró desprevenida. Pensaba muy bien que nada podría deshacer su reino, su jardín, su hogar; que éste la seguiría adonde ella guiara los pies, porque ella lo llevaba en los pliegues de su manto y en sus virtudes de matrona. Y sin vacilar ni un punto, acompañó en sus peregrinajes al artista aventurero.

Este, al ausentarse de su país, vagó largos meses, casi un año, por las Antillas españolas. Fué de isla en isla, recogiendo las voces de la mar murmurante; sorprendió el alma de la danza criolla, alma de fuego, voluptuosa y esquiva; bebió sorbo á sorbo, como un vino, el desesperado lamentarse de los tiples, enfermos de amor, en las claras noches isleñas; y así fué depositando en su corazón un florilegio de romanzas y rapsodias, compuestas con todos los aromas que las islas, verjeles de la mar, ofrecen en holocausto al cielo desde sus nítidas vallas de espuma.

De las Antillas pasó á la América del Norte, en donde su alma se sintió desfallecer bajo la pesadumbre de una atmósfera impregnada de mercantilismo. Sus tímidos principios en Nueva York no le anunciaron nada de halagüeño. Muy pronto salió á su encuentro la miseria, amenazándolo con destruir la paz de su familia y sus proyectos de arte. Aunque su crisis fué relativamente corta, duró lo bastante para que él adivinase en el horizonte de su espíritu, rondando por las tinieblas, los trágicos fantasmas del suicidio y la locura. Por vez primera el desaliento, como uno de esos negros pulgones robadores de miel, entró en la cándida colmena de su vida; y por donde entró el desaliento, pasaron las tristezas, las dudas y los impulsos malos. Pero entonces fué cuando en Martí se ingertó aquel fragante misterio florestal de una vaga secta religiosa. Á poco de su iniciación en dicha secta, aprendió á ver muchas otras más, un sinnúmero de sectas más, corriendo y cantando como fuentes claras bajo la atmósfera turbia de mercantilismo. Eran como impetuosos renuevos de ideal, empeñados en romper la burda corteza de un pueblo de mercadantes. Uno de estos renuevos acababa de ingertarse en Martí, y del ingerto inesperado cobró su fe más brillo, su arte más delicadeza. Blanda luz mística bañó su fe y su arte, y la unión del arte con

la fe completó la unión, ya realizada en él, del arte con la vida. Por fin triunfó del desaliento; y los ultrajes que el desaliento le hizo los reparó, trabajando la flor de su vida con una seda más pura. De nuevo se abrazó á la confianza, y la fortuna volvió á sonreirle, porque repartiendo lecciones entre los hispanoamericanos y entre la misma gente yanqui á mucha señoritinga libre y pizpireta, en poco tiempo logró allegar cien veces más dinero del que habría podido allegar nunca en su país ni en las Antillas españolas.

Algunos años después llegó á París con la obra casi terminada. Prometíase, mientras llevaba sagazmente la obra á segura y cabal coronación, encontrar un editor para su música y otro para sus trabajos de crítica. Éstos, en forma de libro, debían, según sus planes, publicarse con simultaneidad en las lenguas francesa y española. Así, las leyes de la música descubiertas por él no tardarían en bajar, como la buena nueva del arte, al corazón de las multitudes. Poco antes de publicar el libro, deseaba exponer sus fundamentos y alcances en una clara conferencia pública, á la cual seguiría, corroborando sus discursos teóricos, una ejecución de varios trozos de música elegidos entre los de su propio acervo. Y aun antes de la conferencia y del concierto, y como en un previo ensayo y gusto de ambas

cosas, proyectaba consagrar, casa de él en Montrouge, las primicias de su trabajo á la no completa media docena de sus más allegados é íntimos. Desde luego se contaban, entre esos pocos favorecidos, Grúas, Borja y Ocampo. Éste, por su mucho frecuentar la colonia de la orilla clásica del Sena, muy bien podía encargarse de atraer á otros dos conterráneos, además de Tulio. De aquí la cita que Borja, en inteligencia con Martí, dió á Ocampo y reunió aquella tarde á los cuatro compatriotas en la plaza del Châtelet.

Ocampo, enterado del por qué de la cita, aceptó, además del encargo, la invitación, tanto en su propio nombre como en el nombre de Tulio, impidiendo á éste cualquiera negativa probable y pensando en sus adentros que, si las conferencias de arte y la música seria no eran muy á propósito para distraer las tristezas del amigo, no dejaba de haber tiempo sobrado, antes y después de la reunión en casa del músico, para diversiones de otro género.

Sentados del lado afuera del café Dreher, teniendo Ocampo y Martí por delante sendos vasos de cerveza, mientras bebían en copas llenas de ajenjo Tulio y Borja, ya de acuerdo los cuatro con respecto al día y la hora de su reunión futura, se dieron á conversar por el más amistoso estilo, discu-

rriendo acerca de las últimas noticias de su país propaladas por los viajeros, ó comunicadas por el cable, para luego seguir disertando sobre los más notables acaecimientos del mundo, llevados y traídos por la prensa de entonces.

Charlando y charlando, á un sesgo de la conversación, Ocampo y Martí se engolfaron como siempre en la disputa. Empezaban á impacientarse los dos adversarios, acusando Martí su impaciencia en el modo como echaba hacia atrás los mechones de pelo errabundo, y Ocampo en un cierto aspecto de su nariz que, de suyo muy grande, parecía en la disputa engrandecerse, como si en ella se condensara toda vida y expresión, hasta semejar un ser independiente y huraño, puesto en medio de la cara, entre los ojos, en actitud soberbia y agresiva. Borja entonces, torció el rumbo de la conversación y lo llevó por otros derroteros. Dijo de un proyecto de excursión por Suecia y Noruega, de otro proyecto de excursión por la Bretaña y la Normandía, y á partir de ese punto poco á poco se enfrascó en el tema de los viajes. Y como sobre ese tema no podían meter baza Martí ni mucho menos Ocampo, éstos optaron por callarse y oir, mientras Borja y Tulio departieron de sus viajes muy largo tiempo, casi como si estuvieran solos. Mutuamente se recordaban paisajes, re-

giones, tipos y costumbres. Á la postre, Martí se aventuró á observar.

—Parece increíble; ustedes han visitado y curioseado, si no todos, casi todos los países europeos, menos España. Igual omisión he podido notar en muchísimos viajeros de la América española, pero en ninguno me ha extrañada como en ustedes. Comprendo esa omisión en el viajante de comercio, ó en quien viene, forzado de su arte, como yo, á fijarse en esta ú otra ciudad; pero en quienes viajan por viajar, como ustedes, no me lo explico. Lo más natural sería que los hispanoamericanos comenzásemos por España á conocer á Europa.

—Es verdad—asintió Ocampo.

Borja se creyó obligado á justificar su conducta. En su caso no se trataba de esquivez ni desamor hacia España, como en otros. Al contrario, se trataba, no de la falta de amor, sino de exceso... Cuando él empesó á viajar, por unas tres veces intentó ir, y cada vez, á última hora, se le presentó un obstáculo. Más tarde, cuando no existía obstáculo ninguno, ya él no quiso. En su valija de viajero llevaba muchas decepciones. Ciudades que soñó alegres, le parecieron tristes; ciudades que en su imaginación vestía con todas las galas de la juventud, se le presentaron con caras melancólicas de ancianas decrépitas. Previó nuevos

desengaños, y se abstuvo. Como todo hombre en la vida, así el viajero en sus viajes debe tener siempre una reserva de ilusión, siquiera sea una sola ilusión intacta. Debe abstenerse de conocer algo de lo que se figure más hermoso.

—Y España—siguió diciendo Borja—para mí, que no tengo sino mezquinas ilusiones de viajero, es mi única reserva de ilusión: no quiero tocarla. No sé si me hago comprender de ustedes. España es para mí como una reserva de ilusión..., lo que es para todos los navegantes una isla; lo que son las Azores para los viajeros venezolanos, cuando en los transatlánticos franceses vienen de América ó regresan de Europa; lo que son todas las islas junto á las cuales pasamos y en donde no desembarcaremos nunca. Una mañana, después de varios días de cielo y mar, surgen del agua como oasis verdes. Primero divisamos la verdura de los montes; luego, poco á poco, alcanzamos á ver los caseríos blancos de la playa. Nuestra facultad incomparable de crear ilusiones entra en ejercicio. Imaginamos en la blancura de los caseríos una humanidad muy distinta de la que mancha los continentes: no concebimos en el seno de aquella blancura sino hombres no contaminados del mal de los otros hombres. Como viven rodeados del océano, los creemos puros. Lo mismo nos pasa

con el verdor de los montes y los prados. Fingimos, entre la verdura, innumerables deleites: la sana alegría de vivir, en medio á la canción fresca de las aguas, y un amor tranquilo y sano suspendido sobre el sueño azul de los pozos. Todo, porque pasamos de largo. Pues si el buque enderezara la proa hacia las islas y bajáramos á tierra, en la misma playa la realidad vendría á deshojar en nuestras manos la ilusión, la frágil flor divina. Y yo no quiero dilapidar mi reserva de ilusión... Prefiero seguir admirando á España de lejos, con sus grandezas y maravillas reales casi veladas por las otras grandezas y maravillas con que mi amor la sueña y la vislumbra.

Tulio confesó no menos finas razones. A él no lo había retenido el vano temor de una desilusión, sino un temor más grave. Temía que la realidad y el sueño se aviniesen para sojuzgarlo con una servidumbre irredimible.

—Nuestras almas—dijo—tienen raíces traicioneras. Cuando menos lo sospechamos, una de ellas puede clavarse en el suelo como en su propio medio natural, de un modo definitivo, y obligarnos á permanecer por siempre delante de un mismo paisaje, vario ó monótono, si no la rompemos en un esfuerzo desesperado, para entonces llevar al través de la vida el dolor de la ruptura. Mi patriotismo, suspicaz, teme, tratándose de España, las tre-

tas de las raíces traidoras. El peligro lo he columbrado, exagerándolo tal vez, en la misma atracción que sobre mí ejerce España y sobre todo Andalucía. Ningún poema en el mundo evoca en mi espíritu cuantas bellezas me sugiere el solo nombre de Córdoba, ó de Sevilla ó Granada. Y como ya una vez en mi familia existió alguien que se dejó hechizar de la tierra andaluza, el peligro no me pareció nada quimérico. Por esto renuncié al hondo y verde paisaje de la Vega, dominada por la Alhambra y el Generalife; á la atmósfera de Sevilla, cargada de olor de fábula y de azahar; y á ver la selva de columnas de la mezquita cordobesa, y su Patio de los Naranjos en donde surtidores parlanchines murmuran, y su Puerta del Perdón, en cuyo arco se sutiliza el arabesco hasta alcanzar la delgadez de un encaje imponderable y, detrás de la Mezquita, el puente de piedra desde el cual se divisa el Guadalquivir, esperezándose y retorciéndose, más allá de los Molinos, bajo el cielo diáfano, como un sueño de amor vuluptoso.

—Respeto—comenzó Ocampo después de un silencio—respeto las razones de ustedes, muy delicadas y exquisitas. Las respeto, aunque no las acato. Nuestra reserva de ilusión la llevamos dentro de nosotros en realidad, y sólo á nosotros incumbe guardarla y enriquecerla, Cuanto á nuestro patriotismo, ganaría

más bien poniéndose en contacto con la tierra española. Tal vez lográramos de ese modo vigorizar nuestras nacionalidades de América, endebles y mezquinas. Y quizás no esté lejos el día en que consideremos como nuestro deber más perentorio el ir en peregrinación, uno por uno, siquiera con el pensamiento, á robustecernos en las mismas fuentes de la raza. Llevados de la reflexión, ó sacudidos de los reveses, poco á poco despertamos á la conciencia de la raza los españoles de América y de Europa. En este sentido, la guerra hispano-yanqui fué para nosotros la más oportuna y saludable advertencia. Esa guerra de conquista nos manifestó muy clara la hipócrita actitud asumida, ya desde antes de la guerra, por el Imperio del Dollar frente á nuestras pobres y desmedradas repúblicas. Nos forzó á ver la cara temerosa del peligro. Y no conjuraremos el peligro sino volviendo á las corrientes de la raza. Ya no tienen razón de ser antiguas desavenencias y odios. Tampoco tienen razón de ser las vestiduras que, á título de préstamo, hubimos de otras naciones, para ocultar nuestros vagos tanteos primerizos. Me refiero á ciertas influencias de pueblos extraños que, si un día pudieron servirnos de aguijón, apenas pueden servirnos ya sino de rémora. Es un repugnante lugar común, cuando se habla de nuestras miserias, en particu-

lar de nuestras miserias políticas, valerse del socorrido argumento de nuestro origen español, como si este solo origen contuviese en germen todos nuestros males. Fácilmente se olvida cómo en la independencia las almas de algunos de nuestros más grandes libertadores trasplantaron á nuestra política, y pretendieron plantar de por fuerza en el seno de la raza, el espíritu francés, ó más bien el espíritu revolucionario francés, el cual viene desde entonces, con eclipses más ó menos largos, predominando en nuestra política y prosperando fuera de ella, á costa de nuestra vida original, es decir, á costa de nuestros hábitos y de nuestra lengua y literatura. El viejo y noble sentimentalismo francés, llevado á todas partes por la Revolución, si nos fué de algún beneficio, en cambio nos causó bastante daño. Esa y otras influencias debemos arrancarlas de nosotros, abandonándolas para siempre, como trajes que no nos vienen á la medida. Y entretanto apresurémonos á henchir de nuevo nuestras venas con ruda savia española. A pesar de las desigualdades y divergencias de la superficie, nuestra raza, como los grandes ríos, conserva su unidad impetuosa en el cauce profundo. Volvamos á la corriente de la raza, ó resignémonos á perecer en la degeneración y la ignominia. Manejara yo una pluma, siquiera como la de uno de

esos periodistillas indecorosos que viven á expensas de mi país, y no me cansaría de llamar á la conciencia de la raza á todos los españoles de este y del otro lado del océano. Ni hacen otra cosa los grandes acontecimientos desarrollados por la sobrehaz del mundo sino advertirnos, con su clarísima significación, cómo á las guerras de pueblo á pueblo han venido poco á poco sustituyéndose las guerras de raza á raza. Desde la guerra hispano-yanqui, todos los acontecimientos nos advierten lo mismo y en el mismo idioma. ¿Acaso no está haciéndonos igual advertencia la guerra de hoy, esa infame y grotesca guerra de casi toda la Europa blanca ligada contra el Asia amarilla?

—En verdad—insinuó Martí, empeñándose en una digresión de acuerdo con sus gustos —en verdad, el espectáculo que el mundo nos ofrece en este malhadado fin de siglo no puede ser más pavoroso. Después de la guerra hispano-yanqui, la guerra del África del Sur y la guerra de China, sin contar nuestras perpetuas luchas ignotas de más allá del Atlántico, ni las continuas marejadas del socialismo en casi todas las grandes naciones europeas. Mas tengo para mí que, si alguno de esos acontecimientos aislados pueden interpretarse como Ocampo nos dice, considerándolos todos reunidos en un solo manojo, nos reser-

van otra significación clara y profunda. Por lo menos, cuando yo así los considero, se me aparecen como síntomas precursores de una tremenda catástrofe. No sé si ésta sobrevendrá en los comienzos ó á mediados de la próxima centuria; pero seguramente caerá sobre nosotros como un castigo. Nos hallamos, como edificios desplomados, en vísperas de un derrumbamiento espantoso. Porque, así como del centro de gravedad los muros, los hombres venimos alejándonos del Evangelio. Todas las guerras y convulsiones vienen de ahí: de ahí proviene todo el mal...

—¿De habernos alejado del Evangelio? ¿El mal no vendrá más bien del Evangelio y del catolicismo?—preguntó Ocampo.

—No, no. Entendámonos: yo no hablo del catolicismo; éste fué el primer paso que dió la humanidad fuera del Evangelio. Y de entonces acá, entre la humanidad y el Evangelio, ha venido acentuándose, hasta ser casi completo é irremediable el divorcio.

—Pues el divorcio, amigo Martí, seguirá acentuándose hasta ser absoluto. ¿Por qué? Porque ese divorcio no depende de una causa arbitraria y exterior, sino íntima y permanente: del antagonismo irreductible entre la moral teórica y la moral practicada. Esta última es la expresión más ó menos encubierta de nuestros instintos, Muy encubierta cuando

se trata de hombres aislados, lo está menos cuando se trata de grupos de hombres, y de ahí la aparente contradicción entre la moral de los individuos y la moral de los pueblos. Y así sucederá mientras no nos arranquemos los instintos, lo cual no podremos conseguirlo de ninguna manera, aun menos con leer un código de moral teórica. De conseguirlo, ya por ello sólo dejaríamos de ser hombres, para convertirnos en una rara especie de brutos. Mientras tanto, el Evangelio seguirá condenando la guerra, y el hombre seguirá haciendo la guerra; y esto es lo que con más elocuencia nos dicen las luchas actuales. La guerra cambiará, se modificará, pero no desaparecerá nunca, sencillamente porque es el instrumento más fiel, rápido y seguro que para crear y avanzar tienen á la mano los hombres.

—Sin duda, sin duda—interrumpió Tulio, bebiendo en seguida á grandes sorbos de su copa de ajenjo.

—Y cuando por fin los hombres—prosiguió Ocampo—lleguen á darse cuenta de ese divorcio absoluto, de ese antagonismo entre su moral practicada y su moral teórica, entre sus instintos y el Evangelio, entonces, en donde ellos dejan lo pasado de moda y lo inservible, como cosa anticuada y sin valor, abandonarán el Evangelio, la moral de los esclavos,

—¡¡La moral de los esclavos!! He ahí otro síntoma precursor de la catástrofe inminente. ¡Ah! ¡Nietzsche, Nietzsche; siempre Nietzsche! Nietzsche es el Antecristo.

A esta salida, Borja terció riéndose, y ya se disponía á terciar con la palabra, cuando el mismo Ocampo se adelantó á su propósito. Acababa de ver en los ojos de Tulio, clavados en el fondo de su copa de ajenjo, la misma singular expresión de cuando poco antes miraba correr el agua verde obscura del río.

—No bebas más ajenjo, Tulio. Y vámonos, porque ya es muy tarde. Como estamos en los días largos de la primavera, en los días de largos crepúsculos, no advertimos el vuelo de la hora.

Los cuatro amigos, después de recordarse el día de su próxima reunión casa del músico, se despidieron.

Ocampo y Tulio se alejaron por el *Boulevard du Palais*. Ya en el puente *Saint-Michel*, Ocampo repitió:

—Es tardísimo. Apretemos el paso, porque, hoy sábado, Marta me espera en el Vachette. Por haberla hecho esperar, es muy capaz de sacarme los ojos. Afortunadamente vas conmigo, y me servirás de excusa.

Tulio habría podido entonces preguntarle si la influencia de Marta, por no estar dentro

del matrimonio, era lejana y benigna como la de una estrella. Pero ni él puso atención, ni hubiera sido capaz en aquel momento de una frase irónica: marchaba distraído, viendo por delante de sí, los ojos vagos.

Cuando Ocampo y Tulio llegaron, Borja y Martí conversaban sobre un caso de telepatía muy reciente y curioso. Al informar del tema de la conversación á sus nuevos huéspedes, Martí no se pudo contener, y provocó las iras batalladoras de Ocampo:

—Usted nos dirá, por supuesto: "fenómenos, fenómenos, puros fenómenos naturales del orden psicofísico."

—¿Por qué no? Simples fenómenos, bastante numerosos tal vez para llamar la atención, pero no bastante numerosos todavía para concluir de ellos absolutamente nada. Cuando tengamos un número mayor de casos parecidos, y uno por uno podamos estudiarlos con severa pulcritud en buenos laboratorios de psicología experimental, encontraremos la explicación más ó menos precisa de esos fenómenos. Entretanto, cualquiera interpretación es prematura. Lo más prudente es considerarlos como del orden psicofísico. Á nadie se le ocurre hoy atribuir nada de extraordi-

nario y divino á los fenómenos eléctricos; y, sin embargo, si un hombre de otras épocas hubiese podido ver en un instante las maravillas de la electricidad, hoy realizadas al mandato de nuestro capricho en todas las partes del mundo, las habría adorado como apariciones milagrosas. ¿Quién habla como de un milagro del telégrafo sin hilos? ¿Y quién duda que sin la intervención de un milagro no lo habría concebido jamás el hombre de otras épocas? Hemos descubierto, y manejamos la fuerza de la sugestión como una simple fuerza ordinaria. Pero si alguien, en plena Edad Media, la hubiera descubierto y dirigido al igual de nosotros, ¿no lo habrían echado á las llamas como nigromante ó brujo? Con los fenómenos telepáticos puede sucedernos la misma cosa; tal vez no sean, por ejemplo, sino una simple sugestión á la distancia, atributo de ciertas naturalezas, privilegiadas ó enfermizas.

En la sala se hallaban, además de Borja y Martí, la mujer y las hijas de éste, Grúas y un joven compatriota muy amigo del pintor, aficionado á las letras y á la música, de fuerte rostro balzaciano y de ojos muy abiertos, como azorados ó henchidos de asombro.

—¡Pues muy bien aprovecharemos el tiempo, si esperamos el dictamen de los laboratorios de psicología! Hasta hoy, semejantes la-

boratorios no han servido sino para fabricar las inepcias de todos tamaños que Alcan, el editor, propala en forma de volúmenes. En definitiva, esperando, lograremos leer algunos libros más, pero ineptos como los otros. Porque de todos esos libros, escritos por hombres que juran y perjuran, invocando la experimentación y la ciencia, y parecen condenados á ver una sola faz de las cosas, apenas obtendríamos, exprimiéndolos, una chispa de substancia. Y ni la ciencia verdadera ni la humanidad perderían mucho, en mi opinión, si á todos los volúmenes de casa de Alcan, hacinados en pirámide, les pusiéramos fuego.

—Esa es también mi opinión—dijo el último invitado que acababa de entrar—, y yo asistiría al estupendo auto de fe, ensayando, alrededor de la hoguera expiatoria, pintorescos bailes antiguos.

Quien se expresaba de este modo era un sujeto alto y cenceño, de movimientos algo zurdos, que parecía estar sonriendo siempre con un lado de la cara. Los puños de la camisa, excesivos, le ocultaban las manos, casi hasta la punta de los dedos. Llamábase Máximo Vives, y escribía, para algunos diarios y revistas de Hispano-América, sutiles críticas de arte y versos deliciosos.

—Me gustaría saber—continuó Martí—de qué modo se las compondrán para someter á

la experimentación, aun suponiéndolos accesibles á ésta, fenómenos como los telepáticos, tan vagos, aéreos y nebulosos de suyo. Y digo "suponiéndolos accesibles", porque los creo de todo punto inaccesibles. Jamás llegaremos, por vía de experimentación, hasta su íntima naturaleza. A lo sumo se llegará á clasificar y ordenar los casos más auténticos, después de haberlos dividido muy escrupulosamente de los falsos. A esto se reducirá el trabajo de los laboratorios. Y entre tanto, por lo que á mí toca, siempre veré, en los casos de telepatía, fenómenos de un orden elevado y sobrenatural, ateniéndome á la perspicacia de los pueblos, á una de las creencias más universales y antiguas, porque los fenómenos telepáticos, aunque parezcan nuevos por el nombre, son tan viejos como el mundo.

—El *consensus omnium*, además de ser indigno de usted, amigo Martí, porque está al alcance de todos y todos recurren á él, es un argumento muy traidor: sirve á las tesis más contrarias. De atenerse á él, sería preciso acatar el error geocéntrico y otros muchos errores, considerados como la verdad entre los pueblos antiguos. También debiéramos creer en cuantas divinidades puso la imaginación de la gente primitiva en el aire, las aguas y los bosques. Y, sin embargo, nadie se atreve hoy á discutir que nuestro mundo esté en el

centro del Universo, ni nadie cree tampoco en las ninfas y los faunos.

—¿Que nadie cree en los faunos y las ninfas? Pero tampoco nadie puede negar su existencia. Cuando más, podremos decir que no los hemos visto nunca. Tal vez existen, y no los vemos porque son impuros nuestros ojos, ó porque ellos habitan los más recónditos parajes. Ó tal vez ya no existen, porque han desaparecido con el andar del tiempo, como esas especies animales cuya existencia nos demuestran á cada paso los naturalistas, robando á las entrañas de la tierra algunos perfectos ejemplares fósiles. Además, muy graves historiadores refieren cómo en cierta ocasión llevaron á Roma un sátiro vivo. Y, según puede comprobarse en muy fieles narraciones, hace poco más de un siglo, en una playa de la costa armoricana, encalló una sirena moribunda.

Tulio, asombrado, preguntó:

—¿Una sirena?

—Una sirena. Muchos pescadores la vieron morir, y desde entonces algunos de ellos bordaron de fantásticas leyendas la blanca cenefa de la mar, y empezaron á comprender cuanto dice, lamentándose entre las dunas, el grito de la ola. ¿De qué nos maravillamos? ¿Después de haberse negado en todos los tonos la existencia de la serpiente de mar, un sabio y na-

vegante no acaba de afirmarla de una vez por siempre con su testimonio indiscutible? Su trabajo, si mal no recuerdo, se publicó en la *Revue des revues* no hace mucho. Así como la serpiente, quién sabe cuántas raras formas de la vida se agitan, ignoradas de nosotros, en las profundidades obscuras del océano. Cada verdad nueva, cada nueva conquista del saber—telégrafo sin hilo ó rayos Röntgen—descubre á nuestros ojos un horizonte de ignorancia. Por cada conocimiento adquirido, hay mil que esperan en sus criptas de sombra. Todavía ignoramos un sinnúmero de cosas de las que pueden caer bajo el examen de nuestros sentidos, y el caso de la serpiente de mar nos lo prueba; todavía ignoramos un sinnúmero de cosas de las que pueden ser descubiertas por nuestros medios de observación actuales, y siempre nos quedará por conocer un infinito de cosas, inaccesibles á todos nuestros medios de observación actuales y futuros. Este infinito es el infinito de lo sobrenatural, que colma nuestra vida y por todas partes nos rodea, porque está dentro y fuera de nosotros. En la menor palabra, en el menor acto de la vida común, hay un infinito de sobrenatural y de misterio. ¿Si no, cómo explicar las mudanzas bruscas, é injustificables en apariencia, de nuestro destino? ¿Por qué el menor suceso, como un paso dado en cierta dirección más

bien que en otra, produce una catástrofe? ¿No aparecemos, á cada momento, como juguetes miserables de un prodigioso taumaturgo? Parece como si un taumaturgo se la pasara, á nuestra espalda y en la obscuridad, trazando signos de mágico poder con sus dedos invisibles; y según la virtud puesta en cada trazo, ya el signo encierra nuestra vida, ya nuestra muerte, ó nuestra gloria. ¿Qué son la fortuna, el destino y el hado sino otros tantos nombres de lo sobrenatural y del misterio? Sin embargo, siendo lo sobrenatural, en cierto modo, lo más natural que existe, algunos hombres lo niegan, porque no lo ven; y no lo ven, porque de tanto leer la pseudociencia contenida en los libros de casa de Alcan y de Reinwald, tienen los ojos turbios. Lo sobrenatural se nos manifiesta en los fenómenos telepáticos, y en otros fenómenos, que son como súbitos desgarramientos del velo de Isis. En estos casos, lo presentimos ó adivinamos, y la verdad, adivinada ó presentida, no es menos verdad que cuando la confirman los hechos. Pero lo sobrenatural también se manifiesta de modo paladino á ciertos hombres dignos de la gracia, privilegiados por su fe ó su virtud, en figura de ángeles y genios maléficos y de ángeles y genios protectores. Yo sé de hombres que los han visto con sus ojos mortales...

Y Martí, esquivándose, valiéndose de muy

vagas alusiones, y como si se tratara de algo extraño á él, se puso á hablar de cuando en Nueva York el desaliento lo dominó, hasta hacerle pensar en el suicidio.

Á penas la idea del suicidio nació dentro de él, quiso realizarla, y en ese mismo instante se le apareció, convidándole á cumplir su siniestro propósito, una especie de "hombre" de sonrisa amable y vestido negro; pero, casi al mismo tiempo, del otro lado de él, surgió otra aparición, vestida de ropas cándidas, á cuya vista la primera, indudablemente un genio malo, retrocedió y se fué desvaneciendo poco á poco, hasta disiparse en absoluto.

—Y no podía tratarse de simples alucinaciones, como pudiera argüirse, porque el sujeto no presentaba rastros de neuropatía hereditaria, ni vestigios de abuso de alcohol, de tabaco ó de otros venenos.

Pero en vano Martí se adelantaba de este modo á una objeción probable: Ocampo no pensaba ya en rebatirlo, al fin desarmado como otras veces ante aquella credulidad tan candorosa. Como los demás, oía con recogida atención la palabra suave y ardiente del músico. Una sorda ansiedad, una rara inquietud, llena de recelos, reinaba en la salita. En los rostros de Tulio, Borja y Vives, había como una sorpresa interrogante. Ocampo, de minuto en minuto, miraba á todas partes con aire

distraído, para fingir indiferencia. El aficionado á la música y á las letras miraba también á todas partes, con ojos más que nunca henchidos de asombro, como si se preguntara si aquella defensa de lo sobrenatural podía servir de prólogo á la exposición de ningún trabajo artístico. Grúas examinaba á los otros, al soslayo, tratando de fijar en la mente sus diversas expresiones y actitudes. Hortensia, la mujer de Martí, iba y venía entre la alcoba y la sala. De todas las personas reunidas en ésta, las hijas de Martí eran las únicas que no expresaban inquietud ni asombro. Sabían adónde se enderezaba el discurso paterno; hubieran podido completar muchas frases del discurso, apenas comenzadas; adivinaban las palabras que lo salpicarían con más frecuencia, como salpican el boscaje las flores; tan íntima y armoniosamente vivían ellas en el padre, y el padre en ellas. De las tres, la mayor tan sólo—Piedad—, parecía distraerse de tiempo en tiempo, viendo por el balcón, hacia la calle, con mirada soñadora y pensativa, como con fugaces veleidades de una rosa que, en el recogimiento de su jardín cercado, soñara con la libertad y el sol de la pradera extendida más allá de los muros. Pero sus veleidades pasaban pronto, y su pensamiento volvía, con el de sus hermanas, á traer en ofrenda, á los pies del padre, su adoración

leal y sin límites. Con las flores del jardín cerrado de su mujer y las de su propio jardín oculto, Martí había ido componiendo un solo ramillete de músicas y aromas. En el alma de las hijas había transfundido poco á poco las riquezas de su alma: su arte, su bondad, su virtud, y aquel su misticismo encantador, empapado en la frescura de los lirios evangélicos. El gesto, la actitud y las palabras de ellas, revelaban el alma de él, tan perfecta era la comunión espiritual de padres é hijas. Aun suponiéndolas privadas de movimiento y de voz, puestas á la entrada del hogar á manera de momias guardianas de actitud inexpresiva, pero con sus nombres inscritos en sus frentes á guisa de diademas, los nombres de ellas—Piedad, Sofía, Anunciación—habrían bastado, por sí solos, á pregonar, como heraldos vestidos de armiño, el alma de belleza del padre.

—Y si de la vida pasamos al arte, ¿podrá negarse en éste la existencia y el predominio de lo sobrenatural?—preguntaba Martí, prosiguiendo su discurso.—¿Acaso no es lo sobrenatural eso que los filósofos y críticos de hoy han dado en llamar lo Inconsciente? Algo sobrenatural preside á todo feliz alumbramiento artístico. ¿Por qué, en lo más vano y ligero, como el sonido ó la palabra, el artista halla de súbito insondables minas de oro? ¿Por qué la

obra suele surgir de una vez, acabada y perfecta, como una planta que no se detuvo en su estado de germen, sino fué derechamente á la flor, volando en la saeta del tallo?

Y de pregunta en pregunta, como por una suave gradación, Martí llegó á dar en los motivos de su proyectada conferencia. Tan fácil é insensible fué el paso de un tema á otro, que nadie advirtió el cambio de tema, como si en realidad se hubiese llegado á la segunda parte de un mismo discurso, y no á otro discurso distinto. La disertación acerca de lo sobrenatural, resultaba, con respecto al explicativo delineamiento de la conferencia futura, el más adecuado de los prólogos. En efecto, algo de sobrenatural había en el origen de la conferencia, porque nada era más prodigioso que el modo como halló Martí las nuevas leyes musicales.

Fué durante una lectura del Evangelio. Leyendo y releyendo el Evangelio, éste lo deslumbró una vez, presentándole como en un relámpago, bajo su vieja significación moral, una significación nueva y no menos divina. La eterna palabra del Amor se convirtió para el artista en la eterna pauta de la música. Todos los misterios del ritmo se le revelaron de pronto en la palabra de Jesús, entre coronas de virtudes angélicas y de lirios del valle. El alma de la música vibraba á través del Evangelio,

acompañando las ingenuas prosas de los lirios. Cada parábola era una melodía inacabable, realzada por sobrias armonías discretas; cada pasaje, cada ejemplo era un torrente armonioso; y en cada máxima ó sentencia moral, iban resonando, como en esferas cristalinas, las eternas leyes de la música.

Según Martí, la existencia de las leyes descubiertas por él se confirmaba en el estudio y examen de los maestros, porque sólo por haber seguido, aunque inconscientemente esas leyes, los maestros nos dejaron obras de música inmarcesible. Pero como los hombres habían venido alejándose del Evangelio, poco á poco los artistas descuidaron ó abandonaron, también inconscientemente, aquellas leyes, y de ahí la actual decadencia del arte. Los artistas, como aseguraba Martí, se alejaron de las grandes leyes de la música encerradas en el Evangelio, en parte de un modo pasivo, siguiendo el movimiento general de los hombres, en parte de un modo activo, impulsados de una fuerza diabólica patente. Sin duda, con el Anticristo máximo de la filosofía, á todas las artes vinieron Anticristos menores. Y si Nietzsche era, en justicia, el Anticristo supremo, Wagner se presentaba como el "Anticristo menor" de la música. Las artes, como á su alrededor los hombres, tienen también sus ángeles buenos y sus ángeles malos...

En ese tono, usando con verdadera obsesión, á cada minuto, de las expresiones de "diablo", de artimañas diabólicas", y de otras expresiones por el estilo, habló Martí muy largo tiempo. Comenzaba por citar el versículo de donde partió á descubrir una de las nuevas leyes musicales, y luego se extraviaba en un dédalo de raciocinios, á cual más enrevesado y confuso, para acabar exponiendo las pruebas y los comentarios técnicos de cuanto decía, con gran abundancia de pormenores.

El aficionado á las letras y á la música iba de sorpresa en sorpresa, no sabiendo si admirar más el obscuro misticismo con que Martí ponía en su auditorio la inquietud y el calofrío del misterio, ó la nitidez y precisión incomparable con que atacaba los puntos necesarios de la técnica artística. El discurso de Martí se le antojaba una como serie de alternadas fajas de luz y de sombra: ya reconocía la justeza de apreciaciones del músico, ya se preguntaba, con seriedad y con un poco de escozor, si el músico no se estaría solazando á costa de sus oyentes. Pero este su recelo muy pronto se le desvaneció, para entonces antojársele el discurso, por su candorosa mescolanza de especies candorosas, algo así como un capítulo inédito del *Símbolo de la fe* del buen Fray Luis de Granada. La impresión de

Borja era muy semejante á esa del aficionado á las letras y á la música. Ocampo escuchaba con alternativas de plácida indiferencia y de furia silenciosa. Tulio, para sus adentros, formulaba sus diversas y encontradas impresiones con un "¿para qué vine?". Grúas lo hallaba todo muy original, y Vives no rompía de cuando en cuando el silencio con un entusiasta "¡admirable!, ¡admirable!", sino para hundirse de nuevo en una infinita admiración taciturna.

Todavía estaban sus oyentes combatidos por tantas diferencias de impresiones, cuando Martí cesó de hablar y fué á sentarse al piano. Y el piano, viejo y alquilón, bajo los dedos del músico empezó á balbucear, en su numerosa lengua marfileña, una historia peregrina.

Primero fué arriba, en el teclado, una nota muy tenue, como la que produce el caer de una débil gota de agua sobre un cristal sonoro; tras de ella vino otra, y otra, y otra nota semejante que llegaron, multiplicándose y cada vez menos tenues, á fingir el caer precipitado de una lluvia muy fina; al repiqueteo de la lluvia muy fina siguió el deslizarse tembloroso de un hilo de agua entre las altas hierbas; luego se oyeron las quejumbres, las canciones y las risas de la acequia rebosante; en seguida resonó el tumultuario estrépito del to-

rrente, y este mismo estrépito, serenándose poco á poco, se cambió en el rumor sereno y apacible del río, rumor que, á medida se hinchaba el río, fué haciéndose más grave y reposado, hasta desaparcer más lejos, en donde los grandes ríos, entre sus márgenes remotas, corren y se extienden con majestad oceánica, en medio al silencio más augusto. Sobre el silencio de las aguas del río, una canción pasó entonces, deshojándose, como la flor misma del silencio: se alzaba tal vez de lo más profundo del cauce, ó bajaba tal vez de las ribereñas y más próximas alturas, de los labios de alguna Loreley invisible que, al son de sus cantares, peinase con áureo peine sus cabellos de oro. Por un momento reinaron en la música la perfidia de la corriente silenciosa y la perfidia más dulce del canto. Después, como si un barquero en su barca se hubiese aventurado entre esas dos perfidias, la música remedó el encresparse de la onda y el remolino y la soberbia de las aguas, pasados los cuales el silencio anterior cayó sobre el río como una lápida sobre una tumba. Por fin, tras una corta pausa, la música remontó, evocando el tumulto del torrente, los murmurios de la acequia rebosante, el trémulo susurro de un hilo de agua entre las hierbas y el repiqueteo de la lluvia, hasta la nota primitiva, aislada y muy tenue, como la que produce el caer de

una débil gota de agua sobre un cristal sonoro.

Y Martí, después de significar, con un movimiento de la cabeza, que había concluído, se quedó al piano, arrancando á éste las primeras frases de la *Traumerei* de Schumann.

—¡Amirable, admirable!—exclamaron todos, encontrándose de acuerdo por la primera vez en la impresión y en la palabra de Vives. Todos, menos Tulio, que estaba pálido y sin habla, como un muerto.

Cuando habló, fué para decir á Ocampo, al emprender juntos la vuelta:

—¡A qué vendríamos!

-- De veras—aprobó Ocampo, sin comprender—, ¿para qué vendríamos? Alejandro Martí es medio loco. Sin duda, en su inteligencia hay más de un claro. No se explica de otro modo que diga tantos disparates y al mismo tiempo escriba una música tan bella. Toda su música es bellísima... Y cuantos despropósitos dice, los cree de muy buena fe, porque no es un charlatán cualquiera: es un degenerado... Un degenerado muy simpático y noble, de cuya vida se podría sacar la más curiosa de las novelas. Es un tipo de novela. Su buena fe no deja la menor duda. Basta escucharlo, para sentir cómo de muy buena fe se imagina, de levita, obeso y bonachón según el tipo clásico de un buen cura protestante, hallarse

ya explicando las *Delicias del Amor Conyugal* á las parejas de esposos y á los grupos de mancebos y doncellas que discurren por entre bosques de rosales y de olivos en el cielo de Swedenborg.

Como absorbido por una idea fija, Tulio exclamó de nuevo:

—¡A qué vendríamos! No he debido venir...

Y en seguida añadió:

—Todo eso es muy raro.

—Es verdad. Todo eso es muy raro—afirmó Ocampo, creyendo que su amigo aludía á las cosas del mundo.

—Más raro tal vez de lo que te imaginas...

Diciendo así, Tulio oprimió de tal modo con su mano derecha el brazo izquierdo de Ocampo, que éste, sorprendido, se volvió á verlo, y sólo entonces observó la agitación y la palidez mortal de Tulio.

—¿Qué te pasa? ¿Qué tienes? ¿Por qué estás como nervioso? Verdad que Martí perturba á cualquiera.

—No es eso, no.

—Entonces ¿qué te pasa?

—Nada ¡qué sé yo! Nada... Te diré otro día.

—¿Por qué no ahora?

Y Ocampo, viendo que no podía obtener de Tulio sino palabras incoherentes, acabó por insinuarle:

—Necesitas de reposo y de sueño, Tulio.

Pero Tulio esa noche se recogió muy tarde, y todo el resto de la noche lo pasó en vela, con su lámpara encendida. No durmió, desvelado con el miedo de que su lámpara se apagase, como si muerta la luz, la alcoba se le fuera á poblar de trasgos, fantasmas y espectros. Un terror sin límites lo mantenía en la cama, con el cuerpo sin movimiento, alerta el oído, y muy dilatados los ojos. Todo, porque un trozo de música le acababa de provocar el mismo sueño, la misma alucinación en que se recobraba y deleitaba poco antes como en un baño tibio.

Desde aquel en que por primera vez lo visitó, ni un solo día el sueño dejó de envolverlo como una caricia terca, generosa y dulce. Era siempre la misma rara sensación del baño, el mismo suave descender, balanceándose en una hamaca transparente y viva, y el mismo fantástico viajar por entre valles y colinas, en lo más profundo del océano, hasta la montaña de púrpura sobre cuya cima se alzaba la belleza de Belén, como un lirio abierto sobre una montaña de rosas. Y siempre Tulio hablaba, ó se imaginaba estar hablando con la novia, mientras el sueño no se desvanecía, ó la novia no se cambiaba en una rígida madrépora.

El sueño lo asaltaba en la calle, en el café, en todas partes, como un encantamiento súbi-

to. En apariencia espontáneo, se lo sugerían en realidad muchas cosas, como ciertas esmeraldas entrevistas en el escaparate del joyero, el follaje nuevo de los árboles, la turbia linfa del ajenjo y de otros licores, la onda glauca del río, y cuantas cosas le recordaban, por su color, las aguas del océano y los ojos de la amada. La fuerza de sugestión residía en los matices claros del verde. Cuando lo observó Tulio, ya esos matices, con tanta facilidad como el hipnotizador á ciertos histéricos, lo subyugaban con su virtud hipnótica. Y aparte esa virtud, aun cuando no lo llevasen hasta el sueño, los tonos glaucos lo mareaban con cierta misteriosa atracción indefinible. Era como si el mismo océano remoto lo atrajera, valiéndose de lo más dulces y desvaídos colores glaucos. Así, en días atrás, navegando sobre el Sena, más de una vez lo sorprendieron tentaciones de arrojarse al agua del río, y de abandonarse á la corriente del agua, como si el ímpetu de la corriente y su propio deseo formaran un solo y ciego amor, anheloso por dilatarse y desaparecer en el corazón del océano, amargo y profundo.

Entre esa atracción y el insistente encanto del sueño, la existencia de Tulio fué como un duermevela continuo. Del estado de vigilia pasaba con prontitud maravillosa al estado de sueño; y de éste cobraba Tulio, al principio,

fuerza y placidez como de un baño. Sentíase, después del sueño, rebosando en una serenidad casi divina, como si la sangre hubiese ido por todo él repartiendo ánimo y júbilo. Tenía por justa, aunque escasa compensación de su pérdida, aquel á modo de encantamiento, por el cual, á través de los verdes más pálidos, columbraba la imagen de la novia y hasta, según se prolongase el encantamiento, hablaba con la novia como si estuviera viva.

Pero un día, en medio de su placidez, lo inquietó la duda: se preguntó si era cosa natural aquel fenómeno peregrino de la atracción y encantamiento de los matices glaucos, ó si más bien no sería el principio de la traidora demencia. Desde entonces lo martirizó la duda, y el duermevela continuo, de grato como era, se le volvió enojoso; desde entonces, en vez de provocar el sueño, complaciéndose en él como antes, lo evitó, huyendo en lo posible de cuantas cosas le recordaban, por el color, las aguas del océano y los ojos de la amada.

Sin embargo, no por eso dejó el sueño de perseguirlo, causándole enfado y molestia; y la molestia se convirtió en verdadero pavor cuando Martí, al cabo de su larga defensa de lo sobrenatural, contó, sentado al piano, casi toda la vida del agua corriente, en la lengua de la música. Tal vez por el discurso de

Martí, surgió el pavor en ésta, y no en otra circunstancia. Lo cierto es que Tulio, después de recogerse muy tarde esa noche, todo el resto de la noche lo pasó con su lámpara encendida, y al día siguiente continuó evitando la sombra y la soledad, como si éstas fueran de pronto á poblársele de espectros. Era el mismo terror de cuando se representaba la casa paterna, en la obscuridad y el silencio nocturnos, llena con las mil sombras, vestidas de ira, de sus antepasados heroicos. Y como en ese tiempo, el terror le indujo á recogerse cada noche más tarde, á volver á casa después de infinitos rodeos inútiles, para los cuales inventaba, tratando de engañarse á sí propio, toda clase de ardides.

Por el día, entre la mala noche pasada y la mala noche venidera, empezó á beber mucho; y tanto del mucho beber como del poco dormir se enfermó, renaciendo en el fondo de sus ojos, como de su ceniza el fénix, la neuralgia.

Como antes, la neuralgia cedió al éter y á la morfina, y Tulio volvió á probar, en la turbia somnolencia de los narcóticos, la placidez primitiva del sueño. De nuevo se entregó á la rara sensación del baño en un agua profunda, al suave descender balanceándose en una hamaca transparente y viva, y al fantasmagórico peregrinar por la más honda sima del océano, en medio á la transparencia del agua, y de

tiempo en tiempo entre bandadas de peces, fulgurantes y exiguos como joyas.

Pasada la neuralgia, y tras de ella la dulce embriaguez de los narcóticos, reapareció el miedo irresistible. Pero Ocampo, ya de una parte advertido por la misma neuralgia, y alertado por la patrona, de otra parte, sobre el nuevo hábito de su amigo de guardar luz toda la noche, se dió á estrechar con sus demandas á Tulio, hasta arrancarle á jirones el secreto.

Muy doloroso fué para Ocampo el descubrimiento de la verdad, así porque le pesó no haber antes conocido la causa de las rarezas de Tulio, como porque vió sus bien combinados planes de terapéutica, desbaratársele de golpe. Eso, cuando juzgaba llegado el momento de acudir á la coronación de su terapéutica sentimental, recomendándole á Tulio el último remedio, bajo la forma de una amiga de Tulio y hermana de Marta, de nombre Fifina. Aunque el miedo á la soledad y el demasiado beber de Tulio favoreciesen la aplicación de ese remedio, Ocampo entonces lo repugnó, pareciendole muy poco legítimo y de éxito problemático. Ni ya era Fifina la más á propósito para desvanecer los males de Tulio. Se requería, dado lo agudo y complejo del mal, de cierta perspicacia y fineza de espíritu, y el espíritu de Fifina era como sus manos,

que, por lo ásperas y burdas, no armonizaban con las demás partes de su cuerpo, río de perfecciones.

Ocampo resolvió alejar á Tulio de París, de la ciudad malsana henchida de locos y degenerados de todos los pueblos, como su compatriota el músico. Reservándose aconsejarle después el regreso á América, si era preciso, le aconsejó un viaje largo por la misma Europa. Le dijo cómo un viaje en plena primavera debía de ser una delicia, y le prometió acompañarle durante algunos días por lo menos. Lo exhortó á no probar ninguna suerte de venenos alcohólicos, y á no usar, por ningún caso, de éter ni morfina.

Y Tulio, creyendo seguir los consejos del amigo, obedeciendo quizás á la atracción de los más desvaídos colores verdes, partió hacia las grandes rutas que guarnece la onda con el señuelo de su eterna sonrisa glauca.

Entre las costas del océano y las del Mediterráneo, se decidió por las últimas, aunque recelándose de seguir en parte el camino que proyectó para su frustrado viaje de bodas.

En los principios del viaje lo molestó el recelo; pero, contra todos los recelos y previsiones, la copa azul del Mediterráneo pareció verter en el alma de Tulio una paz infinita. En el mismo tren, más allá de Marsella, la primera desembarazada perspectiva del agua azul fué para los fantasmas de su terror como una ráfaga. Los fantasmas partieron, á morir en la transparencia del aire muy puro. Y Tulio, con maravillas de convaleciente, empezó á ver las bellezas del paisaje y á observar cómo el paisaje mismo variaba, obedeciendo á la marcha del tren, al trazo de la vía y á los caprichos de la costa.

Ya el mar se presentaba en una anchurosa perspectiva, ya en una serie de franjas fugaces, viniendo á cada paso á formar, entrando en la tierra hasta muy cerca de la vía y re-

dondeándose como un seno de mujer, una ensenada minúscula. En ésta, el zafiro del mar agonizaba, dándole vida al glauco más terso y glorioso. Entre ensenada y ensenada, la mancha casi negra de un bosque de pinos. En algunas partes, en lugar de pinos, olivos raros y enclenques. Por toda la campiña, á lo largo de la costa, los durazneros en flor se inclinaban coquetonamente á ver, en el hondo espejo de zafiro, sus trajes de seda rósea y blanca. Cerca de los poblados y al través de éstos, con las villas, empezaron á desfilar mimosas, muchas mimosas, todas con penachos de oro, llenas de racimos de oro, semejando servir como de soberbia avanzada al más arrogante de los triunfos. Por algunos instantes, en una villa, ciertos árboles de hojas bermejas ensangrentaron el dorado fausto de las mimosas. Con duraznos y mimosas, alternaron en seguida naranjos, limoneros y palmas.

Y tan absorto iba Tulio en admirar las bellezas del paisaje, que ya Ocampo ni pensaba distraerlo. Más bien Tulio señalaba de cuando en cuando á su amigo algunos pintorescos pormenores. Así, muy cerca de Cannas, con inesperada sorpresa y alegría, llamó la atención de Ocampo hacia un torrente que se precipitaba en el mar, saltando, gritando, deshaciéndose en espuma.

En igual disposición de ánimo perseveraba

Tulio, llegado á Niza, de suerte que Ocampo, días después, ya cumplida su palabra, y creyendo á Tulio, si no bueno, en camino de reconquistar muy pronto la salud, tomó la vuelta de París, adonde le llamaban sus inaplazables quehaceres.

Después de concertarse con Tulio para la oportunidad y manera de escribirse, Ocampo se fué, sin abrigar, con respecto á su amigo, ninguna clase de temores, por entender que, en éste, la juventud, con el grande auxilio de la primavera, no tardaría en reducir á su primitivo punto y vigor el sistema nervioso un si es no es desquiciado. Y en su pensamiento no se trataba de toda la primavera, sino de la primavera de Niza y de aquella parte de la costa mediterránea, inicial estación del viaje de Tulio, porque ahí toma la primavera un sello propio, así de la íntima belleza de los lugares como de ser éstos de los muy pocos donde, en nuestra edad prosaica, las aventuras florecen todavía. De ordinario florecen bajo la forma de la princesa de amor, eterna y fadada quimera de la juventud, ya en los verjeles y las calles de Niza, ya bajo los naranjos y las palmas de los otros pueblos costaneros, tal vez junto á las verdes mesas del Casino de Montecarlo, tal vez entre los bancales floridos que Montecarlo suspende, como un pensil de magia, sobre el sueño de la onda. Y la princesa

de amor trae nieve del Norte en las mejillas, cuando no viene del Sur, en donde el sol de Italia ó España doró sus carnes con el oro mate de las mieles, después de sazonarla toda como un fruto.

Pero Tulio, una tarde, entre los bancales floridos, en vez de la aventura de amor, halló el desasosiego más extraño. Le pareció como si un reproche volara hacia él de todas las flores abiertas. En particular, los pensamientos, medio ocultos en el césped, parecían perseguirlo como si fuesen ojos humanos cargados de reproche. Y como él creyó comprender este reproche, y lo encontró justo, se propuso apartarlo de sí, rescatando la falta que le imputaban las flores, cometida por él á expensas de otras flores de las primeras del año.

Con sólo formular este propósito, su desasosiego anterior se trocó en una inmensa y desconocida ternura. Fué como si de pronto se colmase de suavidad y tibieza, como si dentro de él, perfumándolo, se fundiesen, al calor de la sangre, muchas lágrimas de mirra. Luego, en la misma terraza de Montecarlo, hecho el propósito, lo sobrecogió la impaciencia de cumplirlo, impaciencia parecida á la de una primera cita de amor, que lo siguió hasta Niza aquella tarde, lo acompañó á la mesa en el *restaurant* del hotel, y no lo dejó en toda la noche. Pues, aunque durmió, la impaciencia lo

persiguió durante el sueño, y varias veces despertó con sobresalto. Cada vez, al despertar, *veía*, posada á los pies de la cama, una forma de mujer, de lineamientos vagos é indecisos, cual capricho de la niebla ó fugitiva apariencia fantástica de un claro de luna. Al hacer luz, el fantasma se desvanecía. Asomábase luego al balcón, á ver si ya en Oriente se abrían también los áureos balcones del alba. Pero cada vez por el balcón entraba, en una ráfaga de música y olores, la noche de primavera.

Cuando por fin despuntó el alba, se vistió aprisa, bajó á la calle, y estuvo errando por ella todo el tiempo que tardaron en abrirse las tiendas de flores. Después de comprar muchas flores de las mismas diversas clases de aquellas que él una vez, en un loco arrebato de furia, condenó á ser holladas por las ruedas de los coches y el pie de los pasantes, alquiló una barca y la llenó de flores; y la barca rebosó hasta semejar, con su carga de fragancia y de pétalos, un gran cesto florido.

Los dos remeros, dueños del bote, luego de preguntar "¿á dónde vamos?", como si no le hubiesen escuchado bien, se hicieron repetir la respuesta de Tulio:

—Mar adentro.

Y la barca, mar adentro, viajó largo rato sobre la sonrisa azul del agua inmóvil,

Quitando los ojos de la tierra y poniéndolos muy largamente en el agua, Tulio llegó á sentirse por dentro diáfano y profundo, como si la transparencia del agua se le comunicara á su espíritu. Se preparaba, con esa diafanidad interior, para el acto inminente, que había de ser sutilísimo y puro.

Al empezar los contornos de la costa y las casas blancas de Niza á confundirse y desvanecerse en los lejos, paró á los remeros con un signo, y comenzó con gesto solemne, tras una breve y honda meditación, á celebrar la fiesta del desagravio. Atónitos los barqueros miraban, como locura ó excentricidad costosa de inglés rico, aquella peregrina fiesta del desagravio de las flores. Tulio pretendía, con efecto, en flores de la misma especie, desagraviar á las que una vez fueron sus víctimas. Le bastaba, para eso, dar á las primeras el piadoso y noble destino que debió dar á las últimas. Á manos llenas, principió á rayar, con fragantes manojos de flores, el terso y fino raso del agua. Á poco, las rosas fingieron, oscilando entre los líquidos cristales, blancas y róseas vislumbres de carnaciones de ninfas, mientras las violetas punteaban el azul como ojos glaucos de sirenas.

A Tulio no le ocurrieron, ni antes ni después de su acto de piedad, las más naturales objeciones. Al contrario, se representó como

un absurdo el haber pensado, en su ya remoto acceso de ira, que no podía, sobre la tumba de Belén, hacinar flores á manera de túmulo, ni extenderlas á guisa de lápida. "¿Por qué no?" De todos modos, bien podía extenderlas á manera de lápida, si por la inconstancia de la onda no las podía hacinar como en un túmulo. Ni tampoco era preciso extenderlas, como pensó, en un punto fijo de la mar, sino en uno cualquiera, porque la mar, la tumba de Belén, aunque de nombre múltiple, es una misma: formidable y risueña, pérfida y amorosa. La mar es una misma... La misma ola va de país en país, de costa en costa, curioseando el secreto de todas las playas. La misma ola ríe en los escollos, canta en los arrecifes, teje, alrededor de las islas, cándidos arabescos, besa la frente de las rocas y el pie de los acantilados, y, con un suspiro muy leve, se desmaya sobre las dunas. La misma ola encierra en unas partes el alma del zafiro, y en otras resplandece con la verde llama interna de la esmeralda, cuando no es roja porque la tiñen de carmín las purpúreas eritreas. Como la ola, viaja la corriente, y cuantas pavesas hallan al paso la corriente y la ola. Así, las flores, arrojadas en cualquier punto de la mar, pueden ir hasta el paraje en donde Belén reposa, en lo más hondo del océano, muerta ó dormida. ¿Acaso las algas tropicales no sirven

de guirnaldas á las rubias ondinas del norte en los *fjords* de la Noruega? Las *uvas del trópico* ¿no van á coronar, como á dioses groseramente esculpidos en piedra, las rocas de Islandia? Las maderas fragantes del Asia ¿no van, con el alma de sus resinas, viajando al través del océano, á perfumar los arrecifes del trópico?"

Y Tulio seguía rayando con manojos de flores el fino raso del agua: y en tanto que las rosas fingían, en la pureza de la onda, róseas y blancas vislumbres de ninfas, las violetas punteaban el azul con ojos glaucos de sirenas.

Desde ese día, de vuelta de la mar, lo dominó otra vez el sueño, apenas modificado por algunos caracteres distintos. La novia ya no se cambiaba en laberíntica madrépora. Casi no hablaba, y cuando hablaba sonreía con gestos pudorosos. Por la sonrisa y por los gestos era la misma timidez muy dulce de los idilios castos. En efecto, gracias á los caracteres distintos y á la repetición del sueño, la fiesta del desagravio de las flores vino á ser el germen y principio de un idilio, desarrollado luego por la línea verde y azul de la costa, como una doble armonía de música y fragancia, desde los bosques de naranjos y limoneros de Niza y de Menton hasta los bosquecillos de camelias en las villas de Liguria.

El viaje de Tulio se volvió un continuo duermevela deleitoso. De tal modo iban en él mezclados la vida y el sueño, que difícilmente se hubiera señalado el punto en donde acababa el sueño y comenzaba la vida. Su estado de vigilia más completo lo cruzaban y frecuentaban fenómenos de interpretación difícil, fugaces y obscuros. A veces, ya de día, ya por la noche, estando en casa ó en la calle, *notaba* junto á él, junto á su presencia real, otra no menos real aunque invisible presencia. A menudo se volvía con la sensación precisa y neta de hallar alguien á su espalda; y aun al volverse contestaba, como si alguien lo estuviera llamando por su nombre.

Con semejantes fenómenos y los caracteres novísimos del sueño, fué dentro de él formándose, primero algo dudosa, luego más y más clara, hasta enseñorearse de su espíritu, la convicción de que Belén, caso de no vivir como antes vivía, al menos de cierto modo y en alguna parte vivía de seguro. El terror, sin embargo, no vino entonces á crispar sus nervios y á obscurecer su alma. Juntos más bien, el paisaje real y el ideal paisaje del sueño derramaban en su corazón un torrente de frescura idílica. Tan sólo en Génova, después de una visita al camposanto, lo aturdieron ciertas inquietudes, para huir de las cuales resolvió, abandonando la costa, en-

caminarse tierra adentro. Pero en Milán, adonde lo llevó el propósito de quedarse luengos días, no tardaron los más desvaídos colores verdes en perseguirlo como antes con su extraño poder diabólico. Y no se libertó de la obsesión, ni recobró su placidez primitiva, sino cuando partió, siguiendo nueva ruta, hacia las orillas del Adriático.

Sin darse cuenta de ello, Tulio se deleitaba en leer cuantas publicaciones llegaban á sus manos acerca de la mar y sus enigmas. Esta su lectura y las diferentes bellezas de paisajes sobre las cuales iba él posando y reposando los ojos, enriquecían y exaltaban, variándolo al infinito, el teatro fantasmagórico del sueño. Cada paisaje real suscitaba en el sueño un nuevo é ideal paisaje submarino. Mientras Tulio erraba sobre los canales de Venecia, meciéndose en la góndola, penetraba al mismo tiempo en el agua, merced al sueño, debajo de la góndola, muy más abajo de las escaleras de mármol corroídas del tenaz beso del musgo, á discurrir con su idilio, hecho de sonrisa y de silencio, por el misterio de los canales. Y al pasar los dos amantes por el estrecho paisaje verde, viejos vidrios de Murano florecían, dando polícromas y espléndidas flores de luz, entre otras mil reliquias enterradas con el secreto de su belleza en el negro limo del fondo. Otras veces, en el sueño,

discurría por jardines partidos de sendas rosadas, cuyas flores cándidas, de vago reflejo azul, se enhilaban figurando sartas de perlas, ó se apiñaban en colgantes racimos de ópalos, mientras él miraba desde la terraza del café, en el balneario del Lido, correr, sobre la glauca superficie casi inmóvil del Adriático, las velas de púrpura, tales como inquietas llamas de amor á través de una vida muy quieta.

Durante sus paseos al Lido y sus paseos en góndola por los canales venecianos, la atracción de la mar lo acabó de vencer, sugiriéndole el proyecto de una travesía. Y para, apenas forjado, cumplir su proyecto, muy en breve se le ofreció la oportunidad bajo forma de un buque de vapor dirigido á Grecia y al Archipiélago, pero no sin detenerse por el camino en algunos puertos de la costa dalmática. En el agua azul de esa costa se engendraron los más ricos paisajes del sueño. Bajo el agua, de transparencia infinita, el idilio se entretuvo tejiendo y destejiendo guirnaldas en verjeles maravillosos. Aunque en realidad, en vez de muchos verjeles, por toda la extensión de la costa era como un solo verjel bajo el agua. Había flores cándidas, rojas, azules, de cuantas diferencias hay en colores y matices. Las había como anémonas, como lirios, como rosas, como begonias gigantescas. Las

había en forma de copa, semejantes á magnolias de púrpura, que se descogían y encogían con movimiento voraz de bocas ávidas. Pigmeos matorrales caprichosamente esparcidos, llenos de puntos luminosos y de vario color, como gemas, desmayaban al peso de su rara florescencia de joyas. Y por entre flores y boscajes, los dos amantes, uno junto á otro, caminaban deshojando una flor en figura de estrella, como una margarita, ó dándose besos tímidos en la sombra discreta, según reinase el día ó la noche, porque en el ideal paisaje del sueño, como en el paisaje real, ya reinaba la noche, ya el día, y la noche era estrellada, merced á millones de errantes noctílucos y medusas.

El beso, flor del idilio, abrió por la primera vez en los jardines de la costa, y no cesó de abrir en todo el Archipiélago, alrededor de las islas, perfectos joyeles prendidos al manto azul del Mediterráneo. Al despertar, los labios de Tulio guardaban, con el sabor del beso, la salsedumbre de la ola. Desde entonces, el recuerdo del sueño, primero indistinto y nebuloso, fué haciéndose más vivo. Tulio recordaba las cosas del sueño con la misma viveza y precisión de cosas reales. El sueño y la vida habían llegado en él á condensarse en un fuerte y armonioso conjunto. Ya no se turbaba como antes, llenándose de miedo al recuerdo

de ciertas frases de Alejandro Martí, su compatriota, como aquella de "lo sobrenatural es lo más natural que existe", ó bien: "hace poco más de un siglo, en una playa de la costa armoricana, encalló una sirena moribunda", ó bien cualquier otra frase de Martí, saturada de maravilla y de milagro. Más bien se representaba esas frases, aun las más llenas de misterio, como frases triviales de puro conocidas, ó como rastreros modos, más ó menos justos, más ó menos claros, de expresar el alma de las cosas.

Tan perfecta unión de la vida y el sueño perduró hasta el regreso á Italia, adonde Tulio fué por los mares de Sicilia. Desde la costa siciliana hasta Sorrento, en el sueño, peregrinaron los dos novios bajo la transparencia del agua supremamente azul, por en medio de verjeles y campiñas color de sangre. En efecto, de sangre de coral estaban hechas las flores, las montañas, las colinas, las grutas, las praderas. Y ya cerca de Sorrento, una noche, en el paisaje color de sangre del sueño, empezaron á ver, al claro de una luna submarina, las fantásticas arquitecturas de conchas y madréporas que habita la sirena del Golfo.

Tulio arribó á Sorrento después de errar de costa en costa, de isla en isla, como una gaviota viuda ó como Glauco, el pescador mítico, en pos de la amada hecha monstruo; y en

Sorrento su idilio volvió á ser tímido y casto, olvidándose del beso, cual si de un todo se hubiera quemado, en el viaje, el grano de voluptuosidad extraterrestre de donde la flor del beso había surgido. Y como antes por el misterio de los canales venecianos, Tulio entonces discurrió con su idilio, amasado de sonrisa y de silencio, por las entrañas profundas y azules del Golfo.

Sólo un fuerte soplo encerrado en una carta de Ocampo lo distrajo del sueño, deshaciendo la unión del sueño con la vida y obligando á la vida á triunfar del sueño siquiera un segundo. Ocampo le enviaba algunas cartas de América, y en su propia carta, luego de darle el pésame por la muerte de la tía abuela, recién acaecida, lo llamaba á París con gran premura, á recibir un mensaje que sus amigos y compañeros de armas de la pasada revolución, ya bien apercibidos á la revuelta próxima, le enviaban, llamándole con instancia irresistible á sus filas, en donde, como á uno de los mejores, como á un caudillo quizás, lo echaban de menos.

Y sobre el diáfano azul del sueño, abrió, como un alba sobre el mar, una rosa de sangre.

El mar, hasta perderse de vista, reía y retozaba con un continuo cabrilleo. Infinitos choques de olas diademadas de espuma simulaban, en azules praderas, el triscar de un rebaño infinito. Una bandada de gaviotas, de cuando en cuando, rayaba el cielo con una blanca y neta línea curva. Y como el vuelo de los pájaros y el cabrilleo de las ondas, también ciertas algas anunciaban los primeros oasis de aquel desierto de la mar, las primeras islas, cándidas y verdes.

Poco después del alba, á la mañana siguiente, el trasatlántico pasaría junto á las Azores. Casi todos los viajeros estaban preparándose á reanimar, con una centella de júbilo y una rauda visión de belleza, la existencia de á bordo, monótona y trabajada del fastidio. Muchos de los mareados, al solo anuncio de estar la tierra muy próxima, comenzaban á poderse mantener en pie y á ir y venir por el intrincado laberinto, para ellos no nada cómodo ni bien oliente, de su prisión flotante. Entre los

más mareados, la señora del comerciante caraqueño Perales, en la mañana de aquel día, se aventuró por primera vez á ir sobre cubierta, en donde, acompañada de su marido, largo tiempo se entretuvo conversando con Tulio Arcos y D. Miguel Borja.

Para entonces, los no mareados, en el sobrado espacio del día largo de á abordo, tenían repartidos holgadamente sus quehaceres y hábitos, grandes y menudos. Algunos madrugaban, ó por huir de la estrechez del camarote, ó en fuerza de la costumbre, ó con objeto de recobrar la costumbre en París olvidaba, para de vuelta á su tierra, atender como antes á las exigencias de su oficio. Otros, ya durmiendo, ya paladeando un aperitivo, ó leyendo y fumando, esperaban el segundo campanillazo del almuerzo, tendidos boca arriba en el exiguo lecho del camarote. Luego, venía y pasaba el almuerzo entre el estrépito jubilante de la vajilla y el burbujear estrepitoso de mil conversaciones ligeras, muy ligeras, apenas encendidas con una chispa de vino, rojo ó blanco. Después de almorzar, quienes no dormían la siesta iban al puente y se arrellanaban en sillas de extensión, en donde mataban el tiempo amodorrándose, á ratos, á ratos recurriendo á la lectura, y soñando, en los más de los ratos, con los ojos muy abiertos y vencidos del glauco señuelo

de la onda. Algunos, los de alma poética, soñando y soñando, yendo y viniendo por obra y gracia de la fantasía, con el arte y la presteza de una leve araña hábil, entre el vapor y el horizonte lejano, labraban sobre las olas toda una complicada urdimbre de sueños vagos y azules.

Unos cuantos, cambiando el sueño en amor, *flirtaban*. Un mozo alemán se embebecía en la desacostumbrada visión de una mulatica de Guayana cuyas mejillas, bajo la piel de oro, se abrasaban en la fogosa púrpura de las cayenas. Un médico joven de Caracas trataba de atraer á un sabroso juego de ojeadas ocultas á la señora de un oficial dirigido á una guarnición remota, en tanto que otro joven, un su amigo y colega colombiano, se acercaba más cada día, como la mariposa á la llama, haciendo círculos concéntricos, á la menor de tres muchachas del Perú, de solas diez y seis primaveras, de sandunga maliciosa y picante, de ojos casi oblicuos al estilo del Japón, y de labios que, de verse, mareaban, comunicando una súbita embriaguez, cual si contuvieran y espontáneamente exhalasen el alma capitosa del vino.

Otros, en su mayor parte maduros, proyectaban y empezaban á organizar en el fumadero partidas de bacará, buenas para interrumpir la molesta monotonía del ocio. Contában-

se, entre los principales de ellos, un solterón de cuarenta años, muy alto, corpulento, de ojos azules, maneras corteses, fastuoso y liberal como un príncipe; un diplomático de Italia enviado por su país con el carácter de ministro residente cerca del Gobierno venezolano y apercibido, aun antes de su embarco en Europa, á no hallar (según se expresaba él con sus más íntimos paniaguados) en la obscura y dudosa republiqueta adonde iba, sino indios por cristianizar y negros todavía cimarrones, con un poco de lamentable y desmedrada semilla de raza europea; un cierto Rosenthal, judío tudesco, domiciliado y con casa de comercio en Caracas, para desgracia y ruina de agricultores, quien á la vuelta de un poco hablarle, trabó relaciones muy seguidas con el modorro y patanesco diplomático *signore cavaliere* Panciutto; y en fin, el mismo Perales, el comerciante caraqueño que, aunque honorabilísimo católico, era tan judío como el tudesco, y en su judaísmo tan eficaz como el hebreo, por pertenecer al corto número de los *progresistas* reyes criollos de la retroventa y del agio.

Previendo las partidas de bacará, Perales muy desde el principio buscaba la compañía y conversación de Borja y Tulio, y se insinuaba con la familia peruana, para más tarde tener sobre el puente á quien dejar encomen-

dada la señora, cuando en el fumadero se inflamase el ardor de las partidas. Borja y Tulio, sin comprender la estratagema, lo evitaban por tedioso.

Desde el primer día de navegación, y de la mañana á la tarde, no se alejaban uno de otro Borja y Tulio; ó más bien don Miguel Borja no se alejaba de Tulio, así por la grande afición que ya le tenía, como por cumplir de esa manera con las premiosas recomendaciones de Ocampo.

Al regreso de Tulio á París, Ocampo se alarmó de su aspecto. El viaje por las rientes riberas é islas del Mediterráneo se lo devolvía cambiado en otro hombre, no lleno de serenidad y robustez como él confiadamente esperaba, sino enflaquecido, pálido y mustio. En su flaqueza, Tulio parecía contener, como en un estuche muy sutil, un solo y tenue hilo de alma. Todo el sér se le había condensado en la fuerza de la voz y en la luz de los ojos, cambiante, inquieta y viva. Sus ojos ardían á veces como si en una de sus llamaradas quisieran consumirlo todo; y tanta desproporción guardaba su endeblez con la fuerza de su voz, que ésta, de sólo resonar, amenazaba quebrarlo en pedazos menudos, á semejanza de un cristal quebradizo, de donde su vida volaría á disiparse en la atmósfera como una gota de esencia.

Ocampo no vaciló en valerse del mensaje, llegado á París, de los compañeros de armas de Tulio, ni se desdeñó de exagerar su importancia, considerando el regreso de Tulio á Venezuela como su única salvación posible. Ya en su país el aire saturado de gérmenes y fermentos de lucha, renovando y exaltando su antiguo sueño heroico, tal vez lo movería á la acción y al combate.

Y Ocampo no descansó hasta no ver hechos todos los preparativos del regreso de Tulio, ó más bien hasta no despedirse de éste, después de encomendarlo al cuidado inteligente y solícito de Borja. Con su habitual discreción, y bien aleccionado de Ocampo, Borja no le habló á Tulio sino de la patria y de los males y remedios de ésta. Así Borja y Ocampo se proponían evocar y sostener, en Tulio, una alta aspiración y un gesto heroico sobre los desfallecimientos del espíritu.

Á crear ese estado de ánimo en Tulio, contribuía también un cierto párrafo enigmático escrito en la última correspondencia del administrador de sus casas. Inmediatamente después de hablarle sobre la muerte súbita de la tía abuela y de cómo, á raíz de esa muerte, la tía materna de Tulio, cargada de hijos, había abandonado la casa patrimonial por otra menos espaciosa, el administrador, si bien no las expresaba, se refería á ciertas mejoras fáciles

de introducir en el estado y manejo de las fincas, tales que, con ellas, dentro de poco se acrecentaría la renta, subiendo y prosperando como dorada espuma. Á la lectura de ese párrafo, y más tarde al recuerdo de él, Tulio ya se imaginaba la noble casa de sus mayores transformada en asiento de un negocio mercantil, sustituídas las grandes ventanas angulosas por sendas puertas destinadas á cubrirse con sórdida mugre de mercaderes, ó convertida en palacete vulgar, con los viejos ventanales reemplazados por balcones ridículos, prostituída al comercio ó á la moda; representándose á la vez el alma heroica de la casa, ante la bárbara intrusión, toda corrida y dispersa, cuando no enterrada para siempre en la casa misma, como en una tumba, á la que no faltaría ni el ciprés apuntando al cielo indiferente y azul con su flecha de esmeralda. Y apagada la promesa de gloria con los dulces ojos de la abuela, deshecha el alma de la casa bajo las violencias del intruso, Tulio se preguntaba lo que sería entonces de él y del fin heroico de su vida. Pensando de esta manera, y para acudir con el reparo, mientras el mal no fuese irreparable, á estar en su poder, habría hecho de la cansada y larga travesía un breve soplo.

El mismo deseo lo inquietaba á menudo, al disertar con Borja acerca de los males de su

patria. Á veces, á propósito de ese tema se disputaban todo el día, pues desde el primero de la navegación casi no se alejaban uno de otro Borja y Tulio. Gracias á la relativa escasez de viajantes, y á una buena propina, disponían de dos camarotes fronteros, uno para cada uno, hacia la proa. Frente por frente á los de ellos, donde empezaban los camarotes de la otra fila, estaba el del matrimonio Perales. Generalmente, Borja madrugaba y, después de andar un buen rato recorriendo el vapor, descendía de nuevo á su camarote y de paso llamaba á Tulio, para luego subir juntos á cubierta.

Cada uno de ellos hallaba complacencia en la compañía del otro. En Borja, la frialdad irreductible se había vuelto calor afectuoso para Tulio. El alma de cada uno, desde el primer coloquio íntimo, adivinó en el otro una hermana gemela. Un mismo dolor, igual aunque de origen distinto, había puesto minas de oro en sus almas. Mientras el uno huía la imagen de una viva que para él estaba muerta, el otro peregrinaba tras de la sombra de una muerta que para él vivía. Sin saber cómo, se reconocieron, y desde luego se amaron. A los comienzos de esa amistad y frecuentación pareció cobrar nuevos bríos el alma de Tulio. Pero también, desde el principio, la mar vino contra Borja y por su imperio. Así, al sepa-

rarse, como era neceserio algunas veces, quedando Tulio por instantes íngrimo y solo, y durante los silencios forzosos de su diálogo, mientras por los ojos de Tulio se entraba libre y señera la fascinación de la mar, Tulio dejaba el sueño épico, para acogerse al blando sueño idílico. Y se abrazaba entonces, no con el deseo de llegar pronto á su país, pasando como en un vuelo sobre los mares, haciendo de la muy larga travesía un breve soplo, sino con el deseo de no arribar nunca, prolongando indefinidamente la travesía, cual suelen pretender todos aquellos cuyo idilio floreció como una rosa de aire azul entre las jarcias.

El mar, hasta perderse de vista, reía y retozaba con un continuo cabrilleo. De cuando en cuando una gaviota rayaba el cielo con una blanca y neta línea curva. Tulio y Borja se hallaban sobre cubierta, sentados en sillas de extensión, uno cerca de otro. Callaban. Borja tenía cerrados los ojos, como si durmiese, mientras Tulio miraba el múltiple vaivén de las aguas, reflejando todo el cabrilleo de la mar en la luz de sus ojos, cambiante, inquieta y viva. De pronto subieron del salón á caer en la cubierta, como resonantes pétalos cristalinos, las primeras notas de la *Traumerei* de Schumann. Borja abrió los ojos, y Tulio volvió en sí con un vago calofrío en todo el

cuerpo. Cuando cesó la *Traumerei*, tras un corto silencio, las "pequeñas romanzas" de Schumann volaron desmayadamente del piano, como de un blanco alero musical temerosas golondrinas.

—¿Quién puede á bordo tocar tan bien á Schumann?

—La señora de Perales—contestó Borja.

Para estar seguro, Borja se asomó por la escotilla á ver hacia abajo, en el salón, y luego volvió á sentarse, diciendo:

—Ella es.

Detrás de las "pequeñas romanzas", la *Traumerei* apareció de nuevo como una insistente caricia dulce.

Después, una gran pausa.

—Borja, ¿no recuerda usted á Martí?

—¡Cómo no!

—¿Recuerda lo que era *aquel* día, bajo sus manos, la *Traumerei* de Schumann? Disimulaba un gran silencio, el silencio del agua después del naufragio, el más vertiginoso y terrible silencio.

—¡Cómo no! ¡Cómo no recordarlo!—repitió Borja.

Y luego prosiguió:

—He ahí un ejemplo de heroísmo. He ahí un héroe. Alejandro Martí, con su obesidad y mansedv ıbre, es ni más ni menos un héroe. Porque :s la fe inquebrantable hecha perso-

na. Lo que fué para nosotros un fracaso de su conferencia y de su libro, para él es tan sólo un más ó menos largo aplazamiento del triunfo. Cree en el triunfo y sigue siendo el mismo trabajador, después como antes del fracaso, cuando á la rudeza del golpe cualquiera otro habría caído, triste y desmazalado, como un pobre y manso buey en el matadero.

—Es verdad.

—Y esa fe se comunica á cuanto la rodea, ennobleciéndolo todo. Porque si hay algo tan admirable como la fe de Martí, es la fe de su mujer y de sus hijas, de Hortensia y de Piedad, Sofía y Anunciación, la fe de aquellas mujeres que lo siguen como la sombra fiel de su alma, como silenciosas proyecciones divinas de su alma de músico.

—¡Es verdad! ¡Es verdad!

El piano, en tanto, había vuelto á sus melancólicos discreteos de romanzas. Y cuando acabó de repetir sus discreteos, comenzó muy blandamente á suspirar la *Schlummerlied.*

Tulio observó:

—Siempre Schumann. Jamás habría yo creído que tanto y tan bien conociera á Schumann la señora de Perales. Aún me parece imposible.

—¿Por qué?

—Porque... ¡la mujer de Perales! ¡La mujer de ese hombre, un usurero que parece, ade-

más, toda la idiotez é ignorancia del mundo!

—En efecto: él es toda la idiotez é ignorancia del mundo, y ella toda la poesía.

—¿Entonces?

—Entonces, debe de ser una infeliz; debe de estarse consumiendo de cansancio y de sed, si para allegar su ración de agua y de ventura no ha cavado en alguna parte un aljibe secreto.

—No, no; debe de ser una infeliz: lo dicen la mueca amarga de su boca y la dejadez muy dulce y triste de sus manos.

Y aquella tarde, Tulio, como si las quisiera sorprender, no dejó de la vista la boca y las manos de Elena Perales, mientras ella, su marido, y algunos más, observaban los movimientos de un gran número de infantes de marina que se disponían á cantar en los entrepuentes, ya uno por uno, ya en coro.

Cantaron, y desde entonces cantaron todos los días al desfallecer del crepúsculo. Cada tarde, era un nuevo racimo de canciones de Francia que, en el desierto infinito, sobre la indiferencia del agua azul, caían como abejas muertas de sed, cada una con el perfume de la colmena en donde nació, acre y malsano si fué en la colmena de la gran capital, sabroso é ingenuo si fué en la de algún rincón de provincia.

Á la mañana siguiente, costeaban una de las Azores. El señor y la señora Perales, Borja, Tulio y el joven médico del *flirt* con la mujer del oficial, formando á cubierta y á estribor un solo grupo, escudriñaban la isla. El señor Perales manejaba un catalejo. Á la derecha, su mujer, sentada en su larga silla de navegar, piernas y pies envueltos y acolchados en una manta de color de matices murientes, observaba la isla, ya sin el auxilio de anteojos, ya valiéndose de unos de teatro. Cuanto ella veía lo indicaba á los demás, y cada nuevo hallazgo pintoresco despertaba en casi todos un interior movimiento de júbilo. Una vez fué una blanca aldehuela que por la pendiente de un collado se resbalaba hasta el mar, como á lavarse los pies en la marina; en seguida fué la masa borrosa de un vapor, anclado en una exigua ensenada verde; luego fué otra, aldehuela encaramada como una fortaleza en una altura; y algo más allá, muchos y dispersos pedazos, ya verdeantes, de tierra en cultivo y de tan regulares proporción y trazo como si fuesen cuadrados paños verdes cuidadosamente extendidos á secar sobre el declive de las lomas.

La señora de Perales, en un cierto momento, ofreció á D. Miguel Borja sus anteojos de teatro.

—¡Oh! gracias, gracias. Prefiero la simple

vista, porque así todo lo veo indistinto y confuso.

—De ese modo no se menoscaba ni en un ápice la reserva de ilusión—declaró Tulio, mirando á Borja y sonriendo finamente.

—¿La reserva de ilusión?: ¿qué significa?

Satisfecha, después de explicárselo Borja, la señora Perales afirmó:

—En efecto, una isla es una reserva de ilusión: yo lo sentía; yo sentía eso mismo; pero, sin usted, quizás nunca hubiera yo sabido expresarlo.

En seguida, la señora Perales depositó en su falda los anteojos y comenzó á ver delante de sí, como extraviada en un ensueño. Y Tulio, tras una pausa, también como en sueños, dijo:

—Mas á qué respetar la reserva de ilusión de una isla, cuando á nuestro alcance tenemos una reserva de ilusión varias veces más grande que todas las islas y continentes juntos. Fuera de la que pudiéramos crear dentro de nosotros mismos, ninguna reserva de ilusión es tan grande como la del océano. En éste, nuestros conocimientos, á una corta profundidad, se detienen turbados y no siguen. Del mar sabemos un poco, suponemos otro poco, y lo demás lo ignoramos. No es preciso ir á poner en un planeta lejano el reino de lo maravilloso. Lo tenemos bajo nuestros pies:

en el mar, en cada ola llena de seres impalpables, diáfanos é invisibles. ¡El mar! ¡Cuántos tesoros no oculta! Además de los tesoros de perlas y corales que le son propios, cuántos tesoros los naufragios no le han vertido, que él recibe indiferentemente, como recibe tesoros de afecto el corazón de un ingrato. Los naufragios le han vertido el oro ya trabajado en joyeles, ó todavía puro, casi virgen, recién sacado de la mina, de las hondas entrañas de la tierra, en donde estaba como un misterio de luz en el centro de la noche. También le han vertido, con los oros, diamantes claros, esmeraldas puras, todas las gemas. Incalculable es el número de tesoros que guarda en las quiebras de sus montes, en sus precipicios, en sus grutas, y hasta en ciudades. Porque en el fondo del mar tal vez hay ciudades... ¿Qué fué de las levantadas en la antigua costa de Zelandia y de Frisia? El mar las deseó, y las poseyó con su abrazo irresistible y transparente. Quizás todavía del fondo del mar suban, rompiendo la glauca transparencia, las agujas de los campanarios, y quizás todavía, desde lo alto de los campanarios, cuando el mar se agita hacia la tarde ó á la aurora, toquen á vísperas ó á maitines las campanas en el agua profunda... ¿Quién acudirá, en el fondo de los mares, al son grave ó ligero del bronce? ¿No habrá allá abajo, bien

abajo, en todo el fondo de los mares, una especie de otra vida? El mar, tálamo azul de los peces, ¿por qué para los cuerpos muertos de los hombres no ha de ser sino ponderosa mortaja? ¿Los náufragos no renacerán á otra vida en el fondo del océano? Que reine en el fondo de los mares una vida muy diversa de nuestra vida al aire y al sol, no hay duda. Para creerlo, bastan las raras formas de esa vida que de cuando en cuando surgen á la vista de los hombres. Pasan, llenando con fantasmas de gracia ó de fealdad la imaginación de las gentes. Porque son seres, ya monstruosos, ya de belleza y de gracia: verdaderos endriagos como la serpiente de mar que pocos han visto, ó entes casi divinos como nereidas y tritones. ¿Por qué no creer en la existencia real de nereidas y tritones?

—¿Y las sirenas?—le preguntó Borja, interrumpiéndole el discurso—¿no cree usted en las sirenas?

—¿Por qué me lo pregunta?—replicó Tulio, denunciando en la cara y en todo él una turbación indecible.

—Como se habla de nereidas y tritones, bien puede hablarse de sirenas. Me estaba acordando, además, de una leyenda que me contaron los pescadores en Bretaña. Según los pescadores creen y dicen, los naturales de cierto pueblecito armoricano provienen de

una sirena que, antiguamente, enamorada de un pescador, se aventuró á seguirlo á la playa, y, concibiendo de él, se aclimató en la tierra, hasta deshabituarse de la onda.

—¿Será posible? ¿Le será posible á una sirena olvidarse de la mar? De todos modos ¿por qué no creer en las sirenas? Confieso creer en ellas, y estoy seguro de que también cree en ellas la señora de Perales.

—¿Yo?—interrogó la señora con gestos de asustadiza.

—Sí, usted. Y no sólo cree usted en las sirenas: dentro de usted misma hay una que de tiempo en tiempo canta.

Al oir esto Perales, que no había hecho sino repetidas veces bostezar mientras hablaban los otros, empezó á reir, á reir á carcajadas, á reir sin poderse contener, como en el acceso de un verdadero mal de risa. Le hacían mucha gracia aquellas "cosas de poetas", como él dijo después y lo acostumbraba decir en parecidas ocasiones, emitiendo la palabra "poetas" con un retintín humillante. Su mujer trató de reir, y en vez de reir se ruborizó, empurpurándose toda. No se hallaba exenta de culpa... Con efecto, de los mares de su alma una sirena subía de tiempo en tiempo á cantar en un paraje misterioso, á la margen de una isla, y su marido jamás había escuchado, ni escucharía tal vez nunca la voz de la sirena.

—¡Mi mujer con una sirena por dentro!—dijo el señor Perales cuando se le agotó la risa.—Hija mía, eso es grave, muy grave. Afortunadamente, aquí tienes á un médico de la Facultad de París, el cual, si quieres, podrá examinarte en junta con el médico de á bordo.

—No soy pescador de sirenas; y en punto á sirenas, tampoco he visto sino las tres que ha esculpido Rodin en la cresta de una ola—manifestó el joven médico del *flirt*, respondiéndole á Perales.

—¿De dónde ha sacado usted que yo creo en sirenas?—protestaba la señora, impaciente con la burda chanza del marido.

—¿De dónde? De sus manos: me lo han dicho sus manos. Para mí, los que saben tocar tan bien como usted romanzas de Schumann, son como los que dicen bien versos de Heine: yo sé de qué mal están enfermos. Y no es un mal que entiendan ni curen, como el señor Perales cree, los doctores en medicina.

Perales, al ser aludido, se enserió, y apoyando la frente en su mano derecha, permaneció cosa de un segundo en esta guisa, como si pensara. Quizás de toda su existencia aquella fué la sola actitud que un su futuro historiador hubiera podido expresar diciendo: se quedó pensativo. Pero muy pronto el primer campanillazo del almuerzo lo arrancó á su

nueva é ignorada tortura. Como si hubiera hallado entonces la explicación de un enigma, ó como si de súbito hubiera dado en el hito de cualquiera otra gran dificultad, salió, con cara de pascua, diciendo:

—¡Señores, un cocktail! No me desairen el cocktail, señores.

El mar, hasta perderse de vista, reía y retozaba con su continuo cabrilleo. Infinitos choques de olas diademadas de espuma simulaban, en azules praderas, el triscar de un rebaño infinito. Pero aunque infinitos, á medida el vapor se alejaba, eran los choques menos bruscos, duraban menos, y el rebaño no triscaba tanto, como si al paso de los días resultara compuesto de ovejas más dóciles.

En todo el vapor, y en particular sobre cubierta, la vida continuaba su monótono curso. Los unos *flirtaban*, se daban otros á la lectura, se estaban atentos los más prosaicos á la campanada anunciadora del almuerzo ó la comida, mientras las manos de bacará se eternizaban en el fumadero. Pronto el señor Perales vino á convertirse en blanco de las burlas, al observar sus camaradas de juego cómo, en cuanto perdía, ya estaba levantándose, y excusándose con el mareo de su mujer, no siendo ningún misterio para nadie que el tal mareo se había quedado por detrás de las Azores. En-

tretanto su mujer, inocente de sus trazas, formaba, por fuera y detrás del fumadero, el centro de la tertulia, en compañía de las tres muchachas limeñas y de los dos médicos jóvenes, recién graduados y enamoradizos. Tulio y Borja se contaban á veces en el número de los tertulianos, aunque por lo general preferían abstenerse, desviándose de los otros.

Al pasar de las Azores, y así como el vapor se alongaba de éstas, Borja no tardó en advertir en Tulio una progresiva agitación extraordinaria. Ya lo adivinaba temblando bajo la ropa, como presa de un violento calofrío; ya le veía los ojos encendérsele y llamear, como si fuesen verdaderos é inextinguibles manantiales de fiebre. También advirtió un cambio improviso en el carácter de Tulio. Éste, en su cambio de carácter, fué hasta rehuir la presencia de Borja. Y Borja, al advertirlo, con su tacto de siempre, lo dejaba solo de cuando en cuando, para luego irlo á buscar, haciéndose el encontradizo con él, por los rincones más discretos de proa ó popa, en donde lo hallaba sobre algún rimero de cuerdas ú otro asiento de esa laya, en apariencia embelesado en ver las olas deshacerse en espuma, y á la espuma transfigurarse en una gloria de iris.

Desde ahí, muy hábilmente lo llevaba, como á una distracción, á oir las charlas del fumadero. Cuando cesaban las partidas de bacará,

se hablaba de política. La conversación la guiaban á ese terreno Perales y el judío tudesco, preocupados de hallar, á su desembarco en Venezuela, "paralizados los negocios", por haberse ya para entonces prendido la guerra en los dos extremos de la república. La revolución, decían, no era sino ruina y descrédito. Y por dos veces Tulio tomó parte en esas charlas, dejando á Perales y al judío tudesco alarmados y atónitos. La primera vez, Perales no encontraba suficiente ninguna expresión para manifestarse condolido de ver á un joven de los suyos, como decía él, y dueño de muchas y considerables fincas, dándose por acérrimo partidario de la guerra, de la guerra continua, de la guerra á todo trance.

Tulio no miraba en la revolución una causa forzosa de ruina y de muerte. Al contrario, la guerra le decía cómo su pueblo no estaba muerto del todo. La revolución era el único medio que el pueblo hallaba á las manos para sostener su derecho á la vida. "La revuelta, la revolución, la guerra eran santas." Lo eran, aunque vertiesen mucha sangre, porque eran las grandes creadoras. Nada se había creado sin la guerra. La guerra había creado la unidad y la gloria del Imperio, había sido la gloria de España, había hecho la unidad y grandeza de Italia, de Alemania y de Francia, la unidad y grandeza de todos los grandes países.

La guerra no provenía de la depravación de costumbres: iba con ella, como si fuese con un colaborador irreemplazable. Porque la depravación de costumbres antojábasele una garantía de que la guerra llevaba en sí muchos gérmenes de grandeza y de gloria. Según el filósofo, *los tiempos de corrupción son los tiempos de otoño de los pueblos* y, al decir de Tulio, bien podía suceder que entonces, para su pueblo, estuviesen cuajando otras "uvas del trópico" distintas de las que llaman así los navegantes, en áureos racimos de donde tarde ó temprano correrían sin duda, como un raudal, toda clase de generosos vinos donceles. ¿No había entre su país y la Italia del *Quattrocento* y del siglo diez y seis una gran semejanza?

—¿Nuestras continuas guerras y nuestra corrupción de costumbres no son—preguntaba Tulio—guardando la natural diferencia de proporciones, las mismas continuas guerras y costumbres depravadas de la Italia de aquellos tiempos, en sus múltiples republiquetas y principaditos? Como entre nosotros, capitanes groseros y generalotes brutales, había en la Italia de entonces condottieri brutales y capitanes groseros, de un día para otro exaltados, como las primeros Sforza, del terrón á la púrpura. Entre nosotros, á la sombra de mercadantes y condottieri nada puntosos, vegetan soberbios artífices. Bastaría, para entre nos-

otros, decir los nombres de algunos generales, y en seguida citar nombres como los de Martí, Grúas, Vives y los de otros músicos, pintores y poetas. Entre nosotros, como en la Italia de entonces, pasiones primitivas junto á exquisitos refinamientos rebuscados; entre nosotros, como entonces, Benvenuto, con las mismas manos que vierten sangre, construye tenues alcázares de marfiles y crea, labra y pule joyas. Encima del mismo odio partidario de gibelinos y de güelfos, por sobre la misma tosquedad, violencia y relajación de costumbres, rompen unas mismas flores de arte. Junto al Sforza, ó más bien sobre el Sforza, el Jesús del Vinci. Como entre nosotros con la sangre india y africana, entonces la sangre de los patricios luchaba todavía, tendiendo á asimilársela, con la sangre bárbara de la Galia y del Danubio. ¿Por qué, resultante de esa íntima lucha y de aquella general corrupción, no ha de haber entre nosotros, como hubo entonces, un Renacimiento? De nuestros mercaderes pueden salir de nuevo, como del mercader florentino, los capitanes, los condottieri, los grandes políticos, y aun el artista y el poeta, la flor más alta. Como de la podredumbre italiana, bien puede salir de nuestra podredumbre todo un bosque de verdura y flor perennes. Pueblo en disolución, dicen algunos: ¿por qué no pueblo en su otoño? Sin

nosotros advertirlo, ya se hincharon tal vez las uvas, ya los racimos tal vez rieron, entre las hojas de la vid, con risas áureas ¿Por qué no? Nuestro pueblo, en vez de pueblo en disolución, es más bien, con la guerra como inevitable burbujear, un mosto que fermenta. Y del mosto sale el vino.

En los discursos de Tulio alternaban desmayos repentinos con repentinos chorros de elocuencia y de ardor, semejantes á las convulsiones y chispazos de una luz próxima á extinguirse. Sin duda, ya el sueño idílico se alzaba como definitivo triunfador sobre el épico.

El judío tudesco y Perales no le entendían, y aun entendiéndole no habrían cejado. Según ellos, con la guerra no se podía trabajar y, sin trabajo, nada bueno era posible. Á eso les replicaba Tulio, indignándolos, que el verdadero trabajador y el más perseguido no se quejaba; que el verdadero trabajador no era el conmerciante, sino el simple industrial ó el campesino, el labriego que pena y sangra sobre los reacios terrones, y cuando logra sacar de los terrones un grano de oro puro, ya ese grano se lo embolsó el comerciante, frescamente. Partiendo de ahí, les anunció el cercano advenimiento de un socialismo y un anarquismo criollos, después de haberles dicho y probado que ni los males políticos ni

algunos otros, entre los males de su pueblo, afectaban tanta gravedad como el mal de la tristeza del hambre y el de las hondas llagas de la usura.

Y desde entonces, el judío tudesco y Perales, teniéndose por señalados con las palabras de Tulio como con el dedo, juraron y tuvieron á Tulio una grande ojeriza, bien disimulada del honorable agiotista señor Perales bajo una capa de lástima hipócrita:

—Es un loco: no le haga usted caso. Fíjese en cómo ve y en cómo habla: es un loco. ¡Pobrecito! ¡Imagínese que cree en sirenas y hasta en brujas!

El mar, hasta perderse de vista, sin cabrilleos de olas, cantaba y reía plácidamente.

Borja, después de haberlo buscado por todas partes, acababa de percibir á Tulio viendo en el agua del mar, como al través de un ojo oblicuo, por un escobén de proa.

—La espero.

—¿A quién?

—¡Ah! es verdad: todavía usted no lo sabe. Entonces ¿por qué el otro día me preguntó usted si creo en sirenas?

—Me parece haberle dicho por qué, Tulio.

—¿Y no había otra razón, aparte las dichas?

—No.

—Pues bien; espero á una sirena. Hay una sirena que me sigue. La conocí en el Mediterráneo. Entonces, quizás para seducirme, tomaba el semblante de Belén, ¿sabe?: el semblante de mi novia. Pero es una sirena, sin duda. En este viaje, sobre todo más acá de las Azores, ya no me sigue: me persigue.

—¡Una sirena!—repetía algo turbado Miguel Borja.

—Sí, una sirena. Todas las noches, en cuanto me rinde el sueño, ella viene á despertarme á besos y abrazos. Como viene del fondo del océano, la siento—pechos, cara y brazos—toda húmeda. Y sin embargo de hallarla húmeda, arde y me abrasa en una voluptuosidad incontenible. Sus labios dejan en los míos la amargura del océano; sus ojos brillan como dos fosforescentes remansos; la noche de su cabellera de algas es la noche de una selva rica en penetrantes perfumes; y después de enloquecerme con sus húmedos besos y caricias, antes del amanecer desaparece, huye de entre mis brazos, rápida y fugitiva como una ola... Y luego, hasta la noche siguiente, porque en el día apenas logro entreverla, ó más bien adivinarla, cuando pasa vestida de algas y espuma.

—¡Una sirena!—volvió á decir Borja, y entonces una sospecha cruzó por su espíritu.—Á bordo no faltan.

—No, no: es una sirena auténtica la mía...

—No le hace: acuérdese de la leyenda de Bretaña, en que una sirena auténtica pudo llegar á desacostumbrarse de la onda.

—No, no: la mía no es de ésas.

Borja ni por un instante pensó en un desvarío intelectual de Tulio; aún menos después que éste siguió hablando con él de otras cosas en el tono razonable de todos los días.

Al pasar junto al palo mayor, Tulio se paró á ver, con bullente regocijo infantil, á un marinero balanceándose en la cofa:

—¡Ay de él si lo apuntan los ojos de la sirena desde el fondo del agua!

Entretanto, en el alma de Borja, la sospecha, alimentada de múltiples indicios, caminaba á convertírsele en certidumbre. Los indicios eran: el haber observado por dos veces, dos noches distintas en que se recogió muy tarde, una forma de mujer deslizándose como un espectro de donde se hallaban su camarote y el de Tulio hacia donde empezaban los camarotes de la otra fila; aquellas palabras de Tulio dirigidas á la Perales cuando hablaban de sirenas, frente á las Azores; unos pocos, pero no menos positivos apartes misteriosos de Tulio y la Perales; un cierto vago parecido entre ésta y Belén, la novia de Tulio; y por último, el hábito de quedarse á dormir el señor Perales casi todas las noches en cubierta.

Con semejantes indicios, la sospecha tomó el nombre y la figura de Elena Perales. Y al día siguiente, Borja se confirmó en la sospecha, cuando Tulio, con aires de misterio, le dijo:

—A bordo no me quedan sino dos noches de amor: la sirena, pasado mañana, va á despedirse de mí para siempre; á menos que yo no la siga á ella en el océano profundo.

—¿Y por qué la sirena no ha de seguirlo más bien á usted hasta la playa y, aclimatándose por usted en la tierra, olvidarse de la onda?

Mientras hablaba así, Borja pensaba realmente: "Sin duda la señora Perales no quiere llevar á su país, en donde es conocidísima y respetada, un secreto peligroso. Podrían averiguárselo. Prefiere que su idilio se deshaga sobre el mar, en donde mismo nació, como una flor de la espuma".

Y Borja, creyendo así manejarse con prudencia, y suponiendo á Tulio en buenas manos, lo dejó más y más libre.

Las diez de la noche. Desde la mañana, á los lados del vapor, las *uvas del trópico* venían fingiendo islas, guirnaldas, coronas, misteriosos epitafios é indescifrables jeroglíficos. El mar, en la sombra de una noche vestida de estrellas y ataviada con el discreto joyel de

oro de una sutil falce de luna, cantaba y reía plácidamente, llenando el vientre del vapor con el eco rumoroso de la risa y del canto.

Algunos pasajeros habían bajado á dormir en sus camarotes, mientras otros dormitaban y, á causa del calor, se disponían á dormir sobre cubierta, ya tendidos en sillas de navegar, ya tendidos en los bancos apoyados contra la obra muerta del buque. Unos cuantos, los mismos retardados de todas las noches, conversaban aún en el fumadero. El tudesco decía, dirigiéndose á Perales, porque él nunca hablaba sino dirigiéndose á Perales:

—No podemos quejarnos: hemos tenido un viaje feliz como pocos.

Pero en realidad, mientras hablaba del tiempo, estaba pensando en cómo constituiría en Europa un buen sindicato de banqueros para una vasta explotación agrícola.

—Aún no debemos cantar victoria, porque nos faltan tres días para Guadalupe—dijo Perales.

Y en realidad, Perales estaba pensando en cómo hacer con las haciendas que aquel año le habían quedado de prestar dinero, á un interés crecido, á mansos agricultores.

Tulio y Borja, presentes, oían á los otros, y callaban. En un rincón, el diplomático italiano descabezaba sueños, uno tras otro, soñando tal vez cómo con su presencia y garbo, y á

pesar de su ignorancia y de sus pies juanetudos, iba á humillar al presidentillo y á los ministros de la ya próxima *republichetta.*

De súbito, una frase, la frase de una canción, ahuyentando las conversaciones triviales, cayó en el fumadero como una centella de armonía.

—¿Quién canta?

—¡Como no sea alguna sirena!—respondió Perales, viendo socarronamente hacia Tulio.

—Quizás—dijo Tulio, y se puso en pie y salió como en un solo impulso de ira.

No se oían, en parte alguna del vapor, ni cantos ni músicas. Los soldados que cantaban todas las tardes, al caer del crepúsculo, dormían en las entrecubiertas. Por todas partes, el silencio y el reposo. Tan sólo el mar, en la sombra de una noche vestida de estrellas y ataviada con el discreto joyel de oro de una sutil falce de luna, reía y cantaba plácidamente, llenando el vientre del vapor con el eco rumososo del canto y de la risa.

Tulio se acercó á la obra muerta del buque á ver fijamente en las ondas. Un instante después, encaramándose en la obra muerta, se lanzó al aire:

—Un hombre al mar—grita despavorido, y alzándose de una silla de extensión, un bulto negro.

Casi inmediatamente, un camarero pasa gritando:

—¡Una desgracia! ¡Una desgracia!

A los gritos acuden los del *fumoir*, suben otros á cubierta y, como todos al mismo tiempo corren y hablan, se arma un tumulto.

Sólo el mar canta y ríe pausadamente. El agua, henchida de fosforescencias, refulge como un ascua. Las ondas, al romperse, ya no se desgajan en flecos de espuma, sino en áureos ramilletes de chispas. Detrás de la popa se extiende como un río, y á los costados del vapor se dilata como un lago, de oro diáfano y rubio. Parece como si todo el oro de una estrella se estuviera disolviendo en el glauco y azul del mar de los trópicos.

Caracas: Febrero-Julio, 1900.

CUENTOS DE COLOR

CUENTO AZUL

CUENTO AZUL

Cuentan las crónicas del cielo—y estas crónicas las he leído en el cielo azul de unos ojos que el Señor de los mundos y padre de los seres ocupa altísimo trono, hecho de un solo enorme zafiro taraceado de estrellas, y deja caer, á semejanza de vía láctea fulgurante y en dirección de la tierra, mezquina y obscura, su luenga barba luminosa, color de nieve, á cuyo laberinto de luz llegan á empaparse en amor y convertirse en esencia eterna y pura, todas las quejas, todos los sollozos y el llanto inacabable de la humanidad proscrita.

Y según añaden las crónicas, toda alma de hombre está unida, por un hilo de luz muy largo y tenue, á las barbas divinas. Por ese hilo de luz, invisible para ojos humanos, es por donde ascienden la fragancia de los corazones y las bellezas nacidas y cultivadas en

las almas: amores castos, perfume de obras buenas, plegarias, quejas y, sobre todo, lágrimas, muchas lágrimas, las infinitas lágrimas que el amor arranca á nuestros ojos. Estas últimas, en su viaje al través de los cielos, son la causa de iris maravillosos, delicia de los bienaventurados; pero al fin de su viaje, y poco antes de convertirse en fuego inmortal, surgen en el extremo de las hebras de luz por donde han ido, en la forma de flores efímeras y radiantes, cándidas como lirios, purpúreas como rosas, ó delicadas y azules como flores de pascua. Y como á cada instante, y á la vez en el extremo de muchos hilos, están abriendo esas flores, parece como si las barbas divinas perpetuamente florecieran.

Sucedió que, una vez, al decir de las crónicas, una de esos ángeles maleantes que todo lo espían con sus ojillos de violeta y lo husmean todo con sus naricillas de rosa, púsose á considerar, muy circunspecto, con mucha atención y cuidado, el entrelazarse y confundirse de las dos madejas de luz: la formada por los hilos que suben de las almas y la otra, color de nieve, que baja del rostro del Eterno.

Distraíase el ángel contemplando, unas veces la ascensión continua de iris mágicos, otras veces el incesante abrir de rosas, lirios y campánulas, cuando de repente fijóse con insistencia en un punto y comenzó á pintár-

sele en el rostro una sorpresa indecible. Hizo un gesto de asombro, cayéronle sobre la frente, como lluvia de oro, algunos de sus rizos más alborotados, y partió, vibrante como nunca, la centella azul y glauca de sus pupilas.

Lo que sus ojos acababan de ver, jamás lo hubiera concebido su mente de ángel. Dos de aquellos hilos provenientes de la tierra, y de los más hermosos, en vez de correr la misma suerte que los demás, yendo á perderse en el regazo del Padre, profundo océano de amor, se aproximaban uno á otro, llegados á cierto sitio y seguían así durante un buen espacio, hasta enlazarse y fundirse por completo, formando una especie de arco fúlgido, por el cual pasaban, á bajar por uno de los hilos, las bellezas que por el otro subían. De manera que dos almas, almas elegidas, á juzgar por las apariencias, eximíanse de pagar al Señor de los cielos el obligado tributo de gracias, perfume y amor.

El ángel, escandalizado con tal descubrimiento, lo calificó de crimen insólito, merecedor de todos los castigos, y se propuso ir en seguida á denunciarlo á los oídos del Padre. Pero como á la vez reflexionó que á quien todo lo sabe y todo lo ve presente, así lo que es como lo que fué y será, no podía pasar inadvertido nada de lo que en sus propias barbas estaba sucediendo, resolvió in-

dagar por sí mismo, antes de romper en palabras acusadoras, lo que significaba aquel tejemaneje irrespetuoso de las dos almas predilectas.

Sin decir á nadie su intento, el ángel abrió sus alas de libélula, transparentes y vistosas, y siguiendo uno de los hilos culpables echó á volar hacia la tierra obscura.

En la tierra lo esperaba una sorpresa tal vez mayor que la recibida en el cielo. El culpable rayo de luz, objeto de su curiosidad, llegaba á un sitio apartado y agreste de la tierra española, caía en el silencioso recinto de un monasterio, y terminaba, coronando la frente de un viejo monje, en lo interior de una celda, blanca y desnuda de cosas vanas, como la conciencia del justo. Y el ángel, confundido, pero armándose de astucia, siguió los pasos del religioso, presunto reo de una falta imperdonable.

Nadie recordaba ya el nombre que tuvo ese religioso en el siglo: Atanasio lo llamaban en en el convento. Un día, años atrás, había llegado al monasterio con la señal de los viajes muy largos en el vestido, con la huella de las grandes torturas en el rostro, en demanda de paz, amor y albergue. Extranjero, venido de países distantes, fatigado de errar de zona en zona, se acogía al reposo del claustro. Alma grande y buena, los hombros habían hecho

de él un gran dolor. Joven y fuerte, aún tenía mucha costra de ceguera en los ojos; en el pecho, la tempestad de todas las pasiones; en los labios, la amargura de todos los ajenjos. Pero él supo dar empleo á su energía, cultivando su propio dolor, y lo cultivó tan bien que le hizo dar flores. Poco á poco limpió su alma, hasta dejarla blanquísima y pulcra como las paredes de su celda; y en su alma, como en un incensario precioso empezó á quemarse de continuo un incienso impalpable. La pureza fué desde entonces norma de su vida: ni una mancha en sus costumbres; su fuerza, la castidad; su mejor alimento, la oración; su alegría, el sacrificio. Nadie como él soportaba las grandes penitencias: los ayunos prolongados, ó las crueles mordeduras del flagelo. Sembró virtud, y la cosecha de alabanzas no cupo en las eras. Muy pronto fué de sus hermanos ejemplo, veneración y gloria. Los que le habían visto llegar como á un leproso, le rodeaban como á quien da salud y reparte beneficios. En donde él ponía los pies, los otros ponían los labios, seguros de recoger un perfume; lo que él tocaba con sus dedos convertíase en algo como hostia; y cuando su boca se entreabría destilaba música y mieles. La fama de sus virtudes voló, con alas de paloma, fuera del claustro, y se fué esparciendo por ciudades y aldeas, tanto, que muchos

apresuráronse á ir en romería á besar los pies del viejo monje.

Y el ángel, viendo y observando todo eso, admirábase cada vez más y se entristecía mucho. En vano trataba de penetrar en el secreto de aquella existencia. En vano buscaba en el alma del monje la mancha que, según él, había de afearla. Comparaba su propia blancura con la blancura de alma del monje, y no sabía decir cuál era mayor. Pero nada le impidió seguir creyendo que bajo todas aquellas apariencias de santidad andaban ocultas las garras del demonio. Animado por esta creencia, no se dió por vencido, y resuelto á terminar su obra, aunque algo triste y melancólico por lo infructuoso de sus primeras pesquisas, voló al cielo, para bajar de nuevo á la tierra, siguiendo el otro hilo culpable. Y por éste llegó á una ciudad americana, al seno de un oratorio discretamente escondido en una casa que tenía aspecto de antigua casa solariega. En la sombra del oratorio hallábase una mujer, ya anciana, la cual, puesta de rodillas, pasaba las cuentas de un rosario y dejaba salir de su boca el suave y monótono murmullo de los rezos. La dama era bastante conocida en la ciudad. En su existencia todos podían leer como un libro abierto; y, como al través de cristales muy diáfanos, todos podían admirar sus virtudes. Vestida con pobreza, cami

naba por entre la multitud, en la mano la limosna, la oración en los labios. Nunca abandonaba la sombra de su oratorio, sino por la sombra de las capillas ó la penumbra de las iglesias muy vastas. En catedrales y capillas habíase marchitado su hermosura, como en el altar las flores; y sus días volaban en una atmósfera de cantos místicos, como el humo del incienso. Los de su edad recordaban que, cuando joven, había sido bella y reinado con cetro de encantos y gracias en medio á una corte amable y numerosa; pero sólo unos cuantos, explicábanse por qué un día, bruscamente, aun en la flor de los años y en la plenitud de la belleza, dejó caer el cetro de soberana, cerró el oído á los infinitos halagos de su corte y, sin más voto que el voto hecho ante sí misma, renunció á su cómoda existencia de rica, á todas sus costumbres muelles, para vivir, sin fatigarse jamás, arrodillada en las duras baldosas de los templos.

Y el ángel siguió los pasos de la beata, como antes los del monje, pero con éxito mejor. El muy curioso, poniendo el oído al rumor de algunas almas, insinuándose al través de muchas rendijas, hurgando viejas memorias, recogiendo aquí y allá papeles amarillos, flores muertas y pálidos bucles de oro, pudo sacar de lo más hondo del pasado una historia de amor, fresca, vibrante y luminosa como las

mañanas de Abril. Por fin tenía en sus manos el secreto perseguido con tenacidad inquebrantable, secreto amoroso, cuya tibieza de fuego oculto bajo cenizas lo bañó, acariciándolo dulcemente. Pero el ángel contestó á la suave caricia estremeciéndose de miedo y horror, como ante un inminente contagio.

¡Pícaras almas! Aquellos dos seres, que tan lejos uno de otro vivían, respiraron tiempo atrás el mismo aire, bebieron tiempo atrás la luz del mismo cielo, y sus almas, abiertas al amor, se mecieron juntas en el mismo idilio plácido. En breves días amáronse mucho, con todos los amores: tierna, casta, ardientemente. Luego, una mano profanadora turbó el idilio; la sombra de un crimen se interpuso entre los dos amantes, apagó en sus labios la sonrisa, llenó sus corazones de tristeza, y los fué separando lentamente, hasta arrojarlos por último: á ella, á la vida devota en un retiro casi impenetrable; á él, al destierro, al áspero camino de todas las peregrinaciones.

Separados para siempre, sin saber el uno lo que el otro hacía, fueron á dar al mismo refugio. Ella, en su oratorio, y él en su celda, empeñáronse en matar el pasado, en extinguir las llamas del amor terreno, en volver á la paz y á la inocencia, haciéndose humildes, muy humildes, y luchando por convertir la turbia fuente de sus dolores en la onda clara de un

amor divino. Después de bregar días y años, lograron su fin: tornáronse buenos, y la plegaria—paloma blanca—se anidó en sus corazones para nunca más dejarlos. Pero, en realidad, en vez de matar el amor, lo mantuvieron vivo. Se aislaron, alejándose de los hombres, pero le dieron forma al recuerdo de la juventud y vivieron con él en perpetuo coloquio. Creyendo no amar sino á Dios, y sólo á Dios ofrecer en holocausto sus penas, amaban ese recuerdo de la juventud y le ofrecían todos los sacrificios. Cada uno guardaba la imagen del otro, como rosa de eterna fragancia en un altar sin mancilla. En ellos el amor continuaba siendo tan vivo y fuerte como antes, pero más ideal. Y la plegaria—paloma blanca—fué la mensajera de ese amor, secreto é invencible.

El ángel reconstruyó fácilmente las vidas del monje y la beata; comprendió lo que significaba el abrazo de luz de los dos hilos culpables; con toda evidencia apareciósele el desacato hecho á la Divinidad, desacato acreedor á un castigo sin término; y radiante de indignación voló al cielo y rompió á hablar con el tono severo de un juez implacable en la presencia divina:

—Señor—dijo—hay dos almas pecadoras á las que debes abrumar con todo el peso de tu justicia. Son dos de tus predilectas, de las que

enriqueciste con los dones más excelsos y colmaste de gracias. Tu generosidad sin límites la pagan con la más honda ingratitud. Viven olvidadas de ti. No sacrifican en tu honor una sola de sus bellezas, ni han quemado nunca en tus aras ni un grano de incienso. Y no sólo se han olvidado de ti y de la senda por donde á ti se llega, sino que han pretendido traicionarte haciéndote mediador de sus locuras. So pretexto de amarte, se adoran; so pretexto de rendirte culto, se ha convertido cada una en altar de la otra. En tus propias barbas, ahí cerca, se están besando siempre, entregadas á un amor nada puro, porque es hijo de la tierra. ¡Señor! Castígalas. Abrúmalas con todo el peso de tu justicia.

El Padre, al oir esto, sonrió con sin igual dulzura, posó la mano derecha sobre la cabeza del ángel y, durante algún tiempo la acarició, enredando y desenredando los alborotados rizos de oro. Luego dijo:

—No te impacientes, ya verás como pronto haré justicia.

Muchos ángeles y vírgenes, que habían oído las palabras acusadoras del ángel recién llegado, pusiéronse á esperar con atención profunda el fallo del Eterno.

Muy pronto, en efecto, las dos almas pecadoras, obedientes á la voluntad infinita, abandonaron el mundo. Casi á la misma hora en-

contraron, al monje muerto en su celda, y á la beata sin vida en su oratorio. Una sonrisa iluminaba sus rostros, y sobre la boca de ambos erraba un perfume.

Á poco de viajar en forma de chispas refulgentes, y cada cual por su hilo de luz, las dos almas se divisaron, reconociendose, á pesar de la distancia. Entonces quedáronse inmóviles y despidieron un fulgor vivísimo, para continuar después el viaje y de tiempo en tiempo detenerse á lanzar nuevos fulgores. Eran besos que se mandaban al través del espacio, y en tales besos los hombres no veían sino vulgares exhalaciones, de esas que incedian el cielo por las claras noches de estío.

Las dos chispas viajadoras, acercándose cada vez más, subieron y subieron hasta llegar al punto en donde se abrazaban los hilos. Ahí, encendidas como nunca, fundiéronse en una sola llama, la cual, á un gesto de la voluntad infinita, cuajóse en estrella y subió á resplandecer por los siglos de los siglos en la corona de astros que ciñe el Señor de los mundos y Padre de los seres.

Muchos de los ángeles y vírgenes que estaban atentos al fallo, sintieron las tristezas de la envidia: corridos y descontentos, no acertaban á comprender por qué merecían tan alto honor las dos almas pecadoras. Eran ángeles y

vírgenes que no habían amado nunca, é ignoraban la virtud suprema de los que saben amarse con amor abnegado y sin fin. Algunos, en el colmo de la vergüenza y la envidia, escondieron su frente bajo las alas vaporosas, en tanto que resonaba por todas partes uno como rumor de innúmeras arpas heridas, y caía, de verjeles invisibles, una lluvia de pétalos cándidos.

Y abajo, en la tierra obscura, un astrónomo desconocido, solitario habitador de una cumbre, habló á las gentes de un nuevo astro, cuya sonrisa blanca y suave alegraba el rincón más azul de los cielos.

CUENTO ROJO

CUENTO ROJO

Italiano y último descendiente de una de las más ilustres familias milanesas, parecía como si hasta él se hubieran venido acumulando todas las perfecciones de su linaje y de la raza. Su familia no terminaba, como sucede con otras de igual brillo y renombre, volviendo á la nulidad triste y obscura de donde en época lejana salió, sino dando uno de esos productos altamente organizados, en los que se puede ver y palpar la honda labor de la herencia. Con el oro á montones recogido dentro de viejas arcas señoriales, Renzi había heredado un oro mejor, aun con más pena recogido en la red complicada y sutil de los nervios. Cada uno de éstos representaba en él los combates, las torturas, las alegrías y el trabajo de muchas generaciones deseosas de subir, y subir siempre, hasta las cumbres más altas. El esfuerzo constante por ascender, la nunca satis-

fecha ansia de lo mejor, aguza y perfecciona el nervio, convirtiéndolo, al cabo, en rico manojo de finezas dispuesto á vibrar sabiamente. Matices de sensaciones é ideas, que son para los otros hombres lenguaje incomprensible, eran para Renzi cosa ordinaria. La sombra de un color felizmente conservada en algún lienzo vetusto, el alma todavía errante de flores que vivieron hace muchas primaveras, y el rastro de un sonido, bastaban á despertar en Renzi el vago y sordo estremecimiento de mil cuerdas vibradoras.

Su innata impresionabilidad, sin duda, había crecido bajo la influencia del medio en que vivía: las costumbres de su clase, y la tierra, el aire y el cielo del país de Italia, del país en donde brotan música las piedras, florece el mármol y por catedrales y museos palpita, con vida intensa y perdurable, ingertada en el seno de la humanidad vulgar, otra humanidad más noble, toda semidioses y héroes, toda belleza y color, salida, como á un conjuro mágico, de pinceles milagrosos.

Con su extremada sensibilidad y su espíritu en exceso cultivado, fácil le hubiera sido panetrar en los dominios del arte y no salir nunca de ellos, á no ser sus condiciones de rango y fortuna, mucho más favorables á la holganza y al ocio contemplativo y estéril que al trabajo fecundo. Sus refinamientos y cultura,

ayudados de la holganza, no le sirvieron sino para favorecer al principio, y más tarde acompañar el desarrollo de una simiente peligrosa, nacida en muchas almas jóvenes al despertar los primeros deseos. Entonces, y tal vez á consecuencia de lecturas románticas, muy frecuentes en los albores de la juventud, existe una tendencia, bastante general, á convertir en objeto del amor al amor mismo, no á una mujer determinada. Luego la naturaleza, por sí sola, modifica y destruye esa tendencia; pero cuando no sucede así, la tendencia persiste y se cambia en perversión incurable.

Renzi hizo del amor un arte. Amó por amar, y, como en todo, buscó en el amor la media tinta inapreciable para el vulgo. Hizo del amor un arte, y como todo artista, forjóse un ideal, ideal supremo y el más hermoso, porque jamás llega á vaciarse en un molde. Uno de esos pintores modernos que pretenden, con pocas pinceladas, pintar almas ó momentos de almas, representaría ese ideal de Renzi en una figura fantástica de contornos indecisos, como las que finge la niebla sobre lagos y mares, del seno de la cual surgieran dos manos diáfanas, tendidas, con gesto desesperante, á coger las rosas de una voluptuosidad y un amor extraterrenos, suerte de rosas místicas, de fragancia muy sobria, casi invisibles de transparentes y pálidas, capaces de crecer tan sólo en la

atmósfera de tibieza y luz, casta y suave, que envuelve las creaciones de Leonardo.

La fortuna parecía haberse puesto al servicio de sus locos fantaseos de amor. Sus amigos, al menos, le atribuían un sinnúmero de conquistas, y poco á poco fueron creando alrededor de su nombre una leyenda prestigiosa. En efecto, sobre algunas mujeres ejercía una seducción invencible, tal vez por el misterio de que rodeaba su existencia y por lo que tenían de enigmático sus modales y la expresión de su rostro. Sus ojos estaban siempre como sumergidos en la onda callada de un ensueño, en tanto que sus labios hacían un pliegue indeciso, difícil de saber si amable ó irónico. Fuera de su presencia, muy gallarda, sus atractivos no eran notables; pero así, dudosos como eran, atraían á algunas mujeres, transformándolas en juguetes ó esclavas dóciles. Y ninguna pudo alabarse de haber encadenado con sus gracias y coqueterías aquella naturaleza de soñador enfermo. Casi todas probaban, luego de vencidas, la amargura de la decepción, y se echaban atrás temerosas, como al contacto de algo frío y seco. En realidad, Renzi no ponía mucha pasión en sus amores, sino más bien un cálculo depravado de sibarita. Preparaba con mucho tiempo y calma, un néctar delicioso, una de esas bebidas de sabor intenso, que á la vez abrasan y

refrescan las fauces. Procedía con estudiada lentitud, á fin de avivar sus propios deseos y conseguir, al satisfacerlos, mayor goce. Pero llegada la hora, apenas tomaba un sorbo del néctar con tantas dificultades preparado, y después de paladearlo con inefable delicia, cuerpo y alma en fiesta, abandonaba la copa, llena todavía, para tender los labios, de nuevo sitibundos, á otra copa y otro vino.

Hacía como quien remata una obra y emprende sin tardanza otra, no preocupándose más de la primera. Abandonaba antes de ser abandonado, y con esa precaución lograba no conocer la náusea repugnante ni el hastío de los que engullen hasta la hartura.

Para sus adentros, vanagloriábase de no tocar nunca sino las copas que por sí solas buscaran sus labios, de no tender sus brazos sino á las caricias que espontáneamente brotaran como flores en la mujer querida, y espontáneamente le enviasen todo su perfume, como un incienso. Despreciaba el amor que hace veces de mercader y cambia sus caricias como vulgares monedas, por otras monedas, y reparte sus joyas según la fortuna y el nombre. Jamás quiso transigir con ese mercado maldito, ni aceptó los gajes de un amor hipócrita. ¿Supercherías de amor? Eso nunca. Al sospechar el engaño retrocedía, deshaciendo la obra. La gloria, el triunfo de su arte era

arrancar á las almas amor verdadero, haciéndolo salir, aun de las más duras, como de la roca el agua fresca al golpe de la vara mosaica.

Para eso contaba con su caudal de refinamientos, dirigidos y empleados por una inteligencia clara y penetrante. Ningún alma de mujer caía en sus manos que no rompiese al fin en vibraciones. Toda alma femenil era como un instrumento armonioso que él, conocedor, estudiaba durante un buen espacio, tanteándolo, ensayándolo, hasta exprimirle música. Y unas le daban notas profundas, como notas de órgano, que son abismos de tristeza; otras le daban sones claros y alegres como risas de cristales. Después era cuestión de calma y destreza dominar en absoluto, haciéndolo obedecer al menor capricho, el espíritu alado y sonoro del instrumento. Y tanta era ya su experiencia, y tal confianza tenía en sí mismo, que siempre estaba seguro de la victoria. De aquí su perplejidad cuando, una vez, cayó en sus manos un instrumento desconocido, al que no sabía arrebatar sones, como si se tratara de una especie de flauta rústica de cuyo íntimo secreto melodioso nunca hubiera sabido sino algún pastor artista, sepultado hace largo tiempo en una loma de Arcadia.

La causa de su perplejidad fué Irma, una

mujer de circo llegada á Milán con la compañía de acróbatas de que formaba parte. Muy pronto, la fama de su hermosura corrió de boca en boca, realzada, como siempre sucede en circunstancias parecidas, por la aureola de misterio encantador que posee todo lo exótico. Venía de muy lejos y era bellísima. ¿Qué más necesitaba para que muchos hombres cayeran á sus pies de hinojos y la adorasen?

Crecida entre saltos y cabriolas de saltimbanquis, hecha á los más brutales ejercicios, Irma no había conocido otra enseñanza, más ley ni voluntad que la fusta no siempre justiciera del patrón. Vista con desprecio y maltratada durante sus primeros años, dejó de serlo hacia el fin de su pubertad, en el mismo instante en que empezó á entreabrirse, espléndidamente lozana, la flor de su belleza.

El vapuleo convirtióse en agasajo, el menosprecio en homenaje respetuoso, y no le permitieron, en lo adelante, ningún ejercicio de los que requieren grandes esfuerzos. Desde el jefe hasta el último caballerizo, todos comenzaron á respetarla y aun á temerla, no porque la hermosura de Irma encendiese en ellos ningún sentimiento noble, sino porque esa hermosura llamaba al circo mayor número de espectadores que todas las habilidades juntas de los otros. La vileza de su vida con-

tinuaba siendo la misma, pero, en vez de manifestarse en golpes rudos y gritos ásperos, se disfrazaba de amor. Su trabajo fué suavizándose poco á poco, y se redujo, por fin, á revelar á la muchedumbre deslumbrada, en la casi desnudez de los trajes bien ceñidos, el precioso é inefable secreto de sus líneas. Y desde entonces iba de ciudad en ciudad, de feria en feria, vertiendo el filtro de ansiedades infinitas en pechos jóvenes, sembrando el germen de locuras extrañas en cabezas de ancianos, prostituyéndose á todas las miradas y á todos los deseos, sin conservar otra virtud que la de mantenerse calculadora y fría en medio á los incendios que provocaba el canto sensual de sus formas.

Con la fama de su hermosura corría la de su frialdad. Deciase de ella que era estatua sin alma, á cuya perfección no faltaba ni la fría serenidad de la belleza antigua, ó que era flor lozana y fresca, pero falta de aroma, como las camelias que se crían en la costa de Liguria.

Todo eso, á la vez, excitó la curiosidad sin límites de Renzi y lo indujo á buscar á Irma y á ponerla sitio, como á una fortaleza. La aventura, en los comienzos, marchó como por camino llano, sin ninguna clase de estorbos. Irma cedió fácil y pasivamente, sin voluntad ni deseo, como á la fuerza de una costumbre.

Á instancias de Renzi, fué á habitar la casa que éste poseía cerca de Porta Venezia, casa en la que nunca penetraron sino pocos amigos, llena de obras de arte y curiosidades de toda especie, como templo hecho al placer con todas las excelencias de un lujo sabio. Entre los dos estableciéronse, á poco, relaciones que el vulgo habría encontrado, cuando menos, muy peregrinas. Diariamente pasaban juntos algunas horas, y diariamente, por la noche, se alejaban uno de otro, sin que hubiera saltado aún entre los dos la chispa que funde cuerpos y almas. Con método, y de un modo insensible, á fin de que Irma no lo advirtiera, Renzi fué poniendo en práctica todo lo que sabía de su arte perverso; desde la influencia del perfume inflamador de naturalezas primitivas, hasta el poder de la música más ideal que, sólo en naturalezas hijas de una cultura extrema, enternece y abre los corazones.

Pero arte, delicadezas y argucias, de nada valieron: fatalmente se estrellaban contra una impasiblidad de mármol. En balde Renzi espió durante mucho tiempo aquellos ojos obscuros: nunca le hablaron de amor; en balde estuvo espiando los menores movimientos de aquel cuerpo de estatua: jamás el deseo rompió la armonía de sus curvas.

Lo que en Irma engendró la conducta de Renzi fué una sorpresa muy grande, en la que

vivió largos días. Según sus pobres ideas morales de criatura de circo, Renzi tenía indiscutible derecho sobre su hermosura y sus gracias. Sin embargo, él no se le acercaba sino muy respetuosamente, para alejarse luego sin que se hubiera permitido la menor libertad. Ni sombra de semejanza entre él y sus primeros amantes. De éstos, los unos habían llegado á ella movidos de pasión brutal, pronto apagada, en tanto que los otros únicamente qusieron mostrarla, vestida de seda y pedrerías, á la multitud, tal como se exhibe un objeto raro, satisfaciendo así la misma vanidad estulta que satisface el lugareño enriquecido, cuando muestra los dedos centelleantes de joyas.

Y mientras la sorpresa de Irma iba en aumento, se despertaban en Renzi una impaciencia y un desasosiego, de él hasta entonces ignorados. Una noche, su inquietud creció de improviso. Cenaban, de regreso del teatro, en un saloncito de la fonda más frecuentada por ellos. Renzi, tal vez bajo la influencia de la música oída en el teatro, rebosaba en ternura, y su ternura se desbordó como un torrente de frases bellas y palabras cariñosas y dulces que, una por una, cayeron á los pies de Irma, semejantes á flores recién cortadas, ricas en fragancia y color, esparcidas á los pies de una deidad implacable. Irma le oyó como quien

oye hablar á un loco inofensivo: benévolamente, sin decir palabra, sin hacer un gesto.

Exaltándose cada vez más, Renzi comenzó á reprocharla su dureza, á echarla en cara su frialdad, preguntándola, por último, si estaba hecha de bronce ó de nieve. É Irma entonces respondió, pero imbécilmente, encogiéndose de hombros. La villanía de la respuesta sublevó á Renzi; desde lo más hondo de su pecho vino el insulto á empañar sus labios desdeñosos de aristócrata; y al mismo tiempo, sin darse cuenta de lo que hacía, como en un instante de locura, golpeó con un extremo anudado de su servilleta la boca de Irma. Uno de los labios, cogido entre los dientes y el nudo de la servilleta, se partió, salpicando de rubíes la blancura inmaculada del mantel.

Irma, al recibir el golpe, se alzó muy pálida y, como dispuesta á devolver injuria por injuria, se abalanzó sobre Renzi con ímpetu irresistible. Él, puesto en pie, la esperó, inmóvil, mudo, tan asombrado de lo que él mismo acababa de hacer, que parecía haberse convertido en piedra. Pero ella, después de vacilar un segundo, enlazó con furia el cuello de Renzi, á la vez que brillaron sus ojos, más profundos y más negros, como llenos de voluptuosidad salvaje, y de sus labios heridos partió un beso, como del surco la alondra, cantando.

Había sido necesario romper el pomo lleno de esencia y herméticamente cerrado, á fin de que la esencia partiese, embalsamando los aires.

Un sátiro que, arriba, en el fresco pintado en el cielo del saloncito, asomábase por entre unos rosales, en actitud de acechar á dos ninfas desnudas, debió de reir con la más sarcástica de sus muecas al ser testigo de aquella trágica escena humana, evocadora de otras escenas que él presenció en días remotos, cuando la mujer no sacrificaba al amor sino bajo la fuerza del puño y la infamia del látigo.

Y después de saborear su triunfo, como legítimo, durante algunas horas, Renzi cayó en la cuenta de su engaño. Pensó, lleno de tristeza y de amargura, en todas las mujeres sobre las cuales había encontrado la corteza tosca y ruin de la mujer primitiva; se vió lejos, más lejos que nunca, de su ideal; se vió de nuevo con las manos tendidas, en un gesto más que nunca desesperante, á coger las rosas de una voluptuosidad y un amor extraterrenos, suerte de rosas místicas, de fragancia muy sobria, casi invisibles de transparentes y pálidas, capaces de crecer tan sólo en la atmósfera de tibieza y luz, casta y suave, que envuelve las creaciones de Leonardo.

CUENTO BLANCO

CUENTO BLANCO

La abuela estaba muy pálida y triste. Una fiebre sorda minaba su vida y hacía brillar extrañamente sus ojos bajo los cabellos albos. Reclinada en el cómodo sillón de respaldo muelle, veía hacia el patio lleno de luz, por donde se desparramaba en risas, charlas y juegos locos la fresca alegría de los nietos. Algunos de los hijos y dos ó tres de los nietos más formales rodeaban el sillón, atentos al rostro de la enferma, extenuado y melancólico.

La enferma no se quejaba: nunca, ni en medio de los más crueles dolores, la queja había roto la línea suave y armoniosa de sus labios. Era sabia en sufrimiento, porque lo éra en amor, y su existencia no había sido sino amor y sufrimiento. Quien ama sufre y hace sufrir, pues el amor más vive de lágrimas que de sonrisas. Amor siempre tranquilo, ó siempre en

fiesta, debe de ser privilegio de almas dudosas, almas pequeñas, almas pálidas de cretinos ó eunucos.

Aún menos podía quejarse la abuela en aquella ocasión, cuando hijos y nietos festejaban su cumpleaños. Antes bien, parecía aletargada en un reposo feliz, saboreando las dulzuras del día claro y del afecto filial. Gozaba de la ruidosa algazara de sus nietos y de la luz del sol, tan intensamente como si esa luz y esa algazara fuesen las últimas caricias de la vida á su vejez expirante.

Pero su tristeza, á pesar de todo el amor filial y toda la luz, continuaba siendo la misma, quizás más honda y obscura. Algo extraño sucedía en su alma de abuela: nadie dudó jamás de su valor, pero tampoco nadie dejó, por aquel entonces, de advertir su desaliento. Algunos achacaron á la enfermedad su primera cobardía de mujer brava. Sin embargo, su valor no era de los que se turban ante la enfermedad y la muerte. Su tristeza era la tristeza de una ilusión imposible, de un deseo irrealizable, abierto en lo más recóndito de su alma como una flor tardía. ¡Pobre, dulce abuela! Se daba cuenta de lo irrealizable de su deseo, y guardábase de manifestarlo, llamándolo para sus adentros locura, delirio de vieja chocha. Y el deseo, no expresado, la consumía lentamente.

Poco tiempo atrás, al sentirse enferma, comprendió que esa enfermedad sería la última y, con el presentimiento de su próximo fin, entró en su corazón un huésped melancólico: la nostalgia. La abuela no conocía á ese huésped: por lo tanto nada sabía de sus abrazos tristes, de sus caricias amargas, ni de sus languideces voluptuosas. En su vida colmada de amor y sufrimiento no cupo jamás la nostalgia. Primero, el noviazgo; luego, el marido con sus empresas y luchas de batallador incorregible; después, los hijos con sus enfermedades y educación y sus problemas de porvenir; por último, los hijos de los hijos con sus gracias, y también con sus dolores le impidieron echar menos la patria, el rincón por el cual se deslizaron los días de su niñez, el paisaje alegre y sano de su campiña tudesca.

No quería decir esto que hubiese renegado de su patria: pensaba mucho en ella, y de ella hablaba mucho, pero sin dolor ni amargura, como se habla de un pasado bello y apacible que no dejó ni un pesar, ni una sombra.

Y cuando menos lo esperaba, cuando se creía cerca, muy cerca de la tumba, ya bien apercibida al último viaje, la nostalgia, la gran melancólica, se abrazó de ella, convirtiéndola en juguete de una veleidad, en juguete de un deseo agudo, tanto más agudo cuanto menos realizable, el deseo de ver, antes de cerrar

los ojos al vano panorama de las cosas, la casa paterna, el jardín de la casa paterna y todo el paisaje nativo. Por primera vez halló monótona y fea su segunda patria, la patria de su prole, el país de Venezuela con su clima tropical, su naturaleza bravía, su verano perpetuo que mata los follajes y hunde las almas en estéril modorra surcada de ardores bruscos y efímeros.

Víctima de su nostálgico deseo, la abuela se la pasaba desgranando sus recuerdos, uno á uno, remontando cada día el curso de los años, esforzándose por vivir nuevamente, con el poder evocador de la memoria, su infancia pura y tranquila. El día de su cumpleaños la mortificó, tal vez como nunca, su veleidad. Mientras miraba desde el cómodo y venerable sillón, de respaldo mullido, los juegos de sus nietos y gozaba del sol que sobre pilastras y baldosas del patio repartía sus caricias brutales, ella, de vez en cuando, olvidaba los retozos infantiles y se olvidaba del sol, para irse lejos, lejos, y al fin de su viaje ideal hallarse á sí misma jugando con otros niños por primavera, ó sola con su única hermana por invierno, en tanto que del cielo obscuro, color de plomo, caía nieve. Y gozando del sol de los trópicos, la abuela, en su honda nostalgia, suspiraba por un poco de nieve.

—¡Ver un poco de nieve, y luego morir!..,

Ausentándose unas veces en alas del deseo, atendiendo otras veces á las travesuras de los chiquillos en el patio lleno de luz, la abuela sintió como unidas por un lazo invisible su propia infancia y la infancia de sus nietos. De pronto sonrió, y sus labios, al sonreir, parecieron á la vez murmurar algunas palabras.

—¿Qué quieres, abuelita?—dijo, fijándose en ella, una muchacha de trece á catorce años.

—Nada, hija.

—Me pareció que decías algo.

—¡Ah!, sí. Estaba pensando en una historia muy vieja, casi tan vieja como yo, pero que guarda, á pesar de los años, la frescura juvenil de los rostros como tu rostro. Es la historia de unos novios chiquitines.

—¿Por qué no la cuentas, abuela?

—No es muy alegre esa historia, hija.

—Cuéntala. No importa que no sea alegre. Te distraes. ¿Los llamo á todos para que te escuchen?—Y sin esperar contestación, llamó á todos los chicuelos que alborotaban en el patio.

La abuela se vió rodeada en seguida de muchas miradas curiosas, de muchas mejillas tersas, de muchos labios en flor y bucles indomables, y al verse de este modo, en estado de sitio, se rindió, sacudiendo por un instante su letargo y empezando á decir, como empezaba á menudo:

—Entonces tendría yo siete años, más ó menos...

Invariablemente, cuando la abuela comenzaba así, aparecía en las caras de algunos de los nietos una expresión de incredulidad candorosa.

—¿Será posible que la abuela haya tenido nunca siete años?—parecían preguntarse aquellos incrédulos.—Mas, á la expresión de sorpresa y duda sucedía la expresión del contento, porque la abuela, cuando empezaba así, hablaba de su niñez y de su patria, y decía muchas cosas bellas. Decía de praderas alfombradas de margaritas y amapolas; de unos árboles muy hermosos, de follaje verde claro, llamados tilos, en cuyas copas cantan los ruiseñores; decía de una gran chimenea de piedra en donde gimen las brasas; decía de nieve, de brumas, de noches de escarcha, muy frías, tras de las cuales vienen mañanas también muy frías, pero claras, luminosas, de cielo azul transparente sobre los árboles vestidos de caprichosos trajes blancos.

—Entonces tendría yo siete años, más ó menos. Mi hermana Elsa era menor que yo. A fines de primavera venían los tíos y con ellos los primos Juan y Rosa, para no volver á la ciudad sino á mediados ó á fines del otoño. Y todo ese tiempo lo pasábamos juntos los cuatro primos, jugando á más no poder en el

vasto jardín delicioso, á la sombra de árboles corpulentos.

—¿Eran tilos, abuela?

—Tilos y encinas...

—Y los tilos echan florecitas blancas, ¿verdad?

—Sí, florecitas blancas... Pues con esas flores y otras muchas flores engalanamos á Elsa un día de la última primavera que nos vió juntos á los cuatro. Jugábamos á novios, y á Elsa, la novia, la vestimos de flores de la cabeza á los pies. En los cabellos, en el seno, por todas partes le prendimos flores de tilo, margaritas y rosas. Después de haberla ataviado, la aplaudimos mucho, porque estaba muy bella la novia de ojos azules con su traje en flor. Toda era flores la novia: flores el traje, flores ella misma con sus ojos como violetas y sus labios como rosas.

Juan había propuesto el juego; además, él ejercía sobre nosotras el doble ascendiente del sexo y de la edad, y se daba aires de tirano: nada más natural que él fuese el novio. Rosa fué la madrina, y yo... ¡ah! yo desempeñé un papel muy serio, el más importante en apariencia, en realidad el más tonto: yo era el cura, y como tal había de bendecir la unión de la novia adorable y el novio fuerte. ¡Nadie sabe cómo me arrepentí, después, de haber sido cura! ¡Algunos remor-

dimientos de conciencia me costó el oficio!

Bueno... Pues desde esa ocasión en que por primera vez jugamos á novios, muchas veces durante aquella temporada jugamos el mismo juego, y siempre, aunque Rosa y yo protestáramos, era Juan el novio, la novia Elsa, Rosa la madrina y yo el cura. Imposible trocar los papeles: Juan no admitía otra novia que Elsa, y ésta andaba un tantico orgullosa de las preferencias de Juan.

En casa, nadie sabía de nuestro juego: de éste no hablábamos jamás delante de las personas mayores, por miedo á las burlas. Rara vez iba alguien hasta el rincón de jardín en donde jugábamos, á la casita de madera construída para nosotros al pie de un tilo. Nuestras chiquilladas y travesuras no las presenciaba sino el perro de casa, un perro muy leal, muy fiel y como un león de valeroso. Mejor que ninguna niñera nos cuidaba ese perro: para llegar hasta nosotros era necesario toparse con él y, sin su venia, no era posible seguir adelante.

Jugando á los novios, descuidados y felices, dimos inconscientemente ocasión á que brotara y creciera una chispa de un fuego raro é ideal, conocido de muy pocos. Juan llegó á fomar en serio su papel de novio, y, además de hacer cuanto agradaba á Elsa, permitióse torjar colosales proyectos, como el de cons-

truir, cuando hubiese estudiado lo bastante y fuese más hombre (porque ya él se creía un hombre) una casa grande, muy grande, como un palacio de reyes, y regalársela á su novia Elsa, con la mar de joyas, vestidos y dulces, muchos dulces.

En otoño, los tíos regresaron á la ciudad, y Elsa y yo, apesadumbradas algún tiempo, nos consolamos pronto, viviendo con la esperanza fija en la primavera futura y la futura vuelta de los primos.

Mientras tanto, Juan vivía sin consuelo. Desde su llegada á la ciudad su tristeza aumentó cada día, hasta alcanzar proporciones que alarmaron á todos los de su casa. Del antiguo carácter jovial del pobre chico no quedaron al fin sino indecisos relámpagos pálidos. Melancólico y displicente, el juego y el estudio no le absorbían como antes, y su desgana era absoluta é invencible. Sólo hablaba con placer de nuestra casa, y suspiraba por ella, por el jardín y sus tilos, por nosotros y por nuestra heredad plantada de manzanos. De las extrañezas melancólicas de Juan nos enteró una carta de los tíos que mi padre leyó en presencia de nosotras, una noche de invierno, cerca de la chimenea monumental donde el chisporroteo de los tizones y los aullidos del viento en el cañón de la chimenca contaban un cuento lúgubre de frío, hambre y lobos. Todos

comentaron la carta de los tíos y las tristezas de Juan, pero ninguno dió con el motivo de esas tristezas. Á nadie le ocurrió pensar que nosotras pudiéramos conocer la verdadera causa del malhumor del primo. ¡Qué iban á saber unas chiquillas!

Sin embargo, mientras yo oía los comentarios de los otros, una convicción echaba raíces más y más profundas en mi cabecita de chicuela. ¡Ah! Yo sabía con seguridad por qué Juan estaba triste, por qué no estudiaba, por qué vivía pensando en nosotras. Esa convicción me alegró extremadamente: me encantó saber algo que las personas mayores ignoraban, y guardé ese algo para mí sola. Ya empezaba yo á ser mujer, porque ya empezaba á sentir esa necesidad femenina, irresistible, que hace malas á muchas mujeres: la necesidad del secreto. Yo tenía ya mi secreto, y lo celaba como si fuese un tesoro, ó un secreto muy grave, muy grave, del cual dependiera la suerte de los mundos. Por nada me hubiera dejado arrancar mi secreto. Además, de poco me hubiera servido el revelarlo: se hubieran burlado de mí las personas mayores, porque así somos las personas mayores, porque así somos casi todos los viejos. Maniáticos y egoístas, creemos que nuestra mezquina experiencia personal es compendio y resumen de todo el saber, y desdeñamos á los

jóvenes, con más razón á los niños. Afortunadamente mi secreto no era grande ni malo: antes bien, era pequeño y puro como gota de rocío, como centella de oro, como grano de incienso.

Á la primavera siguiente los tíos volvieron en época anterior á la de costumbre, obligados á ello tanto por la tristeza incurable de Juan como por la muerte de Rosa. El invierno, el implacable rey anciano de barbas de nieve se había llevado á Rosa á sus fríos palacios de columnas de hielo y techumbres de escarcha y granizo.

El cambio de Juan, á su llegada, fué muy brusco: de repente recobró la salud y el buen humor perdidos, y todos notaron el cambio con gran asombro y contento. En el jardín, bajo los mismos árboles, jugamos los mismos juegos, y para vivir como antes no faltaba sino Rosa. Aún puede decirse que ni ésta faltaba, porque la habíamos convertido en objeto de un culto noble. Nuestros labios la nombraban á cada momento, y cuando nos repartíamos los papeles de un juego, ó juguetes ú otras cosas de regalo, á la muerta, á la compañera ideal reservábamos un papel ó una porción. En el juego de novios, y aun fuera del juego, ella seguía siendo la madrina, y los novios arrapiezos hablaban de ella y con ella, como si Rosa estuviera presente, al menos en espíritu.

Así pasamos muchos días, y muchos más habríamos pasado de igual modo, si la enfermedad y la muerte, incansables perseguidoras de los niños, no hubiesen de nuevo entristecido nuestras almas. Elsa enfermó y, hacia los comienzos del verano, murió, víctima, según supe después, del mismo mal de Rosa. Entonces fué cuando mi secreto dejó de ser mi secreto, para convertirse en amarga evidencia de todos.

Juan recayó en la tristeza y el dolor. Cuanto se hizo por distraerlo, por disipar la negra nube de su melancolía, fué inútil. Ni de mí hacía caso el pobre Juan. ¡Qué iba á hacer caso del cura, cuando la madrina y la novia estaban ausentes! Su dolor, decían, era como el dolor de las personas grandes, intenso y mudo. Al fin llegaron á temer por su vida, y su padre resolvió curarlo, valiéndose de un remedio heroico, fácil de conseguir, conocido de los enfermos del alma: la fatiga del cuerpo. Casi diariamente se lo llevaban lejos, á través de los campos, hacia aldeas remotas, en excursiones cada vez más largas y difíciles, de las cuales volvía Juan rendido de sueño, laxitud y cansancio. En realidad, pronto pareció como si las fatigas ahogaran el dolor y desvanecieran las nubes grises del tedio. Y poco antes de irse á la ciudad con su familia, Juan llegó á casa, por una tarde purpúrea de oto-

ño, muy risueño, casi alegre, mostrándonos con un gesto de triunfo de su mano izquierda, alzada al nivel de su frente, un racimo de dos manzanas maduras cortado en la heredad próxima, y después de mostrarnos el racimo, señaló con su mano derecha, libre las dos manzanas, diciendo con expresión grave:

—Una es para Elsa, la otra para mí. Luego suspendió el racimo de la cabecera de su cama.

Nadie se fijó entonces en el acto ni en las palabras del primo. No se fijaron en ese acto y esas palabras, recordándolos bien, meditándolos con miedo religioso, sino dos meses más tarde, en invierno, cuando Juan se durmió, pálido el cuerpo, el rostro con manchas negras y azules, en un ataúd chiquitín, forrado de blanco...

Y el pobre cura, hijos míos, el pobre cura se quedó solo, para contar, cuando llegara á viejo y estuviera cerca del último viaje, la historia de los dos niños candorosos que crecieron juntos y juntos maduraron como las manzanas del racimo.

Al terminar la abuela, el soplo de misterio desprendido de sus labios acariciaba todas las frentes, despertando, en las frentes de los hijos y de los nietos mayores, pensamientos graves, pasando como beso sin rumor sobre las frentes de los chiquillos, demasiado tiernos para comprender la historia sutil de la

anciana. En cambio, ésta se había serenado, y estaba alegre, muy alegre, como si hubiera podido libertarse de toda su nostalgia, vaciándola—amor y belleza—en el molde casto y pulcro de aquel idilio triste, delicado y frágil como un pétalo, delicado y tenue como un matiz, delicado y penetrante como un perfume: el perfume de la niñez y de la patria.

AZUL PÁLIDO

AZUL PÁLIDO

Es cierto que en el primer instante, cuando me fué confirmada la noticia y tuve que rendirme á la evidencia de los hechos, protesté á gritos, lloré y maldije. El desengaño me hirió en la sombra, traidoramente, y con demasiada brusquedad para no desesperarme, como en efecto me desesperé, hasta volverme loco. Pero esa locura mía sólo duró una noche. Después, vinieron días melancólicos y pálidos. Nube de tristeza envolvió durante esos días mi alma, y de la misma nube de tristeza bajó el rocío del consuelo. Dolor y melancolías cristalizáronse, á la postre, en un pensamiento consolador y generoso. Muy pronto volvió la sonrisa á mis labios, y volví á ser bueno.

¿Por qué y contra quién me rebelaba? Rebelarse contra el destino es pura insensatez. ¿Tenía, acaso, el derecho de acusar á nadie?

Figúrate que un sér bueno, cualquiera que él sea, se complazca en derramar en tu corazón, durante mucho tiempo, sin que hagas esfuerzo ninguno para ello, el tesoro de sus bondades, y que un día, de improviso, porque tal es su deseo, interrumpa su obra de caridad y amor y te deje entregado á ti mismo... ¿tendrías derecho á reprocharle nada? Harías algo semejante á lo que hice: altivo y noble, como eres, te refugiarías en la fortaleza de tu orgullo, guardando siempre, en lo íntimo de la conciencia, un caudal de gratitud para quien te colmó de beneficios.

Dirás que en todo eso no hay nada semejante á lo que me ha sucedido. Ponme atención, y verás que en el fondo es una misma cosa. Se trata, sin duda, de un engaño, de una mentira manejada con habilidad suma, con arte maquiavélico, que es arte de mujeres; pero no puedes negarme que de engaños y mentiras resulta á veces algo muy bueno. Pues bien, á la mentira de esa mujer debo mucho, quizás todo lo que ahora valgo. Su mentira habría sido crimen repugnante si ella la hubiera prolongado, con esa misma perfección que te choca, hasta más allá de la vicaría. En sus manos estuvo hacerme la risa y murmuración de la multitud, en sus manos estuvo el clavarme en la frente la corona de espinas del ridículo; pero ella, con tacto ex-

quisito y maravilloso, supo detenerse en el instante necesario, en el límite justo, más allá del cual no iba á quedarle sino el recuerdo de haber sido honrada. Ya por este sólo hecho le debo gratitud. Pero, además, su mentira fué mi salvadora. Sin ella, ¿qué habría sido de mí durante los tres últimos años? Arruinado, herido de la adversidad, casi completamente solo, víctima del desaliento, quién sabe en qué surco habría caído á morir, obscuro y miserable. Su mentira me alzó del polvo y me sostuvo, me comunicó energías, me llenó de esperanzas, dió un fin á mi existencia y me hizo trabajar con entusiasmo, con furia, hasta que rehice, como lo sabes muy bien, una posición que había perdido y una fortuna que había arrojado, en un delirio de prodigalidad, á los cuatro vientos. En más de una ocasión probé la amargura de los reveses, pero al fin y al cabo, conocí también la alegría de la victoria. Mi triunfo lo debo á su mentira. ¡Y qué triunfo! No sólo he rehecho mi fortuna, sino que me he rehecho á mí mismo, física y moralmente. Y ahora, porque esa mujer no quiere seguir mintiendo y me ha causado, al revelarme el vacío de su amor, un momento de tortura, una noche de negra desesperación y algunos días tristes ¿quieres que maldiga de ella? ¿Qué es todo el mal que me ha hecho, sino breve instante penoso, comparado con

tres años de esperanzas y lucha, tres años de vida, en una palabra?

Maldecir de ella sería, por otra parte, maldecir de mí mismo, ó de lo mejor de mí mismo, del pedacito de alma, todo fragancia y virtud, en donde guardo como en un relicario precioso, mis primeros ensueños de amor y el perfume de los primeros besos.

La vida no es otra cosa que una serie de ilusiones, y la vida mejor es aquella en la cual las ilusiones se han conservado casi intactas. Por eso no quiero menoscabar esa última ilusión mía, la más hermosa y más fecunda en bienes que he tenido. Si por tal menoscabo ha de padecer alguien, no seré yo quien padezca, sino ella que fué la que asestó el golpe.

Creo que en todo lo acaecido no hay para mí ni la sombra de una injuria, pero si ésta existiera, estoy dispuesto á perdonarla. Largo tiempo he estado recibiendo beneficios, ricas prendas y dádivas de amor, y bien puede permitírseme que trate siquiera de pagar la deuda contraída con un poco de la nobleza que me sobra.

Y bien puedo mostrarme magnánimo, pues de los personajes que figuraron en ese drama pequeño y sin ruido, soy el menos perdidoso, por más que parezcan desmentirme las apariencias. No te supongo tan cándido como

para creer, así como creen muchos, que el hombre que me ha sustituído, según dicen, en el corazoncito voluble de mi antigua novia es el que realmente gana. Él, á los ojos de casi todos, es el vencedor, yo el vencido. Sin embargo, yo, el vencido, compadezco á mi adversario afortunado. Y no es mi soberbia la que habla. Cada vez que me encuentre por las calles y me vea frente á frente, ese hombre sentirá en lo más hondo la bofetada de la humillación, y echará sangre su orgullo. Veloces y terribles, como centellas, lo traspasarán mil pensamientos amargos. Pensará que yo fuí el primero; pensará que para mí fué toda la frescura del alma de la que es hoy prometida suya, cuando esa alma no era sino botón entreabierto. En cada una de sus delicias de amante caerá una gota de veneno. Cada vez que ella le vea ó le sonría amorosamente, pensará que para mí tuvo sonrisas y miradas iguales, y cuando en el verjel bien cultivado del amor abran las rosas de los besos, por lo menos le sobrecogerá la duda de si fueron para mí los primeros besos que dió su boca de virgen. Y conocerá la peor de las torturas: rabiar de impotencia, considerando que con todos los poderes y todos los tesoros de la tierra, no alcanzaría á arrebatarme la frescura que robé á un alma, ni borrar de mí memoria y de mis labios la vaga huella d

unos besos. Poco á poco, la sierpe de los celos irá en él creciendo y abrazándose al amor, hasta matarlo.

Como ves, nada tengo que envidiar al que, según las apariencias, me ha vencido. Ojalá disfrute de su triunfo. Con toda sinceridad te digo que en mi alma no germinan deseos malos de venganzas futuras. ¿Á qué he de perturbar la existencia de nadie, si todavía soy bastante joven y puedo reconstruirme otra ilusión, tal vez más hermosa y perdurable, en cuyo palacio encantado viva feliz? Todavía soy bastante joven y puedo mantener el corazón abierto á una nueva esperanza, á un ideal más puro.

Vas probablemente á decirme incorregible y loco, viéndome resuelto ya, todavía bajo el golpe de un desengaño reciente, á dejarme seducir y extraviar por un nuevo espejismo de amor. Me parece haberte dicho que hay mentiras las cuales, en vez de sernos dañosas, hácennos mucho bien. Y es inútil que me aconsejes, como siempre lo haces, el no pensar en amoríos vanos, sino en ocuparme en cosas serias. ¿Crees que exista ocupación más seria que la de abreviar el espacio de hastío y de dolor que nos separa de la tumba? Pues la mejor manera de abreviar ese trayecto doloroso es llenarlo de ilusiones y de amor.

¿Que el amor es mentira? No importa. En todo caso, es en la vida del hombre lo que es el azul en el cielo y en los mares: mentira, pero la más encantadora y bella de las mentiras.

CUENTO GRIS

CUENTO GRIS

Hacía rato los cuatro médicos charlaban con bastante viveza. Al principio se refirieron casos extraños y difíciles. Y á propósito de uno de estos casos, pasaron á contarse, entre cuchicheos, risas y exclamaciones, historias de oprobio y deshonra, á ellos reveladas en el seno de las familias: crímenes ocultos, de amor la mayor parte; secretos vergonzosos de codicia y lujuria, todas las insanias, fealdades y tristezas del barro hecho hombre. Cada uno, psicólogo y médico á la vez, fue sacando de su museo particular, llevado en la memoria, las piezas más raras: algunas miserias peregrinas, pálidos jirones de cuerpos y muchos andrajos de almas.

Al mismo tiempo hablaron de lo arduo y fatigoso de la profesión, fuente inagotable de hastío, de noches de insomnio, de placeres truncados, de infinitas privaciones y mil dis-

gustos, como viajes emprendidos en toda época del año y á toda hora, lluevan llamaradas de sol ó baje de los cielos agua á torrentes.

Dijeron también de la comedia por ellos representada á los ojos del vulgo, incapaz de medir y recompensar los esfuerzos del clínico; y entonces recordaron las acusaciones terribles de que es víctima el médico, los injustos reproches que el médico está condenado á oir en boca de los clientes, como si no le bastara su propio desconsuelo ante la vanidad de las cosas y el vacío del saber, cuando una vida de hombre se le va de entre las manos y nada impide á la sangre dormirse en las venas, á los ojos llenarse de sombras y á la inteligencia caer, como débil llama tremulante, en un pozo de aguas negras y profundas.

—Pues yo—dijo con esta ocasión el más joven de los cuatro médicos—he oído las acusaciones más disparatadas y los reproches más duros. Bástame haber siempre ejercido en campos y aldeas, pues nada hay tan difícil como llevar á las almas de campesinos y aldeanos, con la excusa para nuestros errores, la idea de lo menguado y relativo de nuestra ciencia. En los comienzos de mi carrera, á cada paso recibía yo una granizada de reproches, y cada vez me atormentaba estudiando el modo de evitar el granizo. Colegas más ignorantes y menos afortunados lo evitaban.

¿Por qué no podía yo hacer igual cosa? El adaptarse á un medio requiere algún sacrificio, y el médico hace el de su ingenuidad cuando ejerce en aldeas y campos. Será, según los casos, charlatán, brujo, ó algo parecido, excepto lo que realmente es ante la propia conciencia. De no hacer este sacrificio, la abundancia nunca pasará por sus manteles y ha de estar apercibido á huir, á lo mejor y entre las tinieblas nocturnas, del encono y la rabia lugareños.

De todos modos, oí de tiempo en tiempo algunos reproches, pero ya con oídos de mercader. Sólo uno me hirió hondamente, por la manera como se me hizo y las circunstancias que lo acompañaron. Fué simple y espantoso á la vez. Jamás lo olvido, y el recordarlo me llena siempre de escalofríos y vierte en mi alma las angustias y congojas del remordimiento. Tendría yo poco más de un año de establecido en Cantarena, poblachón antipático en donde la fiebre palúdica reina sin la más vaga sombra de enojosos rivales. Fuera del nombre, en mi sentir muy bello, Cantarena es lo más antipático del mundo. Ahí fué mi iniciación en la lucha por la vida, mi iniciación en esta existencia de médico, humilde y amarga, arrastrada de pueblo en pueblo, sin mejoras de fortuna, sin días claros ni momentos felices, sin esperanzas de rique-

za y aún menos de renombre. Como es natural suponer, mis principios fueron difíciles: hube de pelear bravamente, deshaciendo intrigas, evitando golpes, burlando armadijos y redes, hasta abrirme un espacio en donde comer tranquilo mi pedazo de pan mojado de lágrimas.

Armadijos, golpes é intrigas eran obra de un colega nuestro, de un farmaceuta de contrabando y del mismo señor cura de Cantarena, quien, no contento con ser médico de almas, aplicábase á curar el cuerpo de los míseros pecadores, pero con tan mala suerte, que las almas íbansele en derechura á las copas y los dados, en tanto se les escapaban los cuerpos caminito del Sur, hacia el paraje más hermoso y útil de los contornos, lleno de piedras albas y cujíes de anchos doseles, coquetón cementerio blanco y verde, paramentado de rojo cuando florece el cujisal sobre las tumbas.

Por lo demás, ninguna ventaja les lleva Cantarena á los otros pueblos comarcanos. Tiene el mismo aspecto ruin y pobre. El núcleo de la población lo forman dos calles, muy rudimentaria una de ellas. Las demás casuchas del pueblo se alejan de ese núcleo, desparramándose desigualmente como las aves más cautelosas y esquivas de una misma bandada. En el pueblo, como en sus habitantes, igual tristeza y desmedro: caserones caídos

para no alzarse nunca más; casas abandonadas para siempre, cuando apenas comenzaban á levantarse del suelo; hombres de treinta años con aires de adolescentes marchitos, sin un pelo en la barba, ni un rastro de fuerza en los músculos; y en casi todas las puertas, ó jugando con el polvo de la calle, niños menguados, pálidas flores de anemia, de piernecitas gráciles como hilos, vientres enormes, párpados espesos y labios lastimosos, pobres labios en donde no abren las rosas de la salud, ni rompen las risas frescas y radiantes, ni cantan sino los besos de la fiebre. Es la desolación de los hombres en medio á la infinita desolación de las cosas. Nunca pienso en esos lugares, en donde forzosamente vivo y trabajo aún, sin representarme la patria como un vasto desierto, á cuya tristeza y esterilidad concurren dos fantasmas: el fantasma color de sangre de la guerra civil y el lívido y no menos odioso fantasma de la fiebre.

Este último jamás abandona á Cantarena: mantiénese en acecho en cada hogar de campesino, espiando, con sus ojos de llamas, los ojos próximos á extinguirse para siempre, señalando, con sus dedos convulsos, las manos encallecidas próximas á caer contra las paredes de un ataúd muy pobre, pintarrajeado de negro.

Á veces pasa como una ráfaga de muerte, y

mientras unos caen para no alzarse jamás, otros emigran, huyendo del azote. En una de estas ocasiones fuí llamado á una casita algo distante del lugar. Para llegar hasta la casa, débese orillear primero una laguna situada al Noroeste de la población, y luego seguir una senda fangosa, de bordes llenos de maleza. Los habitantes de Cantarena ven esa laguna con ojeriza y rencor no infundados: dicen que de ellas salen fiebres como del mar nubes. Sin embargo, después del cementerio, la laguna es lo más hermoso de los alrededores. Al menos hacia la tarde es una gloria verla copiar, en el fondo de sus aguas dormidas, el incendio del crepúsculo; y es casi casi una delicia por las noches serenas, cuando de sus aguas verdosas y del matorral de sus orillas álzase vibrando en el aire transparente el coro monótono y dulce de su pueblo de ranas. Primero son tres, cuatro, cinco ranas las que interrumpen el silencio con su croar continuo; después agréganse otras, y otras, hasta formarse un gran orfeón lloroso como de infinitas plañideras que marcharan tras un convoy fúnebre, perdido en las sombras.

Era medio día cuando me llamaron. Apenas pude, monté á caballo y me dirigí á la casa, habitación de una vieja mulata, de mucho antes cliente mía, y de un hijo suyo. Éste era el

enfermo. La vieja, de nombre Paula, hacía apenas un año era envidiada, en el pueblo, de todas las madres, por tener tres hijos buenos y dóciles como si fueran corderos, y á la vez tan sanos y robustos como los toros salvajes. Pero hacía un año precisamente, la guerra habíale matado el mayor. El segundo, honrado y trabajador como los otros, era el mala cabeza de la familia: le daba de cuando en cuando por beber, y entonces volvíase loco, armaba pendencias monumentales y era la zozobra y consternación de la aldea. En una reyerta, provocada por él, halló la muerte poco tiempo después de morir el primogénito.

Y así fué como la pobre madre quedó con un solo hijo. La tristeza nacida de su doble é irreparable pérdida se fué cambiando poco á poco en amor abnegado y sin límites para el hijo sobreviviente. Lo rodeó de sus mejores ternezas, lo convirtió en ídolo y como á un dios lo adoraba.

Era un amor lleno de angustias y temores. Al ver en su hijo el menor indicio de enfermedad, sobresaltábase, y sobresaltada, no sin razón, vino á mi encuentro aquel día. El hijo, fuerte mocetón de veinte años, de ojos claros y piel obscura, tenía la fiebre. El caso me pareció un caso vulgar. Sólo hallé algo congestionado el rostro y oí en el pecho algunos estertores de bronquitis.

—Creo que no hay motivo de alarma—dije á la buena mujer.

Ordené en seguida lo que había de hacerse al enfermo, y partí, prometiendo volver á la tarde, antes de cerrar la noche.

Por la tarde, en efecto, volví, pero la enfermedad no ofrecía grandes cambios. Sin embargo, á las reiteradas preguntas de la vieja, contesté:

—*Me parece mejorcito.* Y pensando volver al día siguiente con el alba, me despedí, ansioso de llegar adonde ya me esperaban de seguro mis contertulios de todas las noches, dispuestos á dar principio á nuestras habituales partidas de dominó, eternas y bulliciosas.

Muy tranquilo y confiado llegué, en la mañana siguiente á la casa. La vieja de pies é inmóvil en la puerta, veía con rara tenacidad hacia el Oriente, como si esperase algo que estaba por venir, tal vez de la población, tal vez de mucho más lejos. No se movió para venir á mi encuentro. Sin fijarme en su actitud enigmática, y mientras me apeaba del caballo, le dí los buenos días y le pregunté, en tono de voz casi alegre, por el enfermo.

—*Me parece mejorcito*—contestó la vieja, pero sin dar un paso, ni dejar de ver, con los ojos muy fijos, en dirección del Oriente. Después de lo que voy á contar fué cuando caí en la cuenta de que la vieja repitió con fidelidad

implacable mis últimas palabras de la víspera.

Suponiendo que Paula me seguiría en lo interior de la casa, penetré en ésta, y fuí sin vacilar hasta el cuarto del enfermo. Rodeado de mujeres que rezaban en voz baja, y en medio de algunas luces estaba mi cliente, muerto durante la noche.

Ante aquel espectáculo, oyendo todavía las palabras de la vieja, y recordando su actitud, sentí algo terrible y confuso: fué como la sensación de una bofetada, capaz de reducirme á polvo, é inmediatamente después, la sensación de un miedo infinito, obedeciendo á la cual salí sordo y ciego de la casa, monté á caballo, aún no sé cómo, y á todo el correr de mi cabalgadura partí como el criminal perseguido de cerca por la justicia.

No exagero. Durante algún tiempo fuí víctima de ese terror pánico. No se me apartaban de la memoria el dicho y la actitud de la vieja mulata. Á cada instante resonaban en mi oído aquellas palabras, indiferentes en la superficie, mientras en el fondo eran bofetones de sarcasmo, rehiletes de ironía, cisternas de amargura. Á cada instante veía yo de nuevo la imagen de aquel rostro impasible y duro, como de bronce, y aquellos ojos resecos, de mirada lúgubre y fija.

Pero en la actitud de la mujer no había sólo un reproche dirigido á mi ignorancia ó lige-

reza: había otro reproche vagamente formulado por las entrañas rotas de la madre. Quizás la duda abría por la primera vez sus flores negras en aquella alma simple. El cura del pueblo, en sus cortas pláticas del domingo, y un libro de oraciones, en sus páginas, le habían hablado muchas veces de una Providencia que viste los lirios del valle y alimenta las aves del cielo; y tal vez preguntábase, la infeliz, por qué esa misma Providencia, cuidadosa con aves y lirios, permitía su desamparo y dolor, privándola en breve tiempo de su única riqueza y de todos sus amores en el mundo, de los tres hijos orgullo de su vida, vivas memorias de su juventud, apoyo de su vejez, pan de su cuerpo y alegría de su alma.

Días más tarde, Paula abandonó la casa testigo de su infortunio, y se fué, quién sabe adónde, sola, miserable y con su carga de años y tristezas.

Y mientras estuve en el pueblo, siempre me sobrecogió, al pasar junto á la casa desierta, una desazón invencible, á veces torturante, sobre todo por la noche, cuando se oía á lo lejos el canto de las ranas, monótono y dulce y cerca de mí infinitos cocuyos voladores sembraban de estrellas la sombra de los matorrales.

ROJO PÁLIDO

ROJO PÁLIDO

Era el momento en que debía entregarse con todas sus fuerzas á la realización de su más divino sueño de artista. Tenía que poner muy pronto manos en la obra, porque ya empezaba á ser mucho el tiempo malgastado en cosas vanas. Es cierto que su reputacion la envidiaban amigos y enemigos: grande y pura, la había conquistado con el esfuerzo más generoso de su inteligencia, transformado por la pluma en novelas, cuentos, versos, primorosas flores de arte. Pero versos, cuentos y novelas eran cosa baladí, desecho despreciable, comparados con la idea entrevista en un instante supremo del espíritu, con la obra excelsa, apenas tímidamente esbozada, escondida en el cerebro como yacimiento de oro en la tierra profunda.

Esa obra era la única, según él, que podría fijar su reputación en materia dura y perenne:

bronce ó mármol. La había ideado en la ocasión de su primer triunfo. Al principio fué una sombra muy vaga: luego, en la sombra empezaron á marcarse líneas y puntos claros. Desde entonces no pasaba un solo día sin que la visión del libro futuro no llenara su mente, una vez por lo menos. Casi sin que la voluntad interviniera, la idea iba creciendo y madurándose poco á poco. Durante las horas de vagar, y en el silencio de la meditación, el pensamiento, desocupado en apariencia, trabajaba, reunía materiales, precisaba contornos, repartia colores, hasta no faltar, con los años, sino la circunstancia oportuna para que el artista, con un solo esfuerzo de la atención, arrancase de las propias entrañas la obra palpitante y viva.

Sin duda alguna, el momento había llegado. La plenitud de la inteligencia requería una labor grande y noble. Con treinta años á la espalda, el escritor, impaciente, comenzaba á divisarse en el porvenir, encorvado por la vejez y olvidado de los hombres.

La circunstancia era, además, propicia: algo maltrecho de salud, estaba obligado á retirarse por algunos meses á la soledad y al silencio de los campos. Y puesto á buscar, halló un rincón apacible y hermoso, así como lo deseaba él, una villa coquetona, entre el follaje medio oculta, cercada de jardín, vestida de enre-

daderas. Alegre y discreta, parecía llamada á esconder bajo el espeso cortinaje de sus enredaderas en flor, no las tristezas y luchas íntimas del célibe, sino las alegrías del amor sano y feliz, el idilio de los amantes que huyen del mundo para mejor quererse. Y en efecto; al nuevo inquilino dijeron que muchas parejas de recién casados le habían precedido en la villa, de suerte que muchas lunas de miel habían bañado con su luz perezosa y tibia aquellos contornos, y muchas veces, en el jardín, por entre los rosales florecidos, había pasado cantando la blanda música del epitalamio voluptuoso.

El pedazo de jardín que separaba la casa de la carretera estaba sembrado de rosales. Á pocos pasos, á la izquierda, se alzaba una casita de aspecto ruinoso, deshabitada. Lejos, á la derecha, se divisaba la iglesia de una aldea. Enfrente, á algunos metros del camino, brillaban los rieles de la vía férrea. El profundo reposo del paisaje era sólo interrumpido por el paso del tren. Cuatro veces al día pasaba un tren silbando, bufando, dejando caer entre la hierba una que otra chispa, manchando el azul del cielo y el verde-azul de la montaña con su columna de humo blanquecino, semejante á un largo jirón de niebla. Ningún sitio mejor, por su tranquilidad y silencio, para que todas las bellezas ocultas en el alma apa-

recieran en toda su esplendidez y se transformaran en materia de arte.

Con cierta fruición deliciosa pensaba el artista en el momento en que daría principio á su trabajo, y mientras llegaba ese momento se daba al más absoluto descanso. Toda su actividad se reducía á algunos paseos por los alrededores. Muy de mañana, se iba siguiendo las veredas que limitan ó cruzan los sembrados, siguiendo las cercas llenas de maleza, en el seno de la cual abren las campánulas sus grandes ojos curiosos, empapando su cuerpo en la frescura y fragancia de aquel rincón de tierra besado por los primeros soles de Mayo, para traer, de vuelta á casa, una sensación cada vez más intensa de bienestar y alegría.

Insensiblemente la salud recobraba su vigor primitivo, y con la salud volvían antiguos deseos, aspiraciones y sueños olvidados de la primera juventud, de esos que exhalan un suave olor de vino y rosas. Sin que el escritor lo advirtiera, su individualidad se modificaba en sus más profundas raíces. Las nuevas energías, nacidas en su organismo regenerado por la vida campestre, eran la causa de esa modificación. Pero esto no se le reveló sino durante su primer esfuerzo intelectual, ó más bien durante la fatiga que siguió al primer esfuerzo.

Una noche, después de recogerse en sí mis-

mo y de encauzar con mucho cuidado y tino sus ideas, empezó á escribir. Al principio, todo fué muy bien, pero al primer tropiezo, á la primera dificultad, se encontró de improviso con la pluma ociosa en la mano derecha, la frente apoyada en la otra mano, y los ojos en la pared como distraídos, ó absortos en la contemplación de cosas muy lejanas y confusas. En realidad la atención continuaba tan firme como antes, pero con rumbo y objeto distintos. En vez de empeñarse en vencer el obstáculo y continuar la página interrumpida, se abandonaba á la tarea grata y fácil de renovar anteriores reflexiones. Ese día, en la mañana, había empleado algunas horas en registrar todos los escondrijos de la villa, y su curiosidad lo llevó á descubrir, escrito muchas veces en las paredes de una habitación, tal vez en otro tiempo alcoba nupcial, un nombre de mujer seguido de expresiones amorosas, buenas y dulces. Un amante ingenuo se había complacido en grabar, como en testimonio de su amor obscuro, el nombre de la adorada.

Tal descubrimiento lo hizo pensar en los novios que, meses atrás, habitaron la villa, y fingir la existencia que esos novios pudieron llevar, entregados al goce pleno del amor, en aquel sitio casi ignorado de las gentes. Entonces, las palabras, leídas primero con indife-

rencia, por lo que tenían de vulgares y muy viejas, tomaron para él un sentido mágico. Su fantasía de poeta y de joven reconstruyó mil escenas de transportes apasionados y de arrobos castísimos, vió por dondequiera proyectarse la sombra de abrazos locos é interminables y levantarse el rosal, todo púrpura, de los besos ardientes.

Por la noche, al quedarse con la pluma ociosa en una mano y los ojos distraídos, como absortos en la contemplación de algo remotísimo, fantaseaba lo mismo que durante el día; imaginaba las caricias, los arrebatos de pasión y los suaves deliquios que habían presenciado seguramente aquellos muros. Evocando una por una las ternezas de los novios, llegó á forjar una visión turbadora, como las visiones de placeres y amor que atormentaban de vez en cuando al solitario de La Tebaida, visiones aún más temibles para el pobre cenobita que la ronda nocturna de las hienas.

Todas las noches siguientes, á la misma hora, se reprodujo esa visión, cada vez con un hechizo nuevo y con igual fuerza de seducción y hermosura. Como esos lugares que la credulidad y el miedo pueblan de aparecidos, así la villa, á ciertas horas, llenábase de sombras y espectros amables, de fantasmas rosados y azules, espíritus errantes de caricias que fueron.

En realidad, el escritor que había llegado maltrecho de salud y ansioso de calma, no era idéntico al que, víctima de tentadores espejismos, esforzábase inútilmente por enlazar dos palabras, tornear una frase ó acabar un período. En el seno del mismo hombre se habían encontrado de repente, uno frente á otro, dos seres distintos, de ideales opuestos: de un lado, el artista orgulloso que habita cumbres; del otro, el hombre vulgar que siente de un modo intenso la vida, de sangre fuerte y pasiones ásperas; de un lado, el artista que no acepta cadenas, lazos ni tiranías, que ve en la mujer tentación y esclavitud, no toma de ella sino lo que puede convertir en frase hermosa ó verso armoniosísimo, ni tiene más querida que la gloria; del otro, el hombre vulgar que se forja gustoso cadenas muy pesadas, lo busca todo en el amor de la mujer y en la mujer cree hallar goces, consuelo y apoyo, como si no fuera frágil caña, según dice *La Imitación*; de un lado, el artista que anda siempre tras lo original, en persecución de la belleza oculta, de la forma rara, y vive en los dolores y alegrías, hondos y nobles, del que crea; del otro, el hombre vulgar que se contenta con placeres fáciles y no aspira sino á hacerse de un puesto en el banquete y á que sea abundante su ración de pan y amor.

Entre esos dos enemigos irreconciliables

trabóse una lucha desesperada y sin tregua. Seguramente el segundo habría alcanzado la victoria, fortalecido como estaba por la misma vida de campo que lo había hecho renacer y por la fuerza de la visión turbadora, nacida de los recuerdos de amor que llenaban la villa. Pero el artista previó los resultados de la lucha y, antes que esperarlos, decidió tomar la retirada, ó más bien ponerse en fuga. Los recuerdos de su vida galante comenzaron también á torturarlo, y la tenaz compañía de esos recuerdos contribuyó á convencerlo de que mejor trabajaría por su ideal artístico y más tranquilo y sólo podía hallarse en medio á la multitud de las ciudades que en la soledad y en el silencio de los campos. Y cierto día, después de haber pasado una noche en la que padeció como nunca, una noche en que el viento remedó hasta la perfección, agitando enredaderas y rosales, quejas de voluptuosidad y música de epitalamios, emprendió camino hacia la ciudad distante, llevando consigo los mil deseos nacientes del hombre robustecido en una vida sencilla y primitiva, llevando consigo su gran bagaje de ensueños, ilusiones y propósitos irrealizables, y la obra excelsa entrevista en un instante supremo del espíritu, la obra tímidamente empezada, todavía informe y misteriosa, escondida en el cerebro como yacimiento de oro en la tierra profunda.

CUENTO VERDE

CUENTO VERDE

Yo meditaba, apoyado en el tronco de un árbol. Mi amigo, acostado en la hierba, de codos en el suelo, la cara entre las manos, me veía de cuando en cuando con ojos cada vez más escrutadores. Á pesar mío, sus ojos me penetraban como puñales. Y cada vez, después de observarme por algún tiempo, y como si quisiera libertarse de una obsesión, tendía su mirada, ya por el lago azul, dormido al pie de la Roca Borromea, ya por las viñas cercanas, entre cuyos pámpanos, aún verdes, los racimos, próximos á la madurez perfecta, empezaban á reir al sol con risas de oro y púrpura.

De pronto mi amigo empezó á hablar, y parecía como si sus palabras vinieran de muy lejos:

—Sé en lo que estás pensando. Piensas en lo mismo que hace días te trae meditabundo

y caviloso; piensas en la Marzuchelli, esa italiana, reciente amiga nuestra, cuyo cuerpo es flor de gracia y perfume inefables. Pero no es la belleza de su cuerpo sino la música de su voz lo que ha turbado tus sentidos.

Es inútil negarlo: á mi experiencia no se oculta un solo repliegue de tu alma. Y, si no deseas caer víctima de un maleficio, escucha mis consejos. En tus oídos canta continuamente esa voz dulce y tentadora. Parte, huye, ó el encanto de esa voz pasará á tus venas y emponzoñará tu sangre como un tósigo. ¡Ah!, bastante conozco esa voz de seducción y perfidia. Yo asistí á sus primeros balbuceos tímidos en la caña sonora de un instrumento rústico. Los labios de un dios la despertaron y esparcieron por bosques y praderas, y fué, al nacer, paz y alegría de pastores y rebaños. Inofensiva y pura, al resonar en las praderas y en los bosques, pasaba como una bendición por sobre los seres y las cosas; y nadie la hubiera creído destinada á ser la ejecutora implacable de una venganza tremenda. Hoy, al resonar, suspende su hechizo como una espada de fuego sobre la cabeza de los hombres. Y como yo sé el secreto de su origen y el misterio de su conversión, por eso temblé por ti al reconocerla días atrás en la voz de Teresa Marzuchelli. ¿No recuerdas cómo se estremeció todo mi cuerpo al oirla cantar, en el

ambiente perfumado del jardín, impetuosa y vibrante como alondra sedienta de luz? En mi memoria se alzaron —inacabable teoría de figuras resplandecientes — los recuerdos de una edad maravillosa y lejana. Entonces era yo uno de aquellos sátiros, divinos habitadores de la selva, más tarde fugitivos por ciudades y montes, cuando el advenimiento del Dios nuevo, ante cuyos altares te arrodillas. ¿No lo crees? Bajo mis apariencias de juventud palpita un alma casi tan vieja como el mundo, y dentro de mi feo disfraz de hombre del siglo se aburre un pobre sátiro medio muerto de pesadumbres y nostalgia. ¿Ríes? ¿Acaso no has visto cómo enarco las cejas cuando una emoción brusca rompe la monotonía de mis horas, ni te has burlado muchas veces de mi pie izquierdo, contrahecho y deforme?

En la manera como enarco las cejas, conservo el recuerdo más fiel de mi antigua máscara sardónica, y mi pie deforme es el residuo viviente de mis primitivas pezuñas de cabra.

Pues bien, en esa época feliz, cuyas memorias guardo como si fuesen oro acendrado, era Pan el dios omnipotente de la campiña. Todos los seres y las cosas le rendían homenaje: los pastores le sacrificaban los cabritos más tiernos; para él criaba el campo azafrán y jacintos; para él danzaban las ninfas en los claros del

bosque; los manantiales le decían, en su lengua pura y cristalina, los secretos de la tierra; y los árboles mismos, á fin de proteger el sueño del dios, á la hora del bochorno, entrelazaban sus ramajes, haciendo mayores la sombra y la frescura. De Pan, soberanamente dichoso, fluía, derramándose por la tierra, el contento del vivir. El vino era alegre, y el amor no turbaba los corazones, como eso que llaman amor los hombres actuales.

Pero un día se interrumpió la placidez augusta de Pan, y germinaron las tristezas. Una hija del hombre se atrevió contra el poder del dios caprípede. Se llamaba Siringa y era virgen montaraz y guardadora de cabras. De virtud áspera y fuerte como tronco de encina, su virginidad se conservaba sin mengua como la virginidad del mármol no acariciado ni por los besos de la luz en las entrañas del monte. Los ocios del pastoreo, Siringa los llenaba cantando con voz blanda y melodiosa ingenuas canciones. Y fué siguiendo el sonido de su voz como Pan llegó á ver, sin ser visto, oculto en la sombra del boscaje, el esplendor de su belleza. Entre zagalas y boyeros nadie recordaba hermosura comparable á su hermosura; eran sus ojos como agua de la mar, turbadores y verdes; sus mejillas, como rosas de Jonia; sus labios, rojos y dulces, como vino de Chipre y canto de cigarras; su garganta,

como un torrente fresco y armonioso, y cada seno entreabierta magnolia henchida de rocío.

Pan amó á Siringa, pero ésta desdeñó su amor divino y rechazó con repugnancia el abrazo de sus miembros velludos. Los desdenes incendiaron el pecho del dios, y con rabia, tristezas y dolores corrompieron la fuente de la antigua alegría. El furor de Pan, desdeñado por la primera vez, no tuvo límites. Juró no darse punto de reposo hasta ver prisionera de sus brazos á la pastora temeraria, y la persiguió por valles y oteros, como antes á las ninfas por la espesura de las frondas. Lleno de furia y entregado por completo á perseguir á la humilde guardadora de cabras, Pan olvidó los placeres de la vida; en vano los campos le ofrecieron jacintos y azafrán, en vano los pastores le sacrificaron los cabritos más tiernos y lo invocaron las ninfas, tristes é inconsolables, á orillas de las fuentes. Pan no echaba menos la belleza ni el amor de las ninfas; antes recordaba con náusea y hastío sus formas blancas, tersas, lustradas en la onda de arroyos impolutos. Sus deseos iban todos, como tropel de leones hambrientos y bravíos, detrás de los pies de Siringa, menudos y ligeros como pétalos con alas. Pero por más desenfrenados que corrieran, los deseos del dios no llegaron ni aun á rozar la piel de la hermosa fugitiva, Detrás

de los árboles, detrás de las rocas, Pan espió los movimientos de la virgen zagala, esperando la ocasión oportuna para caer sobre ella; y cuantas veces intentó sorprender á Siringa, otras tantas, ágil y despierta, Siringa se le escapó de entre las manos, como una sombra.

Sin duda la virtud, como una coraza inquebrantable, defendía á la pastora esquiva y zahareña. Y el buen dios Pan, fatigado de una persecución larga y difícil, desbordante de cólera ante aquella virtud incapaz de ceder á ruegos, lisonjas ni violencias, imploró el auxilio de Júpiter, á fin de vengarse de Siringa y de la raza de Siringa.

Aún peseguida de Pan, Siringa se convirtió, por deseo y mandato de los dioses en bosquecillo de cañas flexibles y verdes. Sonriendo con sarcástica sonrisa, Pan se llegó á las cañas, las cortó, y con desiguales cañutos, puestos en orden, uno á otro ligados, construyó su flauta famosa.

Pero si muchos conocen el origen de esa flauta, sólo unos cuantos conocemos el mal de ella proveniente. Cuando los labios del dios le arrancaron un torrente de música, la naturaleza toda vibró alborozada ante el prodigio, y no vió en la venganza de Pan sino algo así como una venganza de artista, bella y generosa. Pan llevó por todas partes el hechizo extrahumano de la música nueva, y tan furio-

samente apretaba la flauta con labios y dedos, que parecía como si el dios pretendiera satisfacer en la débil Siringa de caña todos los deseos inspirados por la Siringa de carne, hecha de lirios y claveles. Bajo sus labios, y según los deseos del momento, la flauta cantaba, sollozaba ó reía, pero siempre dulce y melodiosa. Y la naturaleza entera escuchaba sin comprender, extasiándose ó riendo; dejaban de pastar los rebaños, las fuentes paraban su curso, tratando luego de remedar, en su murmullo fresco y delicioso, la canción de la flauta; y en los viñedos, entre los pámpanos, los racimos repicaban alegres como resonantes campanillas de oro.

Pero nosotros, los sátiros, penetrábamos el misterio doloroso y cruel de la música nueva; con toda claridad leíamos en el porvenir el destino de la flauta, y sabíamos todo lo que encerraba de desventura y dolor para muchos hombres. Abandonada de Pan, la flauta había de recobrar, con el tiempo, su primitiva figura de virgen montañesa; y este milagro se realizó cuando la gran catástrofe anunciadora del advenimiento de Jesús, el Dios nuevo, cuya ley domina el mundo.

Entonces, precisamente, fué cuando los semidioses, faunos y sátiros, nos dispersamos por la tierra, y el mismo dios caprípede huyó despavorido, olvidando, al pie de una encina,

la flauta prodigiosa. Si algunos sátiros, proscritos de los perfumados bosques helenos, han sucumbido á la nostalgia, la mayor parte perduran, más ó menos conformes con sus actuales condiciones de vida. Por ahí existen muchos disfrazados de poetas, disfrazados de labradores, disfrazados de políticos, y no falta uno que otro sátiro académico. Pero nadie sabe hoy de Pan: tal vez en el fondo de una gruta espera que se acabe el imperio de la fealdad y la tristeza, y vuelva á reinar, sobre tierras y mares, en ciudades y villorrios, la vieja y sana alegría del paganismo.

En el momento de la gran catástrofe, Pan dormía á la sombra, descuidado y feliz, soñando con fugas de radiantes desnudeces de ninfas al través del follaje traspasado de saetas luminosas. Un clamor inmenso lo despertó, y sus ojos, dilatados de terror, presenciaron un espectáculo fatídico: en medio de un estrépito colosal se desgajaban los bosques; las montañas, vacilando sobre sus cimientos, parecían bailar como ebrias; la tierra era toda convulsiones, como un epiléptico; una gran tiniebla envolvía las cosas, y en el seno de la gran tiniebla caían rodando los soles como lágrimas de diamante.

Pan, sobrecogido de pavura, huyó dejando olvidadas las coronas de jacintos, la bermeja piel de lince y la flauta de sones mágicos,

Más tarde, ya en reposo la tierra, apagado el estrépito, inmóviles las montañas, desvanecida la sombra, se realizó el milagro previsto. Siringa, la virgen agreste, libre de los dedos y labios de Pan, volvió de su largo sueño armonioso, bella como antes. Poseía los mismos ojos, verdes y turbadores, las mismas rosas de las mejillas, los mismos labios, dulces y purpúreos, la misma garganta como un torrente fresco, y los mismos senos como botones de magnolia, firmes y blancos. Pero su alma no era la misma, y en eso consistía la venganza de Pan. Éste había transformado aquella alma, recia como tronco de encina, fuerte como el bronce, inexpugnable como una fortaleza, en alma de caña endeble ó de rosales huecos, dispuesta á vibrar á cada instante. Lleno de ira contra aquella virtud orgullosa que siempre rechazó el abrazo de sus miembros nervudos y el beso de sus labios sensuales. Pan convirtió esa virtud, prisionera de su flauta, en música, sonido, rumor vano.

Poco después de tomar su primitiva figura, Siringa estaba condenada á ser botín de un soldado de Roma. Luego, de brazo en brazo y de caricia en caricia, había de ir, voluntariosa y fácil, caprichuda y liviana, sembrando por dondequiera una simiente maldita. Y de la simiente, sembrada con profusión, viene toda

esa casta de mujeres de voz blanda como el terciopelo, suave como plumón de cisne, dulce y melodiosa como son de flauta, y de virtud quebradiza como el cristal muy tenue. Son criaturas hechas de fragilidad y armonía, de gracia y de pecado, y semejantes á las cañas frágiles y á los rosales hueros, al menor soplo ceden, cantan y se rompen. Guardan un eco para todas las voces, contestan á todo reclamo y, ejecutoras de una venganza cruel é injusta, esparcen con la música de su voz un filtro ponzoñoso. ¡Ay de aquel á quien halague y turbe esa voz hechicera! Víctima dócil del encanto, verá un día su destino encadenado para siempre al destino voluble y perverso de una hija de Siringa; envuelta en una red inextricable de maldad, irá tropezando de traición en traición, de asechanza en asechanza, hasta dar en el crimen ó la muerte. Y ninguna de las voces de mujer que he oído hasta hoy recuerda tan bien las suavidades de seda, las frescuras de arroyo, las finezas de cristal y las dulcedumbres de miel de la voz de Siringa, como la voz de Teresa Marzuchelli. Por eso este viejo sátiro, amigo tuyo, te aconseja que partas; de lo contrario, el maleficio de esa voz penetrará en tus venas y quemará tu sangre, como un tósigo.

Unas veces mudo de admiración, sospechando otras veces una falaz jugarreta del sa-

broso vino italiano, oía yo sin decir palabra la historia narrada por mi amigo.

—No dudo—me atreví, por último, á responder—, no dudo de la verdad de tu historia, delicada y sutil como rayo de luz, ni de tu origen y alcurnia celestes; pero he conocido y conozco mujeres de voz áspera y ruin, como la voz de las campanas rotas, y de virtud vana y deleznable como el vidrio. Ahí está...

—¡Ah, sí!—me interrumpió mi amigo *el sátiro*, considerándome á la vez con cierto aire ambiguo, entre enojado y menospreciador.—Esas de voz cascada y de virtud efímera deben de provenir de algún cañuto roto de la flauta de Pan, caída en lecho de piedras ó guijarros mientras el dios trepaba, como solía, alguna cuesta penosa.

De improviso, muy cerca de nosotros, resonó turbando el silencio y la calma del mediodía, la voz de Teresa Marzuchelli. Como de un solo resorte movidos, *el sátiro* y yo nos pusimos en pie y nos apresuramos á ir al encuentro de la italiana encantadora. En el mismo instante la brisa, hasta entonces quieta, sopló como obedeciendo á un conjuro; agitó, al pie de la Roca Borromea, la superficie del lago, como un sueño de amor agita el seno de una virgen dormida; acarició nuestras frentes mojadas de sudor; besó nuestros labios hú-

medos de vino, y penetró en la viña cercana, murmurando no sé qué discursos burlones. Y entre los pámpanos verdes, los racimos danzaban y reían al sol con risas de oro y púrpura.

CUENTO NEGRO

CUENTO NEGRO

Á menudo iba á sentarse en un extremo del viaducto, y allí, la cara al pueblo, la espalda á la serranía, se entregaba á sus cavilaciones tristes. Rara vez el paisaje embargaba su atención. Ésta se fijaba con tenacidad en el recuerdo de los últimos meses. Deshojando y deshojando la melancólica flor de los recuerdos, el pobre chico pensaba descubrir la verdadera causa de su mal. Y casi siempre terminaba reconociéndose culpable de su dolencia larga y enojosa.

—¡Cuánto tiempo llevaba sepultado en aquel rinconcito de la montaña! ¡Cuántos días de dolor, de tristeza y de fiebre! ¡Cuántas noches de insomnio, de sueño agitado por pesadillas espeluznantes ó interrumpido por sudores copiosos! Y él, únicamente él, tenía la culpa de todo eso. No se hubiera entregado en la ciudad, como se entregó en efecto, á una

vida de vicio y desorden, durante la cual cometió excesos de toda especie, en el beber sobre todo, y pasaba las noches en claro, sin dormir un segundo, hasta que, en las afueras de la ciudad, ó tendido en algún banco de una plaza pública, ó sentado en el parapeto de un puente, lo sorprendía el alba: no se hubiera entregado á esa vida, y no se habría visto nunca en el caso de habitar aquel pueblecito silencioso, lleno de caras pálidas de convalecientes ó moribundos, sin otra distracción que la de mascullar sus propias murrias y sin otra compañía que la compañía de su violín, como él malhumorado y enfermo.

¿De dónde le había salido, á él, tan pacífico y manso, una irritabilidad tan quisquillosa y violenta? Aún no comprendía por qué había hecho caso de las pullas, las bromas y ofensas vulgares de sus compañeros. Bien pudo haber continuado impávido y tranquilo como siempre, sin cuidarse de rechiflas y burlas, ganando con la música de su violín el propio pan y el pan de la madre anciana... Pero no, no: muy crueles habían sido aquellas bromas. Y de no ser así, muy crueles, ¿por qué le hicieron ver monstruosos los hombres, grotesca la sociedad, repugnante y feo el mundo?

La primera broma fué la del tocador de flauta; muchacho travieso y malicioso, de ojos bailadores y procaces. Éste lo sorprendió más

de una vez como sumido en éxtasis, admirando, en actitud contemplativa, la belleza de una mujer, asidua concurrente á las representaciones, y comprendió al fin por qué su compañero no abandonaba nunca su puesto durante el primer entreacto. En ese espacio de tiempo, las damas, por lo general, no salían de los palcos, y el violinista podía, á todo su talante, ver hacia uno de los palcos de la derecha, siempre ocupado por las mismas personas: un matrimonio y su hija. La hija era la belleza, objeto de admiración del músico, belleza deliciosa y extraña, producto de una mezcla feliz: el padre, español de origen—piel y ojos de árabe—tenía los ojos negros y profundos, y de la madre, escocesa muy rubia, la blanquísima tez y el oro del cabello.

El flautista malicioso y truhán comunicó su descubrimiento á los demás camaradas, y una noche, cuando más desprevenido estaba el compañero, dió principio á la burla, seguro de ser imitado por los otros.

—¿Cuándo la pides, Pascual?

—Pascual, para cuándo las bodas?

—¡Y qué escondido lo tenía!

Y Pascual á todo contestaba al principio sonrieado melancólicamente, ó murmurando alguna frase.

¿Qué le importaban las bromas? Sus camaradas no podían en serio suponerlo enamo-

rado de aquella beldad blanca y regia; no podían suponerlo tan ridículo y tonto como para no medir la distancia que lo separaba de aquella hermosura, alejada de él por la riqueza y por algo más difícil de conquistar que el oro. Nadie, por consiguiente, lo turbaría en su admiración lejana, respetuosa y muda. Derecho tenía él á ver y adorar la belleza en dondequiera la encontrase, y más derecho que cualquiera otro, porque la sabía admirar y la sabía sentir con noble emoción de artista. Para eso llevaba consigo el grano de incienso que los artistas queman en aras de la belleza, el grano de incienso humeante siempre, consumido nunca, del cual, en los momentos de inspiración creadora, salía á palpitar, en las cuerdas de su violín, lo mejor de su alma.

Y el violinista, sin atender gran cosa al reir de los amigos, continuó en su adoración extática y dulce. Todas las noches esperaba con impaciencia la llegada de aquella mujer de atractivos cautivadores y gracia exótica y picante, para darse después, en oportunidad propicia, al embeleso inefable de su contemplación casta y muda. Poco á poco esa contemplación se le fué transformando en necesidad urgente. Llegó á necesitarla como el pan, el aire, la luz, como el único alimento ideal de su alma de artista, indispensable para mejor comprender la obra de los maestros y

crear mejor en sus cortos días de estudio solitario.

Sin duda, no dejaba de tener breves y raros instantes de flaqueza, en los cuales su admiración no era pura admiración artística. Y no queriendo confesar á sí mismo que cesaba en esos instantes de vibrar como artista para sentir como hombre, todo lo achacaba al gentío, á la música, ó á la gran profusión de luces eléctricas, ó á la viveza de los colores en los trajes femeniles, ó al ambiente cargado del perfume de mucho seno de mujer, menos á su verdadera causa. Durante esos breves y raros intervalos de tiempo lo sobrecogía un desfallecimiento súbito, uno como instantáneo desmayo voluptuoso, con la sensacion de estar bajo una lluvia de flores, bajo una lluvia de rosas desmayadas hasta morir en un ardor supremo, rosas cuyos pétalos de seda, al caer, lo acariciaban por todas partes.

Pero las bromas, de inofensivas cambiáronse en hirientes. Pascual creyó sentirlas llenas de reticencias injuriosas é insultos disfrazados; y desde entonces empezó á perder su antigua resignación melancólica, para vivir en constante recelo. Le pareció adivinar que sus colegas lo tildaban de presuntuoso, aludiendo á su obscura piel de mestizo, y semejante sospecha, á la menor frase ambigua, le quemaba las sienes como un ascua.

—¿Por qué lo creían presuntuoso? ¿Por qué le reprochaban lo que no era una falta, y ménos aún su falta? ¿Había él, por ventura, halagado, siquiera con el pensamiento, una ilusión imposible? Bien sabía él que no eran iguales la aristocrática flor de belleza y el artista ignorado y pobre. Bien sabía él que la igualdad, á pesar de las bobadas aprendidas cuando muchacho, en la escuela y en la calle, era sólo mentira inocente, engaño amable, esperanza falaz. Promesa de muchas revoluciones y de muchos Cristos, la igualdad continuaba siendo una promesa. ¡Bien lo sabía él! Posible en teoría, en la boca de los charlatanes de plazas públicas y en el espíritu mismo de las leyes, no lo era en las relaciones diarias de los hombres. ¡Ah, bien lo sabía él! Tanto la dama cristianísima como el señorón, llamado liberal, retroceden ante ciertas cosas, llenos de repugnancia y disgusto, renegando, á sabiendas ó no, de sus propias doctrinas. Y él conocía muchas de esas cosas: una, sobre todo, la tenía siempre delante, podía verla en sus manos, en su rostro, por todo su cuerpo. Era sombra vaga y poseía fuerza de obstáculo invencible; era vago matiz y despertaba innúmeros prejuicios, muchas preocupaciones y muchos fantasmas desvanecidos, al decir de los tontos, en la conciencia de las gentes. ¡Ah, la familia, el linaje, los antepasados, el nombre!

—Todo eso lo comprendía él perfectamente, y nadie, mucho menos los camaradas debían echárselo en cara, en forma de reproche vil, de modo brutal y perverso. Él no merecía ningún reproche. Aquella mujer no le inspiraba amor vulgar, sino amor de artista, sin deseo ni mancha, puro y luminoso. La veía como de muy lejos, muy blanca y muy alta, así como el viajero ve la altura distante coronada de nieve, sin el capricho de tocar con sus manos la radiosa candidez de la cumbre.

Sin embargo, al fin de estas reflexiones, Pascual no recobró su indiferencia. La alusión imbécil de amigos nada generosos tuvo por efecto renovar en su alma una lucha mezquina, la lucha latente de las dos razas que en él vivían, unidas en la sangre, unidas en la conciencia, unidas en las raíces del sér, jamás reconciliadas. Y esa lucha modificó la serena admiración del artista, convirtiéndola en un sentimiento angustioso, velado de tristeza, embebido de amargura. Su carácter se volvió irritable y sombrío; y Pascual, separado cada vez más de sus compañeros, dióse á la vida turbulenta, que maldecía y lamentaba después, cuando ya era demasiado tarde.

Una noche, Pascual rompió de modo definivo con la mayor parte de sus compañeros. El maligno tocador de flauta, informado del nombre de la dama, objeto de admiración de Pas-

cual, lo escribió junto al nombre del violinista en un pedazo de papel, agregando á los dos nombres, sarcásticamente unidos, las frases con que los recién casados acostumbran ofrecerse. Luego, hizo posar el papel de mano en mano. Y de mano en mano fué el papel, entre cuchicheos burlones y carcajadas reprimidas. Cada uno, al leer, saboreaba la sorpresa y la furia de Pascual, alegrándose mucho, en el fondo, de la humillación del compañero. Ninguno tuvo un movimiento de piedad, y el tonto papelucho, no interrumpido en su viaje, llegó por fin á quien estaba destinado. Pascual, después de leerlo, se puso intensamente pálido, arrugó el papel con la mano derecha y lo arrojó sobre uno de aquellos rostros que lo espiaban contraídos en una mueca irónica. Y por la primera vez estalló en palabras duras, vibrante y soberbio como himno de guerra, su orgullo reprimido.

—¡Imbéciles! ¡Cretinos! ¡Envidiosos! ¡Raza de lacayos incapaces de nobleza! ¿Qué daño les hacía él para que siguieran molestándolo? Él era libre, muy libre, no sólo de admirar, sino de querer á la más encumbrada de las reinas. ¿Quién podía impedírselo? ¿Y por qué iba él á considerarse inferior á nadie? Los que se creen inferiores merecen serlo, y no de cualquier modo, sino á la manera del esclavo. Él, por lo contrario, valía más que mu-

chos. ¿Acaso no valía más que muchos de los boquirrubios que estaban en los palcos y andaban por los pasillos, muy orgullosos de su elegancia, contentos y felices con lucir sus albas pecheras, las botas relucientes y los dedos enjoyados? La mayor parte de ellos eran vanidad é insipidez, en tanto que él siquiera llevaba por dentro algo noble, como la virtud de vaciar en notas y acordes gratos la armonía de las cosas, la música de las almas, lo más ideal de la belleza. Y por esto mismo ¿no era él superior á muchas de aquellas mujeres de maneras y voz amables, de apariencia delicada y frágil de lirios, de carne blanca y sedosa, pero de alma primitiva, cerrada al ideal y vencida del deseo? Y si no era así ¿cómo explicar las conquistas hechas entre esa multitul femenina por el bajo de la última temporada, italiano vulgarote y grosero, con su belleza de Apolo plebeyísimo, de fórmas hercúleas y expresión de macho brutal y dominador, escapado de la selva? Eso, él no quería, ni lo envidiaba...

Y Pascual, toda esa noche y al día siguiente, no abrigó sino pensamientos é impulsos de odio. La misma mujer, símbolo de su ideal —blanco, alto, inaccesible—le inspiró antipatía y repugnancia. Pero ese estado de alma fué pasajero. Parecía como si en Pascual hubiese dos hombres distintos: el uno orgu-

lloso, vano, irrascible, pequeño; el otro dulce, paciente y magnánimo. La generosidad del artista triunfó del odio vulgar, cambiando la sombra y la amargura del odio en la sombra y la amargura suaves de una melancolía apacible, germen de bellezas.

Entretanto, la enfermedad, hasta entonces escondida, apareció desnuda y sin máscara, abrazándose de Pascual como de una presa valiosa á la cual había de impedirse de todos modos la fuga. Al quebranto ligero de todas las tardes, atribuído al principio á un catarro común, sucedió la fiebre tenaz y franca, y cada vez hacíase menos llevadero al violinista su trabajo nocturno. Cuando recurrió al médico, éste le aconsejó abandonar sin tardanza la orquesta, dejar el teatro, en cuya atmósfera viciada, llena de excitaciones peligrosas, la enfermedad tomaría rapidez considerable, y vivir, si era posible, en algún sitio campestre, ó en cierto pueblo montañés, hacia donde peregrinaban los enfermos del pecho á buscar, en el reposo y la brisa buena y fragante, la cicatrización de los pulmones malheridos.

El médico no le dijo toda la verdad, sin alentarlo con una promesa halagadora. Y durante los dos primeros meses de su estada en el pueblecito montañés, la promesa estuvo en camino de realizarse. El descanso, la verde perspectiva de los cafetales y bosques próxi-

mos, y las áureas frescas y puras parecieron devolver al cuerpo desmalazado y anémico de Pascual todas las fuerzas juveniles.

Pero la tos, apagada algún tiempo, despertó, y la fiebre, de nuevo encendida, prosiguió su obra siniestra. ¡Ah, la enfermedad larga, lenta é implacable! La noche, sobre todo, era un suplicio, y Pascual la veía aproximarse con espanto. Lo aterrorizaba la idea de dormirse, por miedo á despertar bañado en sudor, un sudor frío y odioso que le empapaba la frente y le corría por el cuello en gotas finas, ó por miedo á un sueño desesperante y raro que lo turbaba con frecuencia. Cuando soñaba, solía aparecerse en sueños la imagen de la mujer admirada tiempo atrás en el teatro, y esa aparición era como nuncio de otro sueño raro y angustioso. Los contornos limpios y claros de la imagen se esfumaban y confundían hasta desvanecerse en una gran blancura de lirios, de hostias y nieve. Y Pascual sentía su cuerpo miserable como tendido en una estepa solitaria cubierta de nieve, ó abandonado en el misterio de una región polar, muy blanca y muy fría. La gran blancura borraba poco á poco la sombra de su piel; el frío intenso apagaba el calor de su fiebre, y el cuerpo todo de Pascual iba gradualmente aniquilándose hasta caer en la nada con el último calofrío de angustia. En ese instante

despertaba en una ola de sudor, y al día siguiente su triteza crecía con los recuerdos de la noche. Sin embargo, la gran visión blanca le parecía ridícula, y no podía explicarse por qué turbaba tan hondamente sus nervios.

Desde su llegada al pueblo, el violinista daba todos los días, hacia la tarde, un largo paseo, terminado en las afueras del pueblecito, en un extremo del viaducto, ó en la estación del ferrocarril, á la hora del pasar el único tren rápido de por aquellos alrededores. Pero con mayor frecuencia tomaba camino del viaducto. En la estación, el ir y venir de los viajeros le hacía mucho daño. Lo llenaban de pesadumbre los viajeros en cuyos rostros lozanos cantaba la vida, cruel y hermosa, y de vuelta á su casa había de arrepentirse de bajos impulsos de odio sentidos en presencia de mejillas y cuerpos rozagantes.

Por la noche, el violinista se retiraba desde muy temprano á su alcoba, y cuando la fiebre no lo vencía, empeñábase en verter, en los sones más dulces de su instrumento, la queja de continuo resonante en su alma. El violín, en las trémulas manos de Pascual, gemía, sollozaba, lloraba sin consuelo. Cada nota exhalada de las cuerdas, caía como una lágrima en el silencio nocturno. Los vecinos insomnes, desolados con la tristeza del violín, proyecta-

ban á veces acallar por un medio cualquiera el eterno sollozo del músico; pero, después, al ver la cara del enfermo, olvidaban, llenos de piedad, su propósito egoísta. Los desarmaba el aspecto del tísico, y su aire de azoramiento como de pobre animal perseguido de muy cerca por la jauría. Le daban ese aire de azorado los ojos con su vivo centelleo de fiebre y las orejas, en apariencia muy grandes, por la flacura del rostro.

Y en la quietud y el silencio nocturnos, el violín seguía gimiendo y sollozando sin consuelo. El artista luchaba por encerrar en el quejumbroso lenguaje de las cuerdas, con su amargura, sus tristezas y dolores, las tristezas, los dolores y toda la nostalgia de las dos razas que no se habían dado aún el beso de paz en su alma incierta de mestizo. De este modo la melodía se prolongaba, sin fin, al través de semanas y meses, triste y monótona. Cada noche, Pascual encontraba todavía un gemido sin exhalar, un sollozo ignorado, una lágrima nueva, y nuevas frases desgarradoras poblaban de lamentos el aire. Pero las últimas frases, las últimas notas, las más dolientes y amargas, las que habían de contener el postrimero grito de dolor con el primer singulto de agonía, tardaban en llegar...

Y cuando por fin llegaron después de mucho tiempo, no llegaron tales como las previó

el artista. El acaso, brutal y ciego, turbó y deshizo el ensueño melodioso.

Una tarde, Pascual, en vez de ir como de ordinario hacia el viaducto, encaminóse á la estación, y ahí, sobre el andén, en un grupo de viajeros recién llegados al pueblo, vió con sorpresa indecible á su admirada del teatro. Era la misma mujer de ojos negrísimos, cabello de oro y blancura de nieve, pero muy enflaquecida y pálida. Con ojos ya muy expertos, Pascual vió comenzándose en ella el mismo drama lúgubre que en él estaba por concluirse. La misma dolencia implacable había llegado hasta la mujer, símbolo de su ideal, llenando el pecho de dolor, sembrando de violetas los párpados, prendiendo en los pómulos fugitivas rosas de fiebre. Y ante la cruel certidumbre, algo muy extraño pasó en el violinista. Pascual sintió desvanecerse como el humo toda su tristeza, mientras un júbilo desenfrenado lo invadía, estremeciéndole cuerpo y alma. De vuelta á casa, al caminar, su cuerpo todo vibraba de júbilo contenido, y como un insensato hacía gestos y hablaba á solas el músico.

—¡Imbéciles! Digan ahora si no somos iguales. ¡Imbéciles! Vengan á decir si no somos iguales. ¡Imbéciles! ¡Imbéciles!

Y ese día, por la noche, no se quejó el violín como en las noches anteriores. No más

preludió una queja, cuando rompió á reir estrepitosamente. La risa del desdén, la risa del orgullo, la risa del desprecio, la risa irónica, la risa del sarcasmo, las risas de la franca alegría y del placer verdadero, todas las risas, todas las risas estallaron en la caja sonora del violín, se mecieron en las cuerdas y revolotearon en el aire como bandada de pájaros bulliciosos. Durante casi toda la noche resonaron esas risas, tan siniestramente, que los vecinos insomnes llenáronse de miedo; y cada vez menos tímidas, cada vez más altas, cada vez más locas, fueron juntándose, hasta acabar fundidas en un solo grito de suprema exultación y de triunfo.

Al otro día, en la boca y entre los labios del tísico se vieron grandes coágulos de sangre y, sobre la blancura del lecho de muerte á todos pareció muy blanca y luminosa la piel del violinista, como si en el trance final se hubiese realizado la cándida visión de sus noches, desapareciendo, en la vasta blancura soñada de region polar desierta y fría, toda la sombra de su piel, á la vez que se apagaban en el frío de esa gran blancura sus dos fiebres mortales: la fiebre de la tisis y la fiebre del amor no satisfecho.

CUENTO ÁUREO

CUENTO ÁUREO

Psiquis, mujer al cabo, era imprudente y curiosa. Mil desventuras le costó su primera curiosidad, cuando quiso ver el rostro del amante dormido y una gota de aceite escapada de la funesta lámpara ahuyentó al hijo de Venus. Desde entonces, y por mucho tiempo, la vida fué para Psiquis una serie de malandanzas. Errante de país en país y de templo en templo, saboreó todas las amarguras; padeció dolores y martirios extraterrenos; de sus ojos, convertidos en manantiales profundos, continuamente desbordados, corrían, cruzando sus mejillas, dos ríos de lágrimas; y caminó tanto, tanto, y por tales veredas, que la sangre varias veces tiñó de púrpura los cándidos jazmines de sus pies, y los jazmines lucían como rosas.

La miseria de Psiquis turbó al fin la impasibilidad augusta de los dioses; y la misma

cólera de Venus pasó como los incendios del crepúsculo. Fidelidad y constancia dieron el triunfo á Psiquis, y Psiquis dichosa y en paz reinó sobre la tierra. Su trono, el más alto; su corte, la más ilustre: en ésta no había sino grandes artistas, poetas de corazones puros, filósofos de labios disertos. Los aduladores de la reina tenían por incensarios liras, y como único incienso el Verbo, hecho música en las cuerdas, flor de luz en los labios. Pero á trono tan excelso y cortesanos tan ilustres debían, según dijeron muchos, corresponder en riqueza y esplendor el cetro, la corona y los atavíos reales. Y no más dijeron así, cuando artistas de gusto exigente partieron á buscar, por todas las comarcas del reino, las preciosidades más raras dignas de resplandecer en la frente, el cuello y las manos de Psiquis; revolvieron tesoros, ahondonaron minas, rasgaron las entrañas de la tierra y del mar; y la tierra dió su oro y sus gemas: topacios, amatistas, esmeraldas, rubíes de sangre milagrosa, zafiros de tinta ideal, diamantes de aguas puras, mientras el mar profundo y rico, si bien pobre de piedras preciosas, dió, en corales y perlas, lo mejor que tenía de besos muy rojos y ensueños muy castos.

De vuelta á la corte, los grandes artífices echaron sobre los hombros de la reina el manto de armiño y púrpura; luego se dieron

á trabajar el oro, día y noche, puliéndolo, repuliéndolo, cincelándolo, para después embutir en el oro bien trabajado muchas piedras fúlgidas y acabar la corona y el cetro; por último, engarzaron piedras y corales, y un río de corales y perlas corrió por la garganta de Psiquis.

El cetro y la corona, fulgurantes como soles, deslumbraron á la multitud puesta de hinojos á los pies de la reina.

Pasaron días, años, generaciones de hombres, y Psiquis, dichosa y en paz, oyendo música de liras y música de labios disertos, reinaba sobre el mundo. Pero, una mañana, en el silencio de su alcoba real, sola con sus riquezas, que brillaban en la penumbra con fulgores mortecinos, se sorprendió reflexionando en lo inútil de la corona y del cetro, en la mezquindad fastuosa de su manto, en la vana luz de sus joyas, y se arrepintió de haber aceptado como tributo el presente de las gemas. En sus reflexiones llegó á sentir uno como vago impulso de piedad, acompañado de un movimiento de rebeldía. Se despojó de la corona y del manto, depuso el cetro, y se vió de pies á cabeza, blanca y desnuda, como en remotos días pasados. Nostálgica de su sér antiguo, se avergonzó de vivir disfrazada como una mujerzuela vanidosa. En sus atavíos regios vió una injuria á su belleza incom-

parable, porque la belleza de sus formas era superior á la belleza de las piedras preciosas más raras, su cabello más rico y luminoso que todas las coronas, su desnudez más casta que el armiño.

No contenta con despojarse del manto, el cetro y la corona, Psiquis resolvió destruir sus riquezas, á fin de no recaer en pecado de vanidad. Pero sus manos, deliciosamente blandas, no sabían destruir como destruye la mano brutal de los hombres. Ella no era capaz de reducir á polvo inerte su fortuna, y de aventar luego el polvo; su piedad, infinita, abarcaba los seres y las cosas, y su piedad era infinita por ser grande su ciencia. Estaba iniciada en todos los misterios de la vida, y ninguno tan prodigioso como el misterio de su propia sangre. Nunca se derramó en vano la sangre de sus venas: en donde ésta caía despertaba el germen de un sér de belleza pura, graciosa y con alas, como la belleza de Psiquis; y á favor de tan inefable virtud, la soberana pensó desembarazarse de sus gemas, convirtiéndolas en frágiles seres primorosos.

Sin echar siquiera una ojeada sobre la funesta lámpara que debía de recordarle su imprudencia de antaño, se dispuso á realizar su pensamiento en la faja de luz que desde una ventana entreabierta llegaba á morir á sus pies. Con un largo estilo, áureo y tenue como

rayo de sol, hincaba sus dedos, y después con el estilo húmedo de sangre tocaba las piedras preciosas hasta no dejar ni una sin el extraño bautismo sangriento.

Al contacto de la sangre hubo en todas las piedras un estremecimiento de vida, y las gemas dejaron de ser piedras para convertirse en larvas. Muy pronto desperezos de alas estallaron en las orugas de color; y corales y rubíes fueron mariposas de alas rojas, las esmeraldas mariposas verdes, los diamantes y las perlas mariposas blancas, el zafiro mariposa azul, en tanto que de las piedras polícromas volaron pol cromas libélulas.

Psiquis, como todos los creadores, halló buena su obra, y se regocijó mucho al ver su tesoro convertido en bandada de insectos. Libélulas y mariposas, antes de huir, se posaron en la frente, el seno, la espalda y sobre todo en el cabello destrenzado de Psiquis, y en el cabello destrenzado mariposas y libélulas fingieron un torrente de pedrería; luego, revolotearon, llenando la estancia real de música de alas y palpitaciones de élitros, para escaparse al fin al través de la ventana entreabierta y perderse á lo lejos, como Psiquis las vió perderse, entre las flores, entre los árboles, en el cielo azul, amándose al aire y al sol, muy libre y sanamente.

La reina, con refinada lentitud, saboreó su

acto piadoso, y, satisfecha de haberse conducido según el amor y la verdad, no adivinó las consecuencias fatales de su obra. ¡Ah! no hay como la piedad para cometer grandes errores, y el acto piadoso de Psiquis fué el último y el mayor de sus errores. Cuando se apareció de nuevo ante los hombres, cuando su belleza, en lo alto del trono, surgió blanca y desnuda como un lirio, los hombres la desconocieron: miopes estultos, de no ver sino el esplendor de las joyas, habían olvidado la belleza incomparable de Psiquis. Y no solamente la desconocieron: entre la multitud hubo imbéciles que gritaron al verla: ¡inmoralidad! ¡infamia! ¡usurpación!

Á tales gritos, la muchedumbre, puesta en pie, desconcertada y loca, semejante á una ebria de mil cabezas, empezó á girar, á remolinar, á titubear, sin saber hacia dónde dirigirse, falta de amo, sin saber ante qué ídolo postrar sus rodillas de sierva habituada á la genuflexión, y así estuvo, desesperando y vacilando, hasta caer á los pies de un grotesco mamarracho de oro, que tenía forma de asno, con aire grave de pensador taciturno, sobre lomos y anca un trapo carmesí y por ojos dos inmensas crisolitas.

Aun en lo alto del trono, Psiquis experimentó la sensación desesperante que ha matado después á muchos hombres: la sensación

angustiosa de una soledad infinita en medio de la muchedumbre. Viéndose perdida para siembre, bajó del trono y, como en su antigua romería expiatoria, se fué por el mundo, de templo en templo, de país en país, caminando, caminando, porque sus alas entorpecidas por la inacción no recordaban el ímpetu glorioso del vuelo. Recorrió todas las comarcas, de las cuales había sido reina y señora, y en ninguna parte la reconocieron los súbditos, despojada como iba de suntuosas insignias reales.

Por fin, después de muchos desengaños, decidió alejarse de los hombres y vivir, mientras las alas débiles cobraban nuevos bríos, en cumbres deshabitadas. Y así, alejándose de los hombres, vengóse de éstos, pues á medida que ella se alejaba, los hombres padecían más y más de una extraña ceguera que les obligaba á ver las cosas como al través de un velo áureo.

Pero los dioses reservaban á Psiquis, con la suprema alegría del vuelo, la alegría de hallar en una de las cumbres á las cuales trepó, en la cumbre más alta, al único de sus vasallos que supo reconocerla porque la nube color de oro no empañaba sus pupilas. Era un pobre diablo moribundo en la flor de los años, mitad mendigo, mitad trovero. Bohemio le llamaban desdeñosamente los hombres y lo creían estúpido porque despreció la riqueza,

el poder y los abrazos infames. No tenía sino un manto agujereado por las lluvias del cielo y las piedras del camino; pero él no se hubiera trocado por el más rico poseedor de tesoros. Durante su vida vagabunda recogió claros de luna, puestas de sol, gorjeos de pájaros, fragancias y músicas del bosque, y con todo eso construyó sueños, muchos sueños, hasta haber en su alma tantos sueños como hay celdas en el panal y flores, por primavera, en las acacias.

Y como Psiquis no sabía de ingratitudes, no desamparó esa alma de poeta; antes bien, la llevó consigo, al irse en busca de un mundo nuevo, no manchado de humanidad; y siempre en compañía de esa alma voló, hasta posar los cándidos jazmines de sus pies en la Vía Láctea luminosa y desaparecer por la gran ruta del cielo, blanca y azul, empedrada de zafiros y diamantes.

INDICE

ÍNDICE

	Páginas.
Sangre patricia	5
Cuento azul	183
Cuento rojo	197
Cuento blanco	211
Azul pálido	225
Cuento gris	237
Rojo pálido	249
Cuento verde	259
Cuento negro	273
Cuento áureo	291

En la **Biblioteca Andrés Bello** se irán publicando, sucesivamente, obras de:

José Enrique Rodó.—Rubén Darío. — Pedro-Emilio Coll.—José Veríssimo.—Juan Zorrilla San Martín.—Francisco y Ventura García Calderón.—Manuel Ugarte. José Ingegnieros.—R. Blanco-Fombona. — B. Sanin Cano.—Luis Orrego Luco.—M. de Oliveira Lima.—Alcides Arguedas.—Manuel Díaz Rodríguez.—Cornelio Hispano.—Manuel González Prada.—Enrique Gómez Carrillo.—F. García Godoi.—Antonio Gómez Restrepo.—Juan C. O'Leary.—Alfonso Reyes.—Amado Nervo.—Santiago Arguello.—Ernesto de la Cruz —Carlos de Velasco —Fabio y René Fiallo.—Enrique Banch.—Hermanos Henríquez Ureña.—Alberto Ghiraldo.—Martiniano Leguizamón.—Jorge Ricardo Vejarano.—Armando Donoso. — M. Urbaneja Achelpoll. — Arturo R. Carricarte.—Manuel Gálves.—Tulio M. Cestero. Manuel Sanguily.—F. Henríquez y Carvajal.—G. Picón-Febres. — Froilán Turcios. — Orestes Ferrara. — Juan Concha.—Jacinto López.—Luis Llorens Torres.—E. Cuervo Márquez.—Manuel J. Calle.—Jesús Semprúm.—S. Pérez Triana.—Hugo D. Barbagelata.—S. Díaz Mirón.—J. Gil Fortoul.—Javier de Viana.—E. Rodríguez Larreta, y otros autores americanos de la misma importancia.

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
8549
D5S3

Díaz Rodríguez, Manuel
Sangre patricia